

n: 27443

s/. 3,00

n: 27443/3

ANALES
DE LA
UNIVERSIDAD DE CUENCA



Tomo XV

Nos. 3-4

JULIO — DICIEMBRE DE 1959

CUENCA — ECUADOR

PERSONAL DIRECTIVO DE LA
UNIVERSIDAD DE CUENCA

RECTOR

Sr. Dr. Dn. Carlos Cueva Tamariz

VICERRECTOR

Sr. Dr. Dn. Luis Monsalve Pozo

FACULTAD DE JURISPRUDENCIA
Y CIENCIAS SOCIALES

DECANO:

Sr. Dr. Dn. César Astudillo

SUBDECANO:

Sr. Dr. Dn. Rafael Chico Peñaherrera

FACULTAD DE CIENCIAS MEDICAS

DECANO:

Sr. Dr. Dn. Leoncio Cordero Jaramillo

SUBDECANO:

Sr. Dr. Dn. Alberto Alvarado Cobos

FACULTAD DE CIENCIAS MATEMATICAS
Y FISICAS

DECANO:

Sr. Ing. Dn. Ulises Sotomayor Villegas

SUBDECANO:

Sr. Ing. Dn. Marco Tulio Erazo V.

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

DECANO:

Sr. Dr. Dn. Gabriel Cevallos García

SUBDECANO:

Sr. Dr. Dn. Francisco Alvarez González

FACULTAD DE CIENCIAS QUIMICAS

DECANO:

Sr. Dr. Dn. Rodrigo Cordero Crespo

SUBDECANO:

Sr. Dr. Dn. José Orellana Solano

FACULTAD DE ODONTOLOGIA

DECANO:

Sr. Dr. Dn. Hernando Acosta Crespo

SUBDECANO:

Sr. Dr. Dn. José Gabriel Moscoso E.

SECRETARIO GENERAL

Sr. Dr. Dn. Víctor Lloré Mosquera

ANALES
DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA



60 - I - 22 83 =

71224411

27443
050

MFN 634

(3-4)
050

27443

ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA

Publicación Trimestral

TOMO XV

JULIO-DICIEMBRE DE 1959

Nos 3-4

SUMARIO:

	<u>Págs.</u>
Francisco Alvarez González: Impacto en la Luna y Unidad del Mundo	415
Gabriel Cevallos García: El 10 de Agosto y Nosotros.	423
Isabel Moscoso Dávila: La Novela Psicológica	449
Rigoberto Cordero y León: Teresa de la Parra, Clari- dad de América	477
Rubén Astudillo: Señal de Galápagos	449
CRONICA UNIVERSITARIA	525

1629

3047

18369

Instituto de ediciones

Dep/4561



CIUDAD UNIVERSITARIA DE CUENCA

Vista general de los edificios hasta ahora construidos: en primer término el de Jurisprudencia y Ciencias Sociales, al centro el de Ciencias Químicas y Odontología y el de Ciencias Matemáticas y Físicas al fondo.

Impacto en la Luna y Unidad del Mundo

Por primera vez en la historia la Luna ha servido de diana no al afilado dardo de un arquero, sino a un grave artefacto de varios centenares de libras, que ha navegado a unos 11 kilómetros por segundo, durante un par de días, por los espacios cósmicos. Tal proeza de la técnica moderna, alimentada subterráneamente por los adelantos de la ciencia física contemporánea, ha dejado atónita a la humanidad. Quizás ninguna sorpresa parecida hayan experimentado los hombres en lo que va de historia. A la mente nos vuela el recuerdo de Colón y el descubrimiento del Nuevo Mundo. Pero, aunque aquello fue algo con que los hombres no contaban, cualquiera, al día siguiente de la buena nueva, hubiera podido pensar que, puesto que el Nuevo Mundo existía, estaba allí en las profundidades del océano, en un momento cualquiera hubiera tenido que ser conocido por los hombres blancos de Europa. Lo ignorado el día anterior, al día siguiente tuvo que aparecer como la cosa más natural del mundo. Allí estaba, tentando la codicia, la audacia o el afán de honores y gloria de las gentes. Esto de ahora es muy distinto. Todos quienes en los transcurso insondables del tiempo hemos vivido algunos años sobre la Tierra, de seguro que hemos levantado alguna vez los ojos al cielo y visto asomar, rubicunda, a la Luna sobre el horizonte en cualquier noche despejada y serena. Desde siempre, pues, la Luna ha integrado la circunstancia del hombre. Pero —y esto es lo importante—, ¿en calidad de qué? Pues en calidad de objeto de culto religioso, de morada quizás para las almas de los muertos, de medida del tiempo, de motivo estético para los poetas, de satélite de nuestro planeta

para los astrónomos y científicos, pero nunca jamás de diana sobre que poder arrojar un instrumento desde la Tierra. Cuando algo desconocido entra de improviso en el ámbito de nuestra circunstancia, es como cuando compramos un libro y al llevarlo a casa le buscamos un sitio, junto a los otros, en los estantes de nuestra librería. Claro que el objeto puede encontrar cierta resistencia en los otros, y aun a veces producir cierta confusión y caos mental en los hombres en cuya circunstancia de repente entra. Ocurre entonces que puesto que es imposible renunciar a la tangible realidad del nuevo intruso, hacerle sitio supone renunciar a algo con lo que se contaba anteriormente. Siguiendo el ejemplo citado, como si para situar el nuevo libro en la biblioteca, tuviéramos que sacar otro allí yacente, por falta de espacio. ¿A cuántas ideas geográficas erróneas no tuvieron que renunciar los hombres como resultado de los periplos de los navegantes castellanos y portugueses en la segunda mitad del siglo XV y primera del XVI? Ni hervía el mar más allá del cabo Bojador, ni eran verdad aquellas fantasmagorías de hombres con un solo ojo como los ciclopes, con la cabeza en el lugar normal del pecho, etc., etc. Hubo que agrandar el diametro de la Tierra para que en ella tuviera un sitio la América recién descubierta, solitaria entre dos océanos inmensos. Mas, en general, lo corriente es que lo nuevo encuentre holgadamente su sitio entre lo viejo. Prueba de ello es lo fácilmente que el rústico, el aldeano, el hombre del agro, se acostumbra a las novedades de la gran ciudad. Diríamos que la circunstancia en torno es pétreo o elástica, según la experiencia de los hombres. Hombre de mundo es, justamente, aquel en cuya circunstancia han ido entrando poco a poco, en el transcurso de su vida, muchas cosas nuevas. Que ha sufrido el impacto de objetos y sucesos inesperados y cuya circunstancia, por consiguiente, elástica como el cuerpo del acróbata o del gimnasta, se adapta a cualquier posición. En cuyo ámbito encuentran fácil acomodo cualesquiera inesperados objetos. Frente a lo que ocurre con cualquier recipiente físico podría decirse que la circunstancia del hombre de mundo está tanto más vacía —en el sentido de susceptible de recibir y alojar nuevos ocupantes— cuanto más cosas se hayan ido sedimentando en ella. Por eso el hombre de mundo es tolerante, rehuye la estrecha y rígida moral puritana, es de natural generoso, propenso al perdón. Su persona y sus ideas irradian algo de la amplitud que ha tomado, a fuerza de reajustes y adaptaciones, su circunstancia particular. Y, ¿para qué describirlo?, el hombre no de mundo, sino provinciano, es justamente lo contrario.

Ni que decir tiene que se puede ser hombre de mundo sin haber salido físicamente del propio lugar y sin haber recorrido los cinco continentes; y, a la inversa.

Más grave, a mi parecer, que la intromisión repentina en la circunstancia de un objeto nuevo, es el cambio en la apreciación o valor de algo que ya estaba allí, cómodamente asentado desde tiempo inmemorial: la Tierra, redonda y no plana, el sol, fijo y no dando vueltas en torno a nosotros, el espacio y el tiempo, relativos y no absolutos, las especies, fluidas y no permanentes, etc., etc. Estos cambios han constituido verdaderas revoluciones. Es más, toda revolución, en lo político o en lo mental, no es otra cosa más que eso.

Nuestro satélite, nuestra triste y pálida Luna, se ha convertido de pronto en una especie de nuevo continente, lugar en donde colocar por ahora ingenios mecánicos y, en un porvenir bastante próximo, quizás nuestros pies. Punto de destino para futuros argonautas del espacio. Sala de espera, lugar de tránsito para audaces exploradores que intentarán sin duda penetrar más allá... La luna dejará de ser tema obligado de los poetas líricos y pasará a ocupar la atención de los cantores épicos. ¿Quién será el nuevo Homero para cantar a esta Troya del firmamento, de improviso accesible al afán de rapiña y posesión de los hombres?

Admitir uno nuevo en la constelación de valores que iluminan la vida de un hombre o de la humanidad, es relativamente fácil. Transmutar los ya existentes, como quería Nietzsche, hacer del bien mal y del pecado o vicio virtud, ya no es tan sencillo. El reajuste violento a que conduce cualquier intento de estos, ya lo hemos dicho, se llama revolución. Toda revolución es por necesidad transitoria. Mas puede ser más o menos larga según el tiempo que se emplee en dicho reajuste o adaptación. Dicha interpretación es siempre mental. Como que la circunstancia es siempre una circunstancia para el hombre. Las cosas son en cuanto las vemos. Lo que no quiere decir que, a la inversa, nosotros pudiéramos ser sin verlas. Es probable que en la mayor parte de la gente la noticia del impacto del cohete soviético en la Luna haya ido acompañada de vagos temores de posibles guerras terroríficas en que, sin distinción de beligerantes y neutrales, de combatientes y civiles, centenares de millones de seres humanos puedan ser destruidos. El peligro, evidentemente, es real. Pero lo

tremendo y trágico de toda esta revolución a que estamos asistiendo, no es la peligrosidad en sí de los artefactos creados por el ingenio y el saber humanos. Es la descomunal distancia existente entre la industria y la ciencia del hombre, por un lado, y sus ideales, creencias y valores ordinarios, por el otro. Es algo así como si nos hubiéramos construido un gran bergantín de lujo para navegar por un pequeño estanque o una charca. Cuando pensamos en la cantidad —y calidad— de técnica y ciencia que han hecho posible el impacto en la Luna, propendemos a creer que todo esto es el lógico fruto de miles o millones de años de esfuerzos y civilización. Pero al punto nos estremece recordar que sólo llevamos unos pocos de miles de años de vida relativamente civilizada y que, biológicamente, no distamos aun mucho de los primates. Y aun conviene recordar que entre nuestros contemporáneos hay muchos que han conocido el nacimiento del automóvil, de la aviación, de la luz eléctrica, de la radio, de la televisión... ¿No habremos corrido demasiado? Hemos avanzado mucho y, de otro lado, estamos rezagados. Desde la atalaya de nuestro vivir actual nos encontramos todos como prisioneros del futuro y del pasado, estrujados entre las fuerzas que tiran hacia adelante y aquellas otras que resisten empujándonos hacia atrás. Somos testigos conscientes de nuestra grandeza y de nuestra miseria. Comprendemos claramente que la ciencia y la técnica actuales, de que es un símbolo el impacto en la Luna, requerirían formas de pensar, de sentir y de convivencia humanas distintas. Pero sólo confusamente logramos atisbar en qué podrían consistir esas formas. Intuimos con toda evidencia la caducidad de tantas y tantas cosas por y para las que vivimos. Es una especie de anacronismo histórico o vital. Como la del yankee en la corte del rey Arturo, o, mejor, la de un caballero de la Tabla Redonda que, de pronto, se sintiera vivir entre el tráfico y bullicio de la Quinta Avenida o de Broadway.

El disparo en la Luna está ahí y no podemos eliminarlo. Mas también está ahí toda una serie de cosas que sería preciso eliminar para evitar el peligro de una tensión, de una crisis, de un ajuste a mal llevar y peor vivir. Yo aseguraría que el bienestar de una vida feliz depende de la armonía con que están situadas las cosas todas —físicas y no físicas— de nuestro contorno, de nuestra circunstancia. Pueden estar bien ajustadas, como los ejes, tornillos y ruedecillas dentadas de una máquina en pleno y eficaz funcionamiento. Caso contrario, habrá chirridos y fricciones en la máquina y, al inten-

tar moverse y trabajar, terminará por estropearse. Lo que es trabajo en la máquina en nosotros es vida. Su fluencia tranquila requiere de ajustes y acoplamientos perfectos. Estos no son fáciles y entonces sobrevienen las crisis con el parejo esfuerzo por superarlas.

El conflicto tiene una doble faz, individual y colectiva. En cada uno de nosotros, los hombres del año 1959, hay algo de moderno y antiguo, de progresista y de retrógrado. Apretamos el botón que dispara el cohete a la Luna, viajamos en el avión de velocidad supersónica, abrimos el circuito que ilumina el aparato de televisión, etc., etc. Pero, ¿estamos en todo a la altura de estas acciones casi triviales ya hoy en día? Dejamos de caminar en mula para viajar en automóvil. Renunciaremos pronto al barco para nuestros viajes intercontinentales. Pero, ¿seremos capaces de renunciar tan fácilmente a nuestras ideas sobre los hombres y las cosas, sus relaciones y valores? ¿No nos asaltarán siquiera la sospecha de que una buena mitad de nuestro ser no se encuentra a tono con la otra? El conflicto, repito, existe en cada uno de nosotros, en unos más, en otros menos. Progresista y retrógrado son dos palabras que no he usado en su habitual significación política. Justamente el hecho de que el lector las haya tomado quizás en esta su trivial y acostumbrada significación, es buen indicio de lo difícil que es estar a la altura y nivel de los tiempos, y de lo mucho que todavía hay en él de retrógrado. Porque estimo que estamos entrando en unos tiempos en que lo político —en el sentido de que una u otra ideología política son la clave para una vida colectiva feliz o desgraciada— ha de ir de toda necesidad cediendo el puesto a lo científico o, si se quiere, a lo técnico. Una buena parte de nuestros idearios y programas políticos vigentes son ya tan anacrónicos como las reglas y normas de la caballería andante en la época en que los ejércitos comenzaron a emplear masivamente las armas de fuego. ¡Agrarios o industriales, republicanos o monárquicos, federalistas y centralistas —por el pudor de no mentar rótulos que más de cerca toquen a la sensibilidad del lector— cuando en un par de días somos capaces de enviar un nuevo meteoro artificial a la ya agujereada superficie de la Luna! Pero, y esto es lo triste, y en esto hallo yo el verdadero peligro, continuarán todavía por mucho tiempo realizándose elecciones a los sonos marciales de viejas consignas caducas, trasnochadas, sin razón ya de ser, en un mundo en que se lanzarán todos los días a los espacios interestelares ingenios teledirigidos por la industria y el saber crecientes de los hombres.

Los problemas que hoy encara el hombre son universales y, hasta por la etimología, político es lo que concierne a la ciudad. Claro que continuamos viviendo en ciudades, pero lo que ocurre en una de ellas cualquiera depende a lo mejor de lo que está aconteciendo en los antipodas. Aun si cada Estado fuera un compartimento estanco, la verdad es que lo político no tiene la importancia primordial que el común de las gentes le otorga. Dice Ortega, con su agudeza habitual, que cuando en un Estado lo que se halla mal es sólo la política no hay motivo alguno para desesperar. La cultura, la vitalidad y energía de los habitantes, sus creencias e ilusiones, su moral, su salud, etc., son, por lo menos, factores tan importantes como lo político. Sólo que factores mucho más imponderables, con los que es más difícil encararse que con los ministros. Es siempre cómodo tener a mano una buena cabeza de turco en donde hacer recaer los defectos que a lo mejor residen en nuestra persona. Esta ingenua creencia—cuyos orígenes podríamos rastrear— ha de pasar, como pasaron los tiempos en que la salud, individual o colectiva, era cosa de magia, oraciones y hechizos. Mas costará algún tiempo.

¿Qué implica el disparo a la Luna y cuáles son aquellas otras realidades en la circunstancia del hombre actual con las que difícilmente podrá convivir? El canciller Bacon afirmaba lacónicamente: **tantum possumus quantum scimus**. El hecho que comentamos pone bien de relieve que, gracias a la ciencia, el hombre sigloventino ha llegado a un grado de dominio sobre las fuerzas de la naturaleza que hace medio siglo solamente hubiera resultado increíble. Es probable que la hazaña de los hombres de ciencia en esta primera mitad del siglo XX, sin igual en todo el pasado, difícilmente pueda ser igualada en el porvenir. Ahora bien: la ciencia y su secuela, la técnica, tienden por esencia a ser universales. Todo gran principio civilizador ha pretendido siempre la universalidad. Muchos son los soberanos en la historia que se otorgaron a sí mismos el título de señores del mundo. Y si en verdad no lo fueron fue sencillamente porque carecían de medios efectivos para hacer realidad ese deseo y esa tendencia. Hoy, la ciencia, la economía, los medios de transporte de toda índole, convirtieron en realidad aquella aspiración. Nuestro mundo **es un solo mundo**. Ya no está dividido en toda una serie de grupos humanos que se desconocen unos a otros, con vicisitudes e historias paralelas. Los **sputniks** vuelan en una hora alrededor de la Tierra y son capaces de llegar a la Luna y aún más allá, para trazar

órbitas inmensas alrededor del Sol. De Moscou a Washington los aviones de propulsión apenas tardan medio día. Los proyectiles intercontinentales pueden hacer impactos en cualquier lugar de la Tierra desde cualquier otro en pocos minutos. Oímos y vemos casi instantáneamente lo que se dice o acontece en cualquier punto del globo. Todo esto puede ser fuente de temor, pero es ya desde ahora motivo y causa de solidaridad. Cada día estamos más vinculados, queramos o no, los hombres unos a los otros. Todas aquellas realidades, pues, de nuestra circunstancia que se hallan en flagrante contradicción con este hecho de la **unidad** total del mundo actual son las verdaderas causas de las crisis, y aquello que forzosamente tenemos que superar. El fuerte individualismo que impregnaba el derecho germánico primitivo hubo de ceder paso a concepciones distintas a medida que surgían formas de convivencia política diversas. De igual manera, hoy, la concepción del Estado soberano, autárquico e independiente, fruto de la circunstancia renacentista, tendrá que substituirse poco a poco por una nueva concepción que consistirá en la paulatina pérdida de su antigua autonomía. Nada de esto es utopía. Nada puede ya calificarse de utopía en un mundo acostumbrado a toda clase de sorpresas y maravillas. Sonó la hora para los teóricos del derecho internacional. El dilema es sencillo: o seguimos apegados a lo antiguo, a pesar de las prodigiosas fuerzas que nos están invitando a un cambio total en las formas de vida, y en este caso el desenlace no puede ser otro que la violencia y la destrucción, o tratamos de conseguir modos de convivencia razonables, a tono con el proceso de transformación revolucionaria que la técnica y el saber actuales están determinando en el mundo. No se trata de política, o por lo menos de política a la manera antigua. Si no fuera porque el término es equivoco y está lastrado de viejas significaciones, uno estaría tentado a decir que más bien se trata de moral. Las circunstancias hacen que unos imperativos y unas virtudes sean más de actualidad y urgentes en unas épocas que en otras. No son las mismas las virtudes que deben fomentarse en la paz y en la guerra. Pues bien: estamos en el umbral de unos tiempos en que el imperativo categórico para los hombres debe ser éste: fomentar en cualquier orden de cosas o problemas humanos la unidad. Esto tiene un matiz distinto a la romántica **fraternité** de la revolución francesa. La unidad debe ser el **criterio** para juzgar del carácter progresista o no de los hombres. Con independencia, claro es, del rótulo que, desde el punto de vista de la vieja política, pueden enorgullecerse en ostentar. Aquí podemos recor-

dar el viejo dicho castellano de que no son todos los que están, ni están todos los que son. Todas aquellas tendencias que tienden a distinguir —y distinguir es dividir— bajo pretexto de raza, condición civil, extranjería, fronteras, culturas, economía, tradición, etc., etc. atentan contra el progreso y el **status** que necesitamos para hacer soportable el mundo nuevo. Pero esa **universitas**, imperativo moral del hombre actual y, a la vez, único camino para su salvación, corre el peligro de ser sólo un vago anhelo y de convertirse en verdadera utopía, como carezcamos de los medios de poder ir llevándola a cabo poco a poco. A la voluntad de unidad debe acompañar, pues, el **saber de unidad**, la clara conciencia de los obstáculos y medios para remontarlos que esa tarea lleva consigo. Ese saber es técnico y científico. Y en este sentido decía que la política, en su significación tradicional, debe ir perdiendo importancia en el mundo que se avecina. Los fautores de esta empresa serán los técnicos. Ahora, eso sí, técnicos no sólo en el arte de crear cachivaches, sino en el amplio de hombres que, apoyados en su saber, procedan y obren en función del mismo. No hay manera de dejar a un lado la unidad. El hombre con su ciencia la ha hecho por primera vez posible. Para bien o para mal somos una unidad. O paz y armonía para todos, o un total y definitivo aniquilamiento. Cualquiera de los términos de la alternativa son posibles. Ninguno es fatal. La responsabilidad por lo que resulte la tenemos también todos.

El 10 de Agosto y Nosotros

La publicación del reciente libro del Dr. Manuel María Borrero me ha obligado a considerar, con algún detenimiento, la perspectiva con la que un morador del siglo XX, interesado por las honduras históricas, debe mirar la emancipación de los países americanos, de los de raíz hispanoamericana, en especial.

Quito, Luz de América se llama el libro de mi referencia. Y aun cuando no haya podido soslayar el lugar común al llamarlo así, sin embargo levanta un conjunto de interrogantes en el ánimo del lector. Por eso me atrevo a calificar de libro importante a éste del Doctor Borrero, pues en el desierto de ideas que, generalmente, suele ser la historiografía ecuatoriana, permite el crecimiento de una duda, de una curiosidad, de una inquisitiva urgencia de ver las cosas de otro modo. No es el anquilosamiento una levantada manera de comprender lo histórico. Más aún: la vida de la Historia finca, sin duda, en la actitud de cada generación ante el pasado, y en la abrumadora tarea de hacerla en medida propia y en consonancia con lo que cada tiempo es, merece, necesita o impone.

La polémica desatada en torno de este libro me parece saludable. A muchos años de distancia del cuarto tomo de la Historia de Monseñor González Suárez, y a muchos años del escándalo en torno de las doctrinas arqueológicas de don Jacinto Jijón, he aquí, por fin, la efervescente actividad publicitaria para demostrar que no todo ha muerto o que no todo es simple repetición de frases prefabricadas. El autor del libro y las personas que contra el mismo se han levantado merecen, por ello, una viva simpatía y un gran reconocimiento.

No trato de inmiscuirme en la polémica. Me sitúo de interesado espectador de la misma, a fin de extraer de ella algunas lecciones útiles y de marcar, si es posible, criterios metódicos, puesto que en el orbe historiográfico los criterios y los métodos son parte, son carne, son organismo vivo de la Historia, como quizás no suceda en ninguna otra actividad mental.

En primer término, los mitos.

El romanticismo nos ha acostumbrado a ellos de manera tan cordial y sensiblera que, casi, no podemos prescindir de los mismos sin causarnos un desgarramiento muy doloroso. La crítica histórica del siglo XX en relación con los postulados decimonónicos es muy cruel a primera vista. Donde el romanticismo vestía de galas —literarias muchas de ellas— a sus asuntos predilectos, la historiología actual desnuda al sér histórico, le convierte en un ente comprehensible más por dentro que por fuera y no le importa la gaya, la aleccionadora, la estética, la declamatoria situación en que antaño fuera colocado.

La Historia no representa ya una faena de atractiva sentimentalidad —patriótica sobre todo—, sino una dura tarea filosófica y filológica, al mismo tiempo, fundada en el dato positivo de muchas ciencias, a las que supera y rebasa no sólo en su capacidad para ahondar en el espíritu humano del pasado, sino también en que no es ciencia de mera experimentación o de segmentada positividad.

Los mitos, por eso, debían de ser y fueron las primeras víctimas de la historiología sigloventina. O les buscamos —hasta hallar al fondo— un significado lógico y humano, medido con la estatura del hombre coetáneo de ellos, o les desnudamos de su falsa poesía, o les declaramos desterrados para siempre. Amó el romanticismo el contacto emotivo y estremecedor de los mitos, hasta deslumbrarse con ellos y encontrarlos vigentes por doquiera; y en este amor halló un regazo dulce y acariciador para muchos sueños políticos, sociales, económicos o, simplemente, literarios.

El despertar fué muy duro, según sabemos. El romanticismo igualitario y de la libertad fraterna, en menos de un siglo había creado la más tremenda desigualdad y la más monstruosa opresión eco-

nómica. Y no hablemos de los mitos políticos en cuyo nombre se ha hecho esclavos en pleno siglo XX, siglo que se autocalificaba de humanitario, pero no tanto para haberse libertado completamente de los sueños románticos, pongamos por caso del superhomo o del pura sangre... y de otros más, iguales o peores.

La Historia en el Nuevo Mundo recién nacido a la libertad política o a lo que así se llamaba —la crítica histórica bien definida mira en el proceso emancipador el tránsito de una forma de Estado a otra—, la Historia en el Nuevo Mundo, repito, comenzó por fundar una mitología, también nueva, en los crisoles románticos, muy apropiados al caso, coetáneos honorabilísimos de los hechos, atractivos, declamatorios, adoctrinadores. La Historia y los historiógrafos dieron con su naturaleza, de modo natural, en el fondo atractivo de la sima romántica. ¿Quién podía, entonces, resistirse al atractivo? Con seguridad, el que no era hijo de su siglo.

¿Podía ser la Historia ecuatoriana una excepción adusta o antiromántica, en medio del bello clamor de la gloria épica proclamada con voces tan universalmente concordadas, tanto en el orbe de las letras, como en el de las ideas y en el de las doctrinas políticas? ¿Quién se atreve a contestar que sí? Si alguien tiene la osadía de suponer que nuestro país debió ponerse al margen, sin duda ignora qué cosa sea ese material humano tan imponderable y tan irresistible, tan invisible y tan presente, que se llama el espíritu del tiempo.

El espíritu del tiempo deificó a los próceres, luego de haberlos hecho tales. El espíritu del tiempo convirtió en héroes a unos seres tan humanos como los demás, por la sencilla razón de haber visto en los mismos, el signo externo de una impetuosa tendencia interior. El espíritu del tiempo creó, fabulizó, en total, inmortalizó, empleando todos esos ingredientes que a nosotros, a cien años de distancia y algo más, nos toca triturar para extraer de ello lo que queda de metal fino, separándolo de la ganga poetizadora y palabrera que suele servir de escabel a la llamada gloria humana.

Pero se debe comprender, con precisión crítica y moral, que ésta no es una tarea iconoclasta. Derrocar a los ídolos porque sí, eso es iconoclastia. Triturar los mitos para extraer de ellos lo que aún puedan, dialécticamente, dar de sí, eso es constructivo. La Historia

siempre ha operado de esta manera, solamente que nosotros nos encontramos a distancia muy respetable o muy remota —mentalmente remota, se entiende— de los procesos a que sometió el espíritu medieval al alma clásica, o el racionalismo moderno al espíritu medieval. Por eso creemos que es un sacrilegio o un delito de **lesa patria** poner la mano sobre el mito de nuestros llamados próceres, para comprobar qué sonido o qué nota pueden dar en definitiva. Hay que golpear a los héroes para conocer de qué metal están fabricados. Si se rompen, si al más leve contacto de la crítica aguda se punzan y nos muestran que están llenos de serrín o de viento... no son héroes.

Con todo podemos sacar una lección muy útil de tamaño experimento irreverente: podemos hallar la mera condición humana de unos personajes deformados por la palabrería vana. Y entonces, ¿qué ha perdido el hombre como tal? ¿No ha ganado, acaso? Si alguien deja de ser mito y se convierte en hombre, ha cobrado otra vez la vida, la auténtica vida humana, que es infinitamente superior a toda condición de inmortalidad teórica o documental, a cualquier voz de la fama, a ésta o la otra liturgia supersticiosa. El hombre humano, concebido como tal, es la materia prima de la Historia.

Un primer precepto histórico-crítico será, pues, no asustarse cuando tengamos que abrir el vientre de los próceres o de los héroes, y procurar que la investigación halle al fondo de ellos al ser humano con sus calidades permanentes y con sus condiciones circunstanciales. Porque en el hombre siempre hay esta dualidad: una esencia metafísica permanente y una actividad histórica circunstancial y variable.

La circunstancia histórica: o Fernando, o nadie.

He aquí la circunstancia histórica de todos los hispanoamericanos, a comienzos del siglo XIX. Una disyuntiva tremenda, una tajante y cruel tortura: o la fidelidad a un sistema largamente madurado en todo el Imperio Español, o la nada política. Un historiador debe situarse ante esta posición dramática vivida por los americanos y por los españoles residentes en América sin creer, candorosamente, que al fondo de ella no había sino un simulacro o una comedia superficial. Hubo el drama, con dimensiones torturantes en el ánimo

de muchos, quizás de los más esclarecidos, de los más **comprometidos** con su tiempo y con los antecedentes históricos vividos por ellos mismos o por sus progenitores. No comprender ésto, equivale a no comprender el punto de partida de la nueva vida y de la nueva forma humana que se impone en el Nuevo Mundo desde comienzos del siglo anterior. Los nuevos Estados americanos no nacieron de una comedia: se originaron en el drama planteado por la encrucijada de un dilema, cuya solución se preveía igualmente dolorosa y sangrienta, de cualquier manera que se lo resolviera.

La disyuntiva exige, empero, demostración y prueba. El lector de asuntos históricos no necesita caminar mucho entre papeles para encontrar las actas de **constitución** de las Juntas Supremas de Gobierno, proliferadas en el tronco de los sucesos españoles, con motivo de la invasión napoleónica, actas proclamadas en todas las regiones peninsulares y que resumaban el más detonante legitimismo. Los pueblos hispanoamericanos siguieron igual vía, o sea la que va hacia el monarca legítimo. Fueron legitimistas.

Hubo planes, actas de pronunciamiento y bocetos de constitución de gobiernos autónomos que salían de este marco o, mejor dicho, que no entraron en él; pero fué antes de lo acaecido en la Península, antes de que la invasión hiciera estallar el sentimiento **antifrancés**, como un inmenso grito en todo el orbe imperial de España. Tal fué el caso de los planes y ordenanzas que, por obra de un separatismo liberal, sirvieron para la célebre revolución frustrada de Manuel Gual y José María España, en el año 1797 y en Caracas, revolución inspirada por el activo revolucionario republicano español, fundador de logias y difundidor de ideas racionalistas, Juan Antonio Picornell.

Pero en los años diez del pasado siglo, poco antes o poco después, no hubo sino el más puro legitimismo: o Fernando VII, o nadie. Categórica, totalmente. Sin reticencias, sin reservas mentales. La primera hora de la actividad política directa de los hispanoamericanos, fué una hora de lealtad. Hay que comprenderlo bien y no olvidarlo. No obstante, hubo el susto de muchos tímidos o la sensación de impotencia al verse con el poder en las manos, al considerarse pequeños para función tan grande. Pero ese es otro problema. Muy diverso y que en nada ofende la limpidez del sentimiento legitimista.

O Fernando, o nadie. La única posibilidad, la salida necesaria era la vuelta inmediata de Fernando, sea a España misma o sea al Nuevo Mundo. Las actas menudean en previsiones de esta especie. Las escritas y promulgadas en Quito no son la excepción. Siguen el ritmo ideológico y la ruta política del tiempo.

Pero el **deseado** tardó mucho en volver. Acaso, pensaban los más avisados, acaso no vuelva. ¿Y, entonces? Entonces surgió el gran problema, el problema de la segunda hora, que nada vino a inventar, sino sólo a revelar algo que andaba ya en el fondo de los grupos humanos en el Nuevo Mundo. La imposibilidad de tornar Fernando llevaba, por la mano, a resolver el dilema en otro sentido. Si no era el **deseado**, no podía ser **nadie**, porque el **nadie** no gobierna ni hace vida política. La sustitución de esta incógnita por una cifra real y palpable se hizo, también al estilo de lo que en ese entonces comenzó a ser usual en Francia y en los EE. UU. Como **nadie** era incapaz de gobernar, a segunda hora se pensó y se vió la posibilidad de que el pueblo se autogobernase. Todo el siglo XVIII se había predicado y alentado la eficacia de este autogobierno. Y al final del mismo siglo, la demostración de hecho quedaba bien establecida en dos países organizados en Estados de Derecho, populista o democráticamente justificados.

Roto el dilema y establecida una cantidad positiva en lugar de otra negativa o nugatoria, el tercer problema consistió en hacer frente a la nueva realidad, realidad que imponía solucionar un grave estado de conciencia, imprevisto, mas no por ello menos agudo y mordiente: ¿en dónde quedaba la declaración de lealtad?

Traición, lealtad y circunstancia histórica.

He aquí el problema central del libro polémico del Dr. Borrero: los **próceres** o los más de ellos fueron traidores. La primera pregunta que, lógicamente, debe hacerse el historiador es la siguiente: ¿a quién traicionaron? Bien está que de manera emotiva podamos trocar los planos temporales, pongamos por caso para fines dramáticos, como se halla con frecuencia en el teatro histórico, en la historia novelada y, hasta, en ciertas expresiones plásticas. El anacronismo es un recurso de arte, muy fecundo y necesario, pero sólo recurso de artistas y no de historiadores.

Vuelvo a hacer la pregunta: los llamados **próceres**, ¿a quién traicionaron? ¿Qué juramento rompieron? ¿A qué hora dijeron los **próceres** quiteños que redimirían al pueblo de las **cadena de la esclavitud**? Si se leen los instrumentos políticos producidos en el 10 de agosto quiteño y en los primeros días subsecuentes, no se hallan sino juramentos de lealtad a Fernando VII y deseos de que su régimen se restablezca, anhelos por su redención histórica y la necesidad, urgentísima, de llenar el vacío mientras torne el **deseado**.

Si se revisan, uno a uno, todos o casi todos los instrumentos jurídico-políticos producidos con motivo de la instauración de las Juntas Soberanas o cualquier otro tipo de colectividades surgidas en España o en el inmenso territorio imperial de la misma durante la invasión napoleónica, se nota, salvadas las naturales diferencias de forma, una asombrosa coincidencia de espíritu: la lealtad, el legitimismo realista, la raigambre de la monarquía y su permanencia, permanencia tradicional, cuya hondura en el Nuevo Mundo se presentó más paradójica, cuando menos entendían a esta parte del Imperio los Borbones franceses y su afrancesada corte.

La primera **Acta**, suscrita a los términos del 9 de agosto y en la alborada del 10, dice así:

"Nos, los infrascritos diputados del pueblo, atendidas las presentes críticas circunstancias de la nación, declaramos solemnemente haber cesado en sus funciones los actuales magistrados de la capital y sus provincias; en su virtud, los representantes o delegados de los barrios del Centro o Catedral, San Sebastián, San Roque, San Blas, Santa Bárbara y San Marcos nombramos por representantes a los Marqueses de Selva Alegre, de Solanda, de Villa Orellana y de Miraflores y a los señores Manuel Zambrano, Manuel de Larrea y Manuel Mateu para que, en junta de los representantes que nombren los Cabildos de las provincias que forman la Presidencia de Quito, compongan una Junta Suprema que gobierne interinamente la Presidencia, a nombre y como representante de Fernando VII...."

El segundo instrumento público, firmado al promediar la mañana del 10 de agosto, de manera más explícita redundaba en los mismos principios de lealtad a la monarquía legítima. Léase lo siguiente:

"Declaramos que los antedichos individuos unidos con los

representantes de los Cabildos de las provincias sujetas actualmente a esta Gobernación y a las que se unan voluntariamente a ella en lo sucesivo... compondrán una Junta Suprema que gobernará interinamente a nombre y como representante de nuestro legítimo soberano, el señor don Fernando Séptimo, y mientras Su Majestad recupere la Península o viniere a imperar en América, elegimos y nombramos por ministros secretarios de Estado...."

"Sostendrá (la Junta) la pureza de la religión, los derechos del Rey, los de la patria y hará guerra mortal a todos sus enemigos, principalmente franceses, valiéndose de cuantos medios y arbitrios honestos les sugiriesen el valor y la prudencia para lograr el triunfo".

El documento que hizo público el cambio de gobernantes, o la transferencia del poder a diversas personas, insistió en igual forma:

"Don Juan Pío Montúfar, Marqués de Selva Alegre y Presidente de la Junta Suprema Gubernativa de este Reino, constituida por el pueblo, a nombre y representación del Señor Don Fernando Séptimo, que Dios guarde, dijo: Que habiendo esta muy noble y muy leal ciudad dado el más irrefragable testimonio de su adhesión a la católica religión que profesa, de su fidelidad a nuestro legítimo Soberano y de amor a la patria con el público hecho de congregarse y poner el gobierno en distintas manos con el loable fin de que se defiendan esos tres interesantísimos objetos ordena y manda...."

Entre otras de las cosas ordenadas y mandadas está la curiosísima del santo y seña que los leales a la causa han de replicar a los quién vive de las patrullas, ambulantes en un medio lleno de estupor ante lo acaecido. Considérese lo siguiente:

"Se previene al pueblo que preguntado por las patrullas o cuerpos de guardia, ¿quién vive?, deberá responder: el Rey, y no España mientras la tenga Bonaparte...."

Lo acaecido en Quito no es ejemplar, como lo dije. Es sintomático, y prefigura o repite lo que por muchos años ha de hacerse por doquiera. Cabe, entonces, preguntar: ¿qué o a quién traicionaron los llamados próceres de la independencia, en el 10 de agosto y días después, en el año 1809? Porque las respuestas dadas no están, precisamente, claras. Algunas de ellas aseguran, con inefable candor, la farsa de los próceres, farsa mediante la cual encubrían segundas

intenciones gracias a la capa de plomo de un aparente legitimismo. Otras respuestas, como la del libro que me ocupa, aseguran la traición de los dirigentes —nobles algunos de ellos— al pueblo confiado y lleno de esperanzas.

El lector no necesita de gran esfuerzo mental para descubrir la unilateralidad y lo superficial de estas respuestas simplistas, porque de la farsa general o de la traición reiterada no pudo surgir después —días o pocos años después— un grandioso cortejo de naciones, sincrónicamente organizadas en Estados de Derecho. Un resultado tan noble y tan notable, de ningún modo pudo surgir sólo de la traición o de la farsa: menguadas fuentes de energía social y humana convivencia histórica.

Y digo así, refiriéndome concretamente a lo del 10 de agosto, porque si leemos con atención las piezas capitales del juicio levantado por tal motivo, se halla que todos, cuál más cuál menos, negaban la participación en el hecho, o trataban de probar falta de plena voluntad subversiva. Las autoridades españolas repuestas a sus sitios, cuando reaccionaron tras la sorpresa de la primera hora, inculparon a los dirigentes, entre otras infracciones, de subvertir el viejo y sólido orden establecido. O sea que, con legitimismo realista o sin él, para todos los jueces y autoridades tradicionales, lo acaecido en agosto de 1809, a partir de la noche del 9, merecía tremenda sanción.

¿Cómo reaccionaron, defensivamente, los encartados? Sabían muy bien lo que en ese juego les iba, porque conocían una realidad bastante dura, que los historiadores no se han percatado de averiguar después: o sea el poder de la policía Borbónica en el Nuevo Mundo. De la policía o de lo que entonces funcionaba como tal. Y así hubieran manifestado en todos los tonos del registro sentimental su amor al muy deseado Fernando VII; y así hubieran puesto sobre las nubes los derechos del mismo al trono de España y sus Dominios (colonias como los llamaban estos monarcas descendientes de la estirpe francesa de Luis XIV); y así hubieran escrito los principios de lealtad y monarquismo en todos los documentos posibles, los dirigentes de la sublevación de agosto cometieron, según las autoridades repuestas, un tremendo delito contra el orden público, robustecido en dos o tres centurias de complicado y minucioso estatismo administrativo.

Los llamados próceres sabían, pues, cuánto les iba en su acometida contra el tal orden público. Y por eso procuraron por todos los medios a su alcance poner a salvo la vida propia y la de los miembros de sus respectivas familias, del mismo modo que el patrimonio, grande o escaso, que cada cual poseía. La defensa vió esto en su punto justo, y no reparó en medios para librar a las seguras víctimas de la represión que se puso en actividad casi en seguida.

En la conciencia de todos los actores del 10 de agosto se perfiló muy clara esta visión. De allí que muchos, casi todos, luego del primer momento de entusiasmo, comenzaran a sentirse culpables y obrasen turbiamente, caminando entre notorias contradicciones, como quien quisiera demostrar la posibilidad del absurdo movimiento simultáneo hacia dos nortes divergentes. El libro del Doctor Borrero demuestra, con abundancia de pruebas, la conducta ambigua de los principales dirigentes del movimiento subversivo, las dudas, las contramarchas o los retardos de una acción que, de no estar ligada, desde el primer momento, por una declaratoria muy tajante en favor de Fernando VII, y que de no haber tomado como camino el de la subversión de un viejo orden muy respetado, habría seguido sendas más directas y decisivas, como la seguida cuando Quito se pronunció contra el impuesto mercantil de las alcabalas, o contra las tasas hacendarias de los monopolios.

Hablar de traición es, pues, excesivo. Hablar de circunstancias históricas impositivas, me parece más certero. Con la necesaria aclaración de que no fueron solamente los tildados de traidores por el Doctor Borrero quienes buscaron dos nortes al mismo tiempo, sino casi todos los dirigentes y en casi todos los lugares del Nuevo Mundo, e incluso en España. Si fueron leales a la monarquía y si de adehala, por estática social e histórica, tuvieron que expresarse como legitimistas auténticos; en cambio, llevados por los sucesos de segunda hora se vieron determinados por circunstancias históricas invencibles a dar contramarchas y a seguir líneas tortuosas, a negar hoy lo que ayer hicieron, a desedificar con ahinco lo que edificaron con éxito. Víctimas de la circunstancia histórica ingobernable por la mano propia, los llamados próceres sucumbieron en una hondura cavada por ellos mismos. Pero la verdad humana e interna, la íntima verdad psicológica de su vida, fué que no llegaron a traicionar al pueblo, ni a ser desleales con el amado y deseado Fernando de Borbón.

La primera hora del proceso de emancipación de los pueblos hispanoamericanos fué tanto en Quito como en otros lugares, una hora turbia a la que solamente la emoción romántica del siglo XIX ha dado brillo, debido a plausibles razones políticas. Para nosotros, alejados ya del hecho y seguros del camino histórico de las nuevas repúblicas americanas, tales razones se reducen a circunstanciales sentimientos, buenos para dar fruto patriótico en su hora, pero endeble fundamento de los postulados críticos de la actual concepción de los hechos humanos colectivos.

La segunda hora... fué otra hora, y en su seno acaecieron sucesos de distinto signo y de otra perspectiva. Pero no se confunda más: esa fué ya la segunda hora.

Franceses, afrancesamiento y antifrancesismo.

Hay una frase muy curiosa en el Acta suscrita en la mañana del 10 de agosto, que es necesario justipreciar antes de un estudio crítico de la dicha segunda hora y de los sucesos que dentro de ella advinieron. La frase es esta:

"Sostendrá (la Junta) la pureza de la religión, los derechos del Rey, los de la patria y hará guerra mortal a todos sus enemigos, principalmente franceses..."

La curiosidad radica en el antifrancesismo detonante que se desliza del Acta y del ánimo de sus gestores. Antifrancesismo, ¿por qué? ¿Por lo de Napoleón? Quienes han contestado que sí —y son los más—, se han detenido en la superficie, prescindiendo de la tercera y de la cuarta dimensiones del asunto. Claro está que lo de Napoleón constituye la primera instancia, bastante grave, y en ella se ha detenido la investigación corriente, tomándola por causa eficaz. Pero el lector menos informado en cuestiones historiológicas modernas, sabe que la causalidad no es la comprensión histórica, ni siquiera la parte mayor de ella, sino, apenas, un nuevo comienzo o un punto de partida. Por tanto, sin pedantería de ningún género, debemos ir en busca de algo más que las simples causas.

Para ello recordaré, primero, que en el Nuevo Mundo hispanohablante, desde el ascenso de los Borbones al trono de España, cambió la postura histórica, más en lo relativo al Imperio de ultramar

que a la Península misma. El Imperio dejó de ser Reino o Dominio con Real Consejo, para convertirse en colonia y recibir el trato condigno. Los Borbones suprimieron, pues, el Real Consejo de Indias, y como muestra de su poca comprensión hacia las mismas, de su poco respeto al pasado, de su falta de tino para saber conservar la inconmensurable herencia de los Austrias, dejaron de enviar Virreyes y altos funcionarios castellanos y llenaron el siglo XVIII americano con una imponente lista de funcionarios políticos, judiciales o eclesiásticos de apellido francés o, a lo sumo, catalán. Los recién llegados a un mundo que no construyeron y que, en el fondo, quizás desdeñaban, provocaron la resistencia más honda que, desde el ánimo de un grupo humano nuevo y mestizo, podía emerger hacia unas autoridades a las que daban, sin ninguna excepción, el título de despotas.

En la vida del estado llano, sea de americanos sin epíteto, de criollos, de mestizos, de españoles americanizados, las cosas empeoraron a ir mal. Los castellanos y extremeños, los andaluces y los gallegos que en dos siglos llenos de aventura hicieron el descubrimiento y las penetraciones, fundaron las urbes y las misiones, se abrazaron y confundieron racial y culturalmente con los sojuzgados; es decir, los españoles que habían dado de sí, con auxilio de la vida americana, un tercer producto humano, este sí en verdad nativo y vernáculo, se vieron pospuestos por otros europeos, recién llegados, sin mérito histórico de ninguna clase, a no ser que fuese mérito el venir en calidad de usufructuarios de dos centurias de ilusión, de esperanza y de penalidades.

Vizcainos, como entonces se llamaba a los vascos, franceses, catalanes y, a veces, adjuntos a estos dos últimos tipos regionales, genoveses entregados a un comercio opresor, se adjudicaron fácilmente, al amparo de monopolios y de privilegios —refidos con el espíritu de la legislación de Indias y con la dirección política de la dinastía anterior— se adjudicaron repito, en forma casi exclusiva, el comercio, las minas, las industrias y más fuentes de producción, desencadenando la necesaria odiosidad y la resistencia no solamente pasiva. Pruebas muy visibles se dieron en hechos tan dolorosos como los motines sucesivos que en la Imperial Villa de Potosí levantaban a castellanos y andaluces, apoyados por los americanos, en contra de los vizcainos; o se dieron en la famosa revuelta contra la poderosa

Compañía Guipuzcoana de navegación, que pretendió acaparar el tráfico mercantil y el tránsito de pasajeros desde los puertos del Caribe hacia España.

Hubo un fermento contra lo francés que la corte de Madrid, afrancesada también, mandaba para América. Aunque, como es natural en la historia de modas y de usos, el antifrancesismo de las clases dirigentes del Nuevo Mundo se contagió con aquello de distinto o de novedoso que los Virreyes y los funcionarios traían en sus personas y en sus séquitos. Este contagio, a la moda, fué más notorio en las ideas, pues el libro francés, traducido o no, alcanzó gran difusión a pesar de muchos deseos gubernamentales en contrario. Pues la paradoja más notable del gobierno borbónico hacia que los monarcas de esta estirpe fueran liberales y liberalizantes, progresistas y modernos en España, mientras en el Nuevo Mundo acentuaban un estilo reaccionario, adverso a cualquier mejoramiento mental o social. El lector debe notar, de paso, cómo fué en el siglo XVIII cuando los libros más injuriosos contra América y los americanos se escribieron por franceses, se tradujeron al francés o tuvieron una difusión detonante en la capital del racionalismo.

En cambio, paradójico también, los americanos se aficionaban a lo francés y visitaban París, como si fuera la Meca de sus anhelos sociales o intelectuales. El resultado fué inmediato y decisivo: el sutil proselitismo de la cultura parisiense quemó en su lumbre a la hueste viajera, transformándola de quieta beneficiaria de rentas y situaciones tradicionalmente consolidadas, en minoría revolucionaria y difusora del racionalismo político. Hay algunos historiadores que se espantan del hecho innegable de hallar nacida la emancipación americana en la mente o en el pecho de estas minorías aristocráticas; pero las cosas sucedieron como sucedieron y no conforme al gusto de los teóricos postreros, de ésta o de la otra corriente ideológica.

Y los americanos cultos que no fueron a París, cuyo número y curiosidad eran mayores, leían, leían ávidamente el último libro, el último discurso, la última proclama o la última noticia política. La erudición fué moneda corriente en aquel medio y estuvo en proporción directa con el deseo de conocer que animaba por entonces a las élites agrupadas en sociedades —algunas de ellas secretas— ador-

nadas con nombres declamatorios. Religiosos y laicos rivalizaban en el empeño de mejorar la información filosófica o política, según nos atestiguan ahora las bibliotecas muy nutridas y muy utilizadas. Los catálogos de las bibliotecas **coloniales**, sean de los conventos o de los particulares, saturadas de libros importantes y al día, llevan a la crítica de hoy hacia un conocimiento más entrañable del espíritu y del ambiente en que se movían aquellos americanos cultos. Según el voto unánime de los historiadores serios de nuestros días, el racionalismo francés del siglo XVIII fué alimento casero de infinidad de americanos en la misma centuria.

Se ha dicho y se ha probado, por la historiografía venezolana especialmente, que las primeras ideas liberales llegaron al Nuevo Mundo a fines del mil setecientos, traídas por unos cuantos ilustres republicanos desterrados en tiempo de Carlos IV a distintos lugares de lo que hoy es Venezuela. Puede ser cierto que dichos revolucionarios españoles lograran dar forma nítida a los pensamientos racionalistas que por entonces bullían en muchas inteligencias jóvenes de Hispanoamérica. Puede también ser verdad que Gual, España y más compañeros de destierro redactaran algunos documentos, que pasan por ser los primeros, donde se patentiza la fe racionalista, como fueron la proclama a los **Habitantes Libres de la América Española** y los **Derechos del Hombre y del Ciudadano**, ambos de 1797. Pero la realidad histórica finca más allá: si las voces de Gual, de España, de Picornell o de Campomanes no se perdieron, o no causaron escándalo, o no desentonaron fué, precisamente, porque hicieron coro externo a cuanto resonaba en el interior del alma americana, desde mucho antes.

El afrancesamiento de la intelectualidad americana en nada afecta a la influencia de la filosofía inglesa, que se dejó sentir más que en el momento revolucionario, en la hora de constituir los nuevos Estados. Bolívar fué el paladín de los principios gubernamentales británicos, conducido no sólo por su amistad con Jeremías Bentham, sino por sus aficiones literarias y filosóficas a Montesquieu. Porque, en efecto, fué este francés tan sugestivo e insinuante, quien llevó a los americanos hacia lo británico, pues veía la suma de todas las perfecciones políticas en la división de los poderes lograda por el parlamentarismo surgido en el tallo de la revolución y en el protectorado de Oliverio Cromwell.

Lo inglés, no obstante la enseñanza norteamericana, dió la vuelta por Francia antes de entrar en Hispanoamérica, porque desde antes, es decir desde muy al comienzo del siglo XVIII, lo francés sirvió de catalizador insustituible de cuánto vendría al Nuevo Mundo. Las precauciones borbónicas porque tal cosa no ocurriera, como hoy sabemos, fueron fallidas, y sea directa o sea indirectamente, el racionalismo halló nido propio en el cerebro ardiente de los americanos.

Las doctrinas populistas.

Sin embargo del racionalismo difundido tan profusamente en los medios intelectuales, si se quiere comprender mejor la segunda hora del movimiento emancipador del Nuevo Mundo, es útil realizar un recorrido más. Y esta vez no por el pensamiento de las clases cultas, afrancesadas y filosofantes, sino por los cauces del alma popular, robustecida también de creencias y de experiencias políticas, aun cuando se haya dicho lo contrario. O sea que, a par de las doctrinas racionalistas de la élite, merecen la atención del historiador las doctrinas populistas de la masa. Doctrinas tanto más activas, cuanto fueron respaldadas por el hecho de una existencia histórica alejada cada día más de la metrópoli peninsular, y por el hecho de una vida urbana municipal que obligaba a los vecindarios a tornarse más conscientes de sus actitudes políticas y a encariñarse, en consecuencia, con el propio terruño. Doctrinas populistas sostenidas, en fin, por la cruel realidad del Imperio español carcomido y decrepito, liquidado por una dinastía tan extraña a las cosas del Nuevo Mundo, como fué la Borbónica, y cuya ceguera socavó hasta los últimos fundamentos la organización jurídica elaborada por los Austrias del siglo XVI.

¿Dónde o cómo se originaron tales doctrinas populistas del poder o de la legitimidad del mismo? Una barrera de lugares comunes ha impedido durante más de un siglo ver la fuente de donde manan dichas doctrinas, y ha impedido suponer, siquiera, la activa existencia de ellas en un medio humano dogmáticamente calificado de oscurantista, atrasado, ignorante y más, por el romanticismo del siglo XIX. Era muy cómodo atribuir la emancipación americana al irresistible ejemplo de Estados Unidos o de Francia, y según ocurre en casos semejantes, una opinión cómoda quita de la circulación a otra verdadera.

Las doctrinas populistas son tan viejas en el Nuevo Mundo, como la presencia de los españoles, como la fundación de las primeras ciudades con cabildo municipal, como las primeras guerras civiles, como las primeras tentaciones de separatismo. Pero más aún, son tan viejas, como la presencia de los primeros maestros jesuitas que difundieron las doctrinas de Suárez sobre el origen del poder político, o las de Mariana sobre la responsabilidad de los gobernantes. Las gentes españolas, por otra parte, viajaban con sus fueros y con sus costumbres locales, donde el populismo se patentizaba con la misma larga, profunda e imprescriptible tradición hispana.

No es novedad de última hora la admiración de los historiadores por el hecho elemental de que las Actas constitutivas de Juntas Soberanas y, después, las Actas de emancipación política, se redactaran en los cabildos, como en el hogar propio de tales acontecimientos. Lo que hoy llamamos Derecho Político, sea en su esencia o en sus trámites, fué aprendido en dos centurias de práctica por los americanos, sea de pura cepa, sea mestizos o de cualquier otra índole. La usanza capitular, vinculada a la existencia de las urbes, así fuera maltratada a veces por el centralismo o por los delegados de la Corona, vivió impertérrita, sobrevivió al cambio de la dinastía de Austria, constituyó una cátedra de enseñanza práctica del Derecho, resistió a la liquidación del Imperio español, forjó las nuevas nacionalidades que se constituían en Estados y pasó, íntegra y ferviente, a la existencia republicana.

Nuestro constitucionalismo, el apego fundamental que sentimos por el Estado de Derecho, tiene una raíz más honda que el racionalismo político aprendido por los próceres en libros franceses. Nació en la sangre de los americanos mestizados con los españoles, aprendiendo de éstos el amor indeclinable por la región, sus fueros y sus derechos; vivió entre asaltos y entre tumultos hasta el día en que **reasumió** el poder público, porque es falso que la llamada colonia fuera una edad de boba y dorada tranquilidad; y se levantó, al fin, para servir de fundamento definitivo al Estado moderno, reformado en el Derecho y operante sólo dentro de las normas jurídicas.

Pues bien, esto aprendieron los hispanoamericanos del cabildo municipal, del Derecho Indiano y de las doctrinas profesadas por los

catedráticos de moral, de Derecho o de filosofía en Universidades, institutos y seminarios de aquellos dos siglos anteriores a la expulsión de los Jesuitas de todo el Imperio español. Y por ser ilustrativo en grado sumo, recordaré un pequeño dato que los historiadores han olvidado siempre: luego de expulsos de América los Jesuitas, Carlos III, en dos Reales Cédulas, una del 12 de agosto de 1768 y otra del 4 de diciembre de 1772, prohíbe la enseñanza de las doctrinas de Suárez y de Mariana, aunque sin nombrarlas directamente, pero acusándolas de causar la sedición, los tumultos, las **rebeliones y los regicidios**. Al mismo tiempo, el Monarca ordena —pues aunque la Cédula emplee la palabra **recomienda**, recomendar en este caso es ordenar— se estudie la obra del dominico Fray Luis Vicente Casavalls, esta vez sí, nombrándole, pues es necesario, y le recomienda porque en su libro se impugnan, **aún a título de probabilidad**, todas las doctrinas antes enseñadas contra las **legítimas potestades**.

¿Habrá razones para no inquirir en el fondo del pensamiento y del ánimo populares, en busca de motivos o fines —mejor de fines— gracias a los cuales afloró, en la segunda hora del movimiento emancipador, la verdadera, la auténtica, la necesaria tendencia histórica de unos conjuntos humanos, nuevos y flamantes, anhelosos de su libertad política para hacer con ella su destino?

Solamente, y esto es necesario destacar repitiéndolo hasta el cansancio, solamente que en la primera hora tales tendencias populistas no asomaron claramente, porque la circunstancia histórica impuso la lealtad a la monarquía tradicional, impuso el movimiento legitimista en favor de la dinastía de Borbón, personificada en un hombre de escasa talla histórica, incapaz de comprender cuánto habían hecho por él los súbditos de ultramar. De paso, una observación: la actitud reaccionaria, anticonstitucionalista y absolutista de este Monarca, y las consecuencias de esta actitud para la Historia de España y de América, han dado asidero a la tesis de aquellos historiadores para quienes el legitimismo de los hispanoamericanos fué sólo la farsa con la que salieron del apuro.

Hay, sin embargo, un curioso punto de incidencia del racionalismo sobre el populismo, por obra y gracia de uno de los más difundidos, populares y simpáticos escritores españoles de esa época: Fray Benito Jerónimo Feijóo. Merced a este ilustre fraile el racio-

nalismo francés tomó carta de naturalización en España, en aquellos aspectos más valiosos de la tendencia, es decir en lo filosófico y en lo científico.

Las *Cartas Eruditas* y el *Teatro Crítico*, constituyeron en España y en el Nuevo Mundo una lectura preferida, casi el pan cotidiano de doctos y de aficionados a las letras, difusión difícilmente conseguida por otros libros españoles en el siglo XVIII. Sin hipérbole de ninguna clase, es dable afirmar que el Padre Feijóo enseñó a pensar en moderno a centenares o a miles de americanos ávidos de conocer el mundo y de situarse convenientemente sobre el mismo. Uno de los vientos que más favorecieron el cambio de mentalidad en América, fué la obra del erudito fraile, a quien en éste y en otros aspectos, apenas hoy se ha comenzado a hacer justicia.

Un debido estudio de la ideología independista, un estudio que no separe las dos grandes corrientes que he recordado, o sea el racionalismo y el populismo, nos ha de enseñar serenidad y nos ha de librar del espanto que causa a tantos escritores de ocasión o rezagados beatos del romanticismo décimonónico, encontrarse con paradojas y contradicciones en el pensamiento de hombres, inclusive geniales, como don Simón Bolívar. Fino intérprete de la época y reflejo leal del ánimo colectivo, el Libertador se vió obligado a jugar a dos vientos. La vela de sus ensueños anduvo por un mar agitado en dos sentidos: la necesidad de seguir hacia adelante con las ideas de su tiempo, y la urgencia de ser fiel a la tendencia popular de la mayoría americana.

Complejidad y visión en panorama.

Nunca será suficientemente expresada la gratitud que debemos a don Pedro Fermín Cevallos por su intento de reducir a panorama general la emancipación, por lo menos de las repúblicas bolivarianas. Después de él, tanto el método como el empeño no han sido superados. Causa pena decirlo, pero hay que decirlo. Y quienes han escrito sobre el asunto, lo han hecho de manera fragmentaria, regional, localista, sin darse cuenta de que así, por tal manera de historia, han reducido un hecho dramático y universal, a las proporciones de lo episódico y transitorio.

No podemos movernos en el orbe histórico siguiendo iguales normas a las seguidas en el mundo físico. Si alguna vez nos enfrentamos a un paisaje nuevo, nada altera la visión y conocimiento final que logremos del mismo, el hecho de que lo miremos en totalidad desde una eminencia, o el hecho de que, a partes, vayamos mirándolo desde un automóvil. En uno y otro caso habremos conocido aquel paisaje: sea en panorama, sea en cuadros sucesivos. Pero con la Historia no ocurre así, pues si un gran panorama es dividido en una serie de cuadros, por la manera de ser las cosas humanas y por el modo de relatarlas, propia de los hombres, hemos de ver que la suma de los cuadros no nos da el panorama. Si la verdad física del paisaje no se altera por una suma de cuadros, la verdad histórica sí se altera por una suma de episodios o de cuadros en que la dividamos. Por la sencilla razón de que una verdad histórica no es un mero producto de actitudes mentales presentes ante actitudes humanas pretéritas, sino algo más complejo y orgánico.

En el desarrollo de los sucesos independistas de Hispanoamérica se da el caso de cierta unanimidad a lo largo del Continente, sin que haya habido un acuerdo previo o un impulso uniforme en la inmensa extensión territorial que va desde el Misisipi hasta Patagonia. Pero tenemos que admitir el suceso unánime si no tratamos de ser demasiado infieles a la realidad. Un conjunto de pueblos, geográfica y administrativamente diferenciados por la política española y por los hechos, comienza a adquirir conciencia de su sér histórico, medida de su posibilidad y fuerza de autogobierno. Y nada habrá que detenga el proceso de **concientización** —la palabra es tremenda pero verdadera— y de diferenciación nacionalista de aquellas regiones que hoy se llaman repúblicas Americanas.

Pero, de otro lado, se nota a poco de estudiar, cómo el unanimismo del movimiento desemboca en un pluralismo de acontecimientos, que lleva, en ciertas ocasiones, a seguir caminos opuestos a grupos de tipo semejante, en el momento de enfrentarse con situaciones semejantes. Méjico no halla la misma solución que Chile; Gran Colombia comprende la emancipación como las demás naciones, pero busca una fórmula diversa de la del Brasil; Uruguay y Paraguay llegan al final por distintos caminos, etc. Sobre el fondo común de la unanimidad americana en busca de autonomía, hay variantes y cambios que llevan al historiador a serias meditaciones.

Con todo, hay algo inmediatamente cierto: una actitud unánime exige una compensación panorámica. O dicho de otra manera: no nos es dable explicar los hechos de una región geográfica o política, sin encajarlos en el cuadro general de todo el Continente. No se puede comprender el hecho independista segmentándole o reduciéndole a enfoques particularistas, ni a título de más nitida perspectiva. El 10 de agosto de 1809, para no citar sino un ejemplo, resulta inentendible, críticamente desde luego, si se prescinde del 25 de mayo de 1809 en La Paz, del 25 de mayo de 1810 en Buenos Aires, y del 18 de septiembre en Santiago....

Los sucesos bélicos, desligados al parecer, debido a la distancia de los respectivos escenarios, tampoco se pueden separar. Son el resultado más espectacular del proceso interno unánime, y sin el apoyo de unos a otros, la obra emancipadora habría quedado manca o habría fracasado. La seguridad de la autonomía política del sur —Argentina, Chile—, se posibilita gracias a la de la Gran Colombia, la misma que necesita sellar su destino en la campaña del Perú. Méjico no se emancipa sin mirar a Centroamérica, pues hay una comunidad geográfica y una solidaridad de destino que no es dable soslayar. Cuba no intervino, quedó aislada y, por eso, su emancipación se operó sólo a finales del siglo XIX.

Pero no hay esto, únicamente. Bien vistas las cosas, las campañas independistas no sólo separan a grupos geográficos y administrativos de la metrópoli peninsular, sino que sirven, además, para deslindar a los distintos pueblos en naciones, en una especie de guerras cuyo fin es también el reajuste geográfico, político e histórico. La Provincia Oriental separó dominios con Argentina; Paraguay se enfrentó no sólo con España sino con sus nuevos vecinos; Méjico desplegó tanta energía y derrochó tanta sangre —excepción hecha de las masacres a españoles y a blancos— combatiendo contra España y más contra EE. UU. que ajustó su geografía tomando en la carne del cordero la parte del león; Gran Colombia dirimió belicosamente sus diferencias territoriales con Perú; y así, lo demás.

Finalmente, una acertada proyección de la crítica sobre los hechos, demuestra que el proceso de independización no se desarrolló sólo en América, sino también en Europa. Si pensamos en lo de Napoleón y sus repercusiones en el Nuevo Mundo, no dejaremos de

notar que España fué la primera en librar batallas cruentas por la libertad nacional. Y mirando con mayor fijeza se descubre un proceso análogo en Francia, en España, en el Nuevo Mundo; proceso revolucionario que, bélica o pacíficamente, camina a lo largo del siglo XVIII y brota en Francia, primero, y luego pasa a España, en donde si bien no acierta a darse figura histórica, no por eso deja de ser sensible y preludivar tanto los hechos liberales del Nuevo Mundo, como los de la Península misma en todo el siglo XIX. Hay una revolución lenta, segura, sea que la llamemos liberal o sea que le llamemos burguesa, pero revolución que finca, fuera de los móviles ideológicos y filosóficos, también en el innegable hecho económico.

Aquí tiene el lector un conjunto de motivos y de fines por los cuales no es dable dividir el panorama general de la emancipación americana en cuadros parciales de afectuosa nacionalidad o de estremecido romanticismo local. Si no se mira el hecho en su total extensión humana, geográfica, espiritual, política, bélica, social y económica, daremos del 40 de agosto o de cualquier otra fecha similar, una visión enteca y miserable, falsa no por la intención del autor que escriba Historia, sino por incompleta, como incompleta fuera la definición que de la vida humana nos diera un fisiólogo explicándonos sólo un órgano limitado del cuerpo, así sea el más importante.

El alumbramiento: hecho natural.

La didáctica de aquello que llamamos Historia Patria, tradicionalmente, emplea ciertas palabras-clave para inculcar los sentimientos nacionales indispensables en el alma de los educandos. Algunas de tales son éstas: próceres, precursores, héroes, etc. Al conjuro mágico de las mismas se suele hacer brotar, en ocasiones memorables y en festividades solemnes, el don precioso de la libertad, la era republicana, la democracia como forma de vida pública....

Bien estaría todo ello, pero sólo a trueque de cumplirse dos condiciones: primera, que tales voces se emplearan para nutrir sentimientos en una edad en la que ciertos razonamientos abstractos nada dicen a la mente infantil; y segunda, que tales voces no decidieran para siempre a cerca de las dimensiones que el criterio histórico debe tener en los adultos. Porque bien visto el caso, resulta sin escándalo para nadie, que las mentes adultas de los patriotas así formados, siguen siendo pueriles o condicionadas a sentimientos elementales.

Por eso es frecuente ver a catedráticos de Historia y a historiadores de profesión, extasiados en el vocerío vacío de la alabanza monótona a los próceres, a los héroes, a los precursores, a quienes se les transforma, por arte de birle y birloque, en creadores de la nacionalidad, en fundadores de la patria, en inventores de la actual existencia social, poniendo en segundo o en último término la verdad humana, la única verdad realmente digna de acatarse y comprenderse: o sea, el hecho intrahistórico.

Me explicaré. Llamo hecho intrahistórico al conjunto de finalidades, de anhelos, de impulsos que al grupo humano llevan a obrar de un modo o de otro, produciendo los instrumentos morales, vitales, culturales y aun materiales destinados a conseguir aquella íntima instancia de realizarse conforme a un plan o a un designio libremente buscado. Esto no significa ausencia de fuerzas extrahistóricas, operantes también sobre un grupo, como las naturales o físicas, contables en la vida de los pueblos y, por eso, dignas de ser recogidas por la Historia. Pero, en última instancia, quien define la calidad de la existencia humana colectiva, es la intrahistoria.

Ahora bien, si observamos hacia el fondo la vida colectiva sobre el tiempo, tenemos que reconocer, con toda honestidad, que la fuente de los impulsos más auténticos y definitivos, no sobreviene, no llega de fuera, sino que crece de la entraña, o es la misma entraña exteriorizada por un designio previamente aceptado. En otras palabras: no es la espuma la que define a la ola, ni la ola es la que define al mar; sino al contrario, la hondura marina, con sus fuerzas, mueve las olas y éstas, al romperse, cubren de espuma sus crestas. Nadie es tan superficial que quiera explicar el mar por la espuma.

Sin embargo, la didáctica de nuestra Historia Patria emplea este método superficial y absurdo. Una muestra la tenemos en lo que acabo de decir: se enseña y se cree que la patria, la nación, la libertad, la existencia republicana son inventos originales de los próceres, de los héroes, de los precursores, a quienes, previamente, se cubre de deslumbradores calificativos y se reviste de túnicas vistosamente populares, cuando nada hay más falso y nada tan opuesto a la realidad, porque las patrias, las naciones, las existencias colectivas son precisamente lo contrario a fundaciones o establecimientos que por obra de tal o cual, marcan su comienzo a partir del año tal o cual.

El proceso de la emancipación americana es un hecho natural, profundo, emergido de la entraña colectiva, libre y no condicionado, auténtico y no copiado, deseado desde adentro y no impuesto desde fuera. Los que llamamos héroes, próceres, precursores, son simples instrumentos exteriores creados por la urgencia interior, son síntomas y no símbolos, son la etiología y no la fisiología del asunto, son termómetros que marcan la temperatura pero no la fiebre que rebulle en lo más sensible del alma americana. El proceso de la emancipación americana es un hecho tan natural, como el alumbramiento biológico. El feto sale a la luz, espontáneo y maduro, normalmente a su hora, sin auxilio de nadie. Si no fuera así, la humanidad carente de parteras y tocólogos, hace miles de años se habría extinguido. Pero el feto es, precisamente, una realidad que a sí propia se defiende, y nace, y vive, y se autonomiza.

Sin metáfora alguna, el nacimiento de las realidades históricas sigue el mismo camino, sencillo, hondo, directo y natural. No necesita, en la inmensa mayoría de casos, el auxiliar extrahistórico o la asistencia de hombres superiores o magos o creadores de la nada. En el mundo de la Historia las cosas son o llegan a ser desde la entraña colectiva, desde ese nivel absoluto y horizontal que, doquiera, con más o con menos oportunidad, constituye la especie, con sus posibilidades y sus quiebras, con sus ambiciones y sus sueños, con sus deseos y sus pasiones. La especie o la entraña no han necesitado, secularmente, ni tocólogos ni parteras.

Por eso, me atrevo a decir: los próceres, los héroes, los precursores, fuera de su valor instrumental, accidental y externo, ellos por sí mismos no fueron capaces de realizar la obra inmensa que nosotros, candorosamente, les atribuimos. Las cosas en la Historia son más maravillosas y más grandes que la vida humana singular —de suyo grande y maravillosa. Las cosas en la Historia, sin determinismo de ninguna clase, presiden al anhelo singular, le prefiguran y le cobijan. Pero tienen la discreción —diré así a falta de término más preciso— de entregarse en manos humanas para ser realizadas. La crítica justa que intentare cualquier historiador justo, no dejará de ver esta relación de cortesía entre la intimidad o la fuerza de la intrahistoria, y la acción de los hombres que fueron encargados de ejecutarla o de perfeccionarla, exteriorizándola o dándola forma en el tiempo.

El alumbramiento del Nuevo Mundo, luego de una gestación de tres siglos —nuestra edad media— tuvo que operarse de manera natural, desde adentro; y se habría operado aun cuando fracasaran los instrumentos que la intrahistoria creó con el fin de realizarse hacia fuera. Por eso me atrevo a pensar que sin héroes, sin próceres, sin precursores, la emancipación, por ser hecho natural, se habría cumplido. . . . naturalmente.

Complejidad del hecho natural.

Pero decir que la emancipación fuera un hecho natural no equivale a afirmar su simplismo. Desde el comienzo vengo haciendo notar que hubo etapas, horas, modalidades sucesivas en el proceso del 10 de agosto: por lo menos una segunda hora diversa de la primera. Y en la configuración del suceso, en el modo de aparecer, en las razones últimas que lo motivaron, en la lenta pero perspicaz senda proseguida por acontecimientos y personas, en todo ello que digo y en mucho más que rebasa mi propósito por el momento, hemos de reconocer una complicadísima estructura histórica.

Recordaré al lector solamente lo dicho de modo general sobre esta complejidad, con el propósito de llevarle hacia el mundo de la realidad histórica deformada por dos corrientes igualmente ahistóricas y acrílicas: el afán de crear héroes, al amparo del mito; y el afán de disminuir la personalidad de algunos dirigentes, llamándoles traidores. Ni héroes mitológicos ni traidores al pueblo: los llamados próceres fueron simplemente hombres, y si queremos hacerles justicia, hemos de mirarlos encarándoles dentro de esta categoría humana. Y nada más.

Ante todo, quiero recordarle al lector, que el hecho natural de la emancipación da comienzo en una mayoread mental, en un cambio de espíritu, en una **metanoia**, como toda revolución transformadora. El cambio de la mente o del espíritu del hombre americano sigue un proceso bien claro: la síntesis de las ideas tradicionales populistas con las ideas racionalistas modernas, venidas de Francia, especialmente.

En segundo lugar: el nacimiento de una nueva forma de vida. Hoy, gracias al aprovechamiento de la energía nuclear, estamos en-

trando —perdón por este imprescindible gerundio— en una nueva forma de vida. Por tanto, nos es posible considerar cómo sería el cambio de la sociedad americana en el siglo XVIII, durante unos años muy movidos y espectaculares —como los nuestros, aunque en grado no tan superlativo—, en los que se derrumbaba el **antiguo régimen** y daba principio el orden nuevo, sea en lo jurídico, sea en lo social, sea en lo económico. Las sociedades o los pueblos recién formados en el regazo de la era hispánica, por fusión y mestizaje, salían de un cobijo histórico para entrar, entusiasmados, en otro, como en una casa nueva, donde la existencia debía amoldarse a un nivel mejor.

Luego después se necesita considerar un hecho, que es más profundo de lo aparente. Me refiero a la ruptura de España y América, tras de la expulsión de los Jesuitas. Uno de los nexos de tradicional poder, establecidos entre los dos Mundos, el Viejo y el Nuevo, fué la actividad cultural, misionera, religiosa y económico-política desplegada por la Compañía de Jesús y su hueste selectísima. Al salir los Jesuitas para el destierro, el techo se vino abajo por falta de pilares. Y de otra parte, no es desconocida la actividad americanista que muchísimos de ellos desarrollaron en Europa, desde Italia. Esta actividad sirvió de impulso para la propaganda independista, cuando no fué claro llamamiento subversivo, como en el caso del Padre Vizcardo.

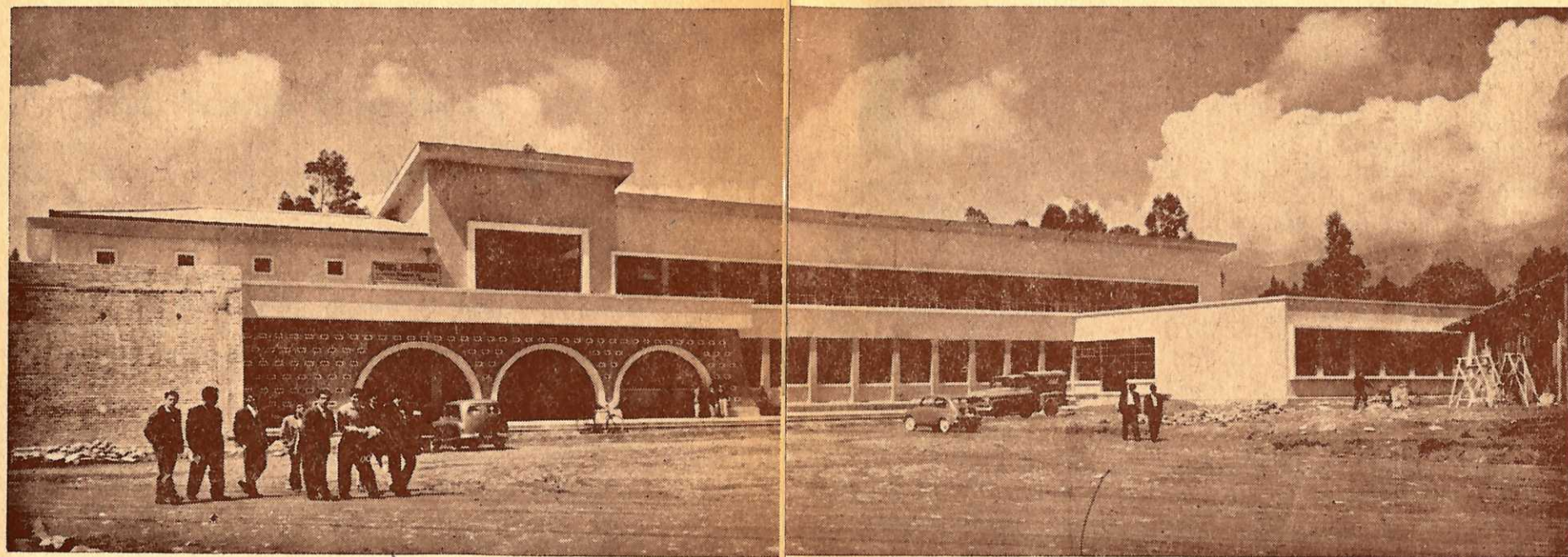
Por último: los hechos napoleónicos influyeron de doble manera. Sea directamente, obligando al espíritu americano a salir por la legitimidad monárquica del Soberano español; sea indirectamente, despertando la codicia de otras potencias que, por atacar a España o a Francia, vieron en la presa del Nuevo Mundo un recurso inestimable de combate y un objetivo incomparable de conquista. El brillo de la causa napoleónica o el séquito de gloria de los caudillos americanos, ha impedido a los historiadores románticos —y tras ellos a los modernos— ver la tenebrosa maniobra de la política inglesa, o de otras análogas o más codiciosas, destinada a rellenar el vacío que dejaría España al retirarse del Nuevo Mundo. Porque en la mente de muchos **defensores** de la libertad americana, solamente después, casi al promediar el siglo, se formó la convicción de que las nuevas Repúblicas podían vivir vida autónoma. El caso más célebre, si debo citar siquiera uno, es el de Joel Roberts Poinsett, enviado de los

EE. UU. con el fin de desgarrar a Méjico, territorial y políticamente.

He aquí un modo de ver, con modernidad, uno cualquiera de los hechos de la época emancipadora: con criterio panorámico y capaz de abarcar la complejidad de un organismo histórico tan extenso como el Continente. La simple consideración del 10 de agosto, determinada por un libro y una polémica, me ha llevado a escribir estas páginas que, al comienzo, pretendieron ser una simple nota bibliográfica. La inmensidad del asunto ha determinado mi reflexión, le ha obligado a prolongar el miraje y a sentir que el método empleado usualmente para comprender el tumulto independista, es flaco en su potencia, escaso en su alcance, inadecuado en su dialéctica.

Dije al comenzar que en ninguna otra actividad mental, como en el campo del pensamiento histórico, el método y el asunto son una sola cosa inseparable. El lector verá si es verdadera mi aseveración. El tiene derecho a rectificarme. Lo que es por mi parte, sólo ratifico la aseveración, pues creo que hacer Historia es saber metodológicamente plantear sus problemas. Más que en la matemática, el conocimiento histórico depende del punto de partida crítico, punto de partida que no puede desvincularse del plano cultural en que se asienta.

¿Que con esto complicamos la enseñanza de la Historia? Lo dije ya: la elemental recordación de la misma, es para los niños; que para los adultos, la cuestión necesita ir complicándose y ahondándose cada día más. Al contrario de lo que ocurre con las matemáticas, cuyo conocimiento superior no descuenta la posibilidad de servirnos durante toda la vida de las operaciones elementales, el conocimiento histórico elemental no nos basta cuando hemos desarrollado con plenitud nuestras facultades críticas. Al niño se le puede contar la Historia. El adulto está forzosamente obligado a comprenderla, no sólo desde su altura mental sino, y esto importa más, desde la altura intelectual de su tiempo. La aventura de hacer la Historia o de escribirla resulta, por eso, siempre tan novedosa y tan joven..



CIDAD UNIVERSITARIA DE CUENCA

Frontispicio del pabellón de las Facultades de Ciencias Químicas y Biología. De manera provisional funcionan en él los servicios administrativos.

ISABEL MOSCOSO DAVILA

(Seminario de la Facultad de Filosofía
y Letras).

La Novela Psicológica

CAPITULO PRIMERO

HISTORIA DEL GENERO

Desde la primera mitad del siglo XV se desarrolla en España un género de novela que se deriva en parte de los libros de caballerías y conserva muchos de sus rasgos característicos. Es el antecedente de la novela psicológica que tomará forma en el siglo XIX con Juan Valera.

En Italia encontramos algunos modelos de la novela erótica, aunque algunas novelas cortas del francés o del provenzal como Flores y Blancaflor, París y Viena, anuncian la aparición de este género. Pero en realidad el primer libro en donde hay una subjetivación de la pasión amorosa, con análisis profundo de sus detalles, es la "Vita Nuova" de Dante Alighieri. En ella se mezcla la autobiografía sentimental del autor con el estudio objetivo del pathos amoroso.

"La Fiammetta" de Boccacio es un ensayo de Psicología femenina que prelude también el género erótico sentimental. María de Aquino canta en una elegía de amor su pasión trágica por el poeta de Certaldo.

Diego de San Pedro es el autor que dentro del género, dió vida a una obra universal. "La Cárcel de Amor", que traducida a diversos idiomas, se hizo un libro de moda en los palacios y casas de nobles,

es un verdadero tratado de amor, con alegorías sutiles, en donde la pasión amorosa se desenvuelve dentro de un exaltado ambiente emocional.

Además de las obras de Boccaccio, influyó en la novela amatoria y especialmente en Diego de San Pedro, una narración latina del humanista Eneas Silvio Piccolomini que con el título de "Historia de Eurialo y Lucrecio" compuso en 1444. Parte de esta obra está escrita en forma epistolaria que es el medio más poderoso y más natural de análisis afectivo.

El florentino León Bautista Alberti es un verdadero "maestro de la psicología erótica". En sus dos diálogos "Escantofila" y "Deifira" enseña el arte de amar y exhorta a huir del amor mal comenzado.

Una de las más interesantes obras es la de Juan Rodríguez del Padrón, último trovador de la escuela gallega, titulada "El siervo libre de amor". Está dividida alegóricamente en tres partes según tres diversos tiempos figurados por tres caminos y tres árboles consagrados que hacen alusión a tres partes del alma. El verde arrayán, plantado en la espaciosa vía, es el símbolo del tiempo que bien amó y fue amado. Por esa senda siguió el corazón en el tiempo que bien amaba.

La segunda se refiere al tiempo que bien amó y no fue amado, figurado por los árboles del paraíso, plantados en la vía de la desesperación, por donde quisiera seguir el desesperante libre albedrío. La verde oliva, plantada en la angosta senda que el entendimiento quisiera seguir, simboliza el tiempo que ni amó ni fue amado.

En esta obra se pueden distinguir dos partes: una novela íntima de carácter autobiográfico y otra caballerisca y sentimental.

Muy lenta fue en España la evolución de la novela sentimental y sólo a fines del siglo XV apareció la obra que da forma definitiva al género erótico sentimental, "La Cárcel de Amor", escrita por el bachiller Diego de San Pedro.

"El Tratado de amores de Arnalte y Lucenda", que su autor dice haber traducido del griego, puede considerarse como el primer esbo-

zo de "La Cárcel de Amor". El autor extraviado por una selva llega a un castillo "que desde los cimientos hasta la cumbre estaba pintado de negro". Tropezó con unos hombres de aspecto muy melancólico y el que parecía señor de los otros, recibe cortesmente al caballero y le conduce a su morada. Durante la noche oye una música suave y unos lamentos tristísimos. A la mañana siguiente el señor del castillo le refiere su historia.

Se llamaba Arnalte y era natural de Tebas. Un día conoce a Lucenda y siente por ella un amor vehemente. Como no podía verla, le envía cartas y mensajes. En la vigilia de Navidad se acerca a ella disfrazado de mujer y le habla de su amor. Pero sus palabras le quitan toda esperanza. Su hermana, dolida de su tristeza, consigue una entrevista con Lucenda.

"Entonces —prosigue el señor del castillo— todas mis penas se trocaron en alegría. De tal modo me acariciaba el amor, que no deseaba ya cosa alguna, aunque en realidad nada tenía. Y cuando llegó la hora de ir al sitio señalado, mi hermana y yo nos dirigimos al salir el sol, a una iglesia de religiosas y allí me retiré a una pequeña estancia donde ella solía confesarse y donde no tardó en aparecer". En la entrevista ha conseguido Arnalte "el singular favor de besarle la mano".

"Un día, al salir de caza a un lugar cerca de Tebas, me asaltan tristes agüeros. De súbito, el tiempo que era claro y sereno, aparece nublado y lleno de tempestad. Un lebril que yo mucho amaba, empezó a dar saltos y temblando sin cesar, lanzaba espantosos aullidos. Pero yo, que entonces me cuidaba poco de presagios, por ninguna de estas cosas quise abandonar mi empresa, antes con un halcón en el puño salí a correr el campo. Pero apenas había comenzado a caminar, me acordé que hacía mucho tiempo no había visto al caballero Gierso y empecé a considerar que nunca después que le hubiese manifestado el afecto que por Lucenda sentía, me había mostrado el buen semblante que antes solía, sino que poco a poco se había ido alejando de mí. Mientras yo volvía a estos pensamientos, el halcón que llevaba en el puño cayó por tierra muerto, lo que me confirmó en la sospecha que había empezado a tener de mi compañero Gierso y me acordé también de aquel perro que a la madrugada había aullado dolorosamente y determiné volverme a casa. Pero antes su-

bi a una colina desde donde se parecía el castillo de Lucenda, y sentí un rumor de musicales instrumentos que resonaban entre las montañas. Cuando la noche sobrevino, comencé a retirarme a casa de mi hermana”.

Lucenda se había casado con su amigo Gierzo. Pasado el primer paroxismo de dolor, llega a saber que Lucenda no se ha casado por su voluntad. Indignado contra su amigo, le envía un cartel de desafío retándole ante el Rey. Arnalte da muerte a su amigo, pero Lucenda no quiere que su mano sea el galardón del “matador” y profesa de monja en un convento. Arnalte se retira a su castillo y en él pasa su vida en eterna soledad.

En esta historia se esboza la novela psicológica con todo su contorno de exaltada pasión. En el final violento y desmesurado se da el sentido de la tragedia helénica. La voluntad hipnotizada por el morbo pasional, lleva al protagonista al encuentro de su sino, como la Ananké griega lleva al héroe al encuentro de su destino ignoto.

Dentro de la literatura erótico-sentimental, la “Cárcel de Amor” constituye la expresión más honda y patética del amor como un estado de alma.

“El autor finge un encuentro en unos valles hondos y oscuros que se hacen en Sierra Morena, con un caballero feroz que simboliza el Deseo que lleva preso al enamorado Leriano. Tras el paisaje estilizado, la descripción de la alegórica cárcel de amor que da nombre a la obra: pilares de mármol morado, torre altísima, figuras decorativas de un determinado simbolismo, escala difícil, entrada oscura, defensores de las puertas y el aposento del encarcelado. Leriano, el encarcelado de amor, padece por su pasión hacia la princesa Laureola y el autor es el intermediario entre ambos, ya llevando mensajes orales, ya cartas, como una especie de anticipo cortesano y noble del tipo de Celestina”.

El proceso de cartas constituye una forma nueva de la literatura castellana. Es una especie de anatomía del amor donde el sentimiento se revela en su desnudez elemental y la pasión se muestra como una viscera abierta al análisis frío y objetivo.

El argumento de “La Cárcel de Amor” se desenvuelve entre situaciones que parecen llevar a un desenlace feliz: Leriano ha vencido a Persio, hijo del señor de Gaula. La confesión de uno de los falsos testigos salva a la princesa Laureola y el rey libra a los dos amantes. Cuando parecía que la boda iba a celebrarse, la novela toma otro rumbo y tiene trágico desenlace. Laureola, enojada con Leriano por el peligro en que había puesto su honra y su vida con sus amorosos requerimientos, le intima en una carta que no vuelva a comparecer delante de sus ojos. El amante desesperado determina dejarse morir de hambre.

La novela termina con el lento suicidio del desesperado Leriano que acaba bebiendo en una copa los pedazos de las cartas de su amada, y con el llanto de su madre, que es uno de los trozos más patéticos del libro.

“A este período de frenesí erótico, probablemente menos sentido que afectado, pertenece cierto “sermón” en prosa que se imprimió en pliego gótico y se halla también al final de algunas ediciones de “La Cárcel de Amor”. Este sermón apenas tiene otro interés literario que el haber servido de modelo a otro mucho más discreto y picante que puso Cristóbal de Castillejo en su farsa “Constanza”. El sermón en verso de Castillejo enterró completamente al de Diego de San Pedro”.

“La Cárcel de Amor” dió vida a una serie de producciones novelescas que difundieron un idealismo sentimental que conservaba ciertos nexos con el sentimiento galante de las novelas de caballerías.

“La Cuestión de Amor”, es una obra anónima, mixta, de prosa y verso, cuya primera edición parece ser de 1513 y que obtuvo gran éxito.

Dos enamorados se disputan cuál de los dos sufre mayor pena. El uno llora la muerte de su amada; el otro sirve sin esperanza de galardón. En la controversia se entretienen cartas y “enamorados razonamientos”. No se trata de una novela puramente sentimental como lo es “La Cárcel de Amor”, sino de una tentativa de novela histórica, o más bien de una novela de clave, de una pintura de la vida cortesana en Nápoles, de una especie de crónica de salones y de ga-

lanterías, en que los nombres propios están levemente disfrazados con pseudónimos y anagramas. La segunda parte, es decir, todo lo que se refiere a los preparativos de la batalla de Rávena, es un trozo estrictamente histórico.

El libro fue compuesto entre los años 1508 a 1512, en forma fragmentaria, a medida que se iban sucediendo las fiestas y demás acontecimientos que allí se relatan. "La cuestión de casuística amorosa que da título a la novela está imitada de las de "Filocolo" de Boccacio y contiene en germen los dos temas poéticos que admirablemente desarrollan los pastores Salicio y Nemeroso, en la Egloga primera de Garcilazo".

Todo el interés y atractivo estético de esta novela podemos encontrar en la bella descripción que hace el erudito napolitano Benedetto Croce. "Aquella elegante sociedad de caballeros, dada a los amores, a los juegos, a las fiestas, recuerda un fresco famoso del Camposanto de Pisa, aquella alegre compañía que, solazándose en el deleitoso vergel, no siente que se aproxima con su guadaña inexorable la Muerte. En medio de las diversiones llega la noticia de la guerra: el virrey recoge aquellos elegantes caballeros y forma con ellos un ejército que parte, pomposamente adornado, lleno de esperanzas, entre el aplauso de las damas que asisten a la partida. Algunos meses después, aquella sociedad, aquel ejército, yacía en gran parte solo, sanguinoso, perdido entre el fango de los pantanos de Rávena".

Las novelas posteriores a la "Cuestión de Amor" tienen más interés bibliográfico que literario. "La repetición de amores de Lucena" es un breve y sencillo cuento en el que el autor revela sus propios amores con una carta suya y otra de su dama.

"Grimalte y Gradissa" de Juan Flores es una continuación de la "Fiammetta" de Boccacio. Gradissa pide a su amado Grimalte que vaya en busca de la desventurada Fiammetta desdeñada por su amante Pánfilo. Peregrino de una Cruzada de amor, va Grimalte por el mundo hasta encontrar a Fiammetta. Pero es en vano que la encuentre, porque el amante rechaza a la que inútilmente trata de despertar su pasión dormida. Abandonada por el que ama, cae en la más furiosa desesperación y muere impenitente. Grimalte le da se-

pultura y después de cumplidos los fúnebres honores, desafía a campal batalla al ingrato Pánfilo que arrepentido y pesaroso de la catástrofe, se niega a aceptar el reto y se aleja a un lugar solitario para hacer penitencia.

Grimalte vuelve con estas nuevas a Gradissa, que en vez de concederle su amor, se muestra cada vez más esquiva y le ordena buscar de nuevo a Pánfilo. Más de veintisiete años empleó en este segundo viaje, hasta que en las partidas de Asia y en lo más espeso de una "muy desesperada montaña" encontró a Pánfilo haciendo vida salvaje "y en talle y figura que recuerda la aparición de Cardenio en Sierra Morena". Grimalte se queda para acompañar a Pánfilo en su soledad. Por las noches ven pasar la sombra de la enamorada Fiammetta.

"La Selva de Aventuras" de Jerónimo Contreras, publicada en 1565, es el antecedente más inmediato de "El Peregrino en su Patria" de Lope de Vega. Es interesante la descripción de viajes con sus intermedios dramáticos y líricos. La ermita y el monasterio dan la nota de un simbolismo poético y ultraterreno. La visión ideal del amor lleva al protagonista a un profundo renunciamento. Y cuando detiene su peregrinar en la paz recóndita de una ermita, su espíritu emerge puro entre la angustia humana y la impasibilidad serena de un mundo solitario.

*
* *

Nos asombra la forma estática que reviste la literatura psicológica. La acción se introvierte a la vida afectiva. Lo anecdótico da paso a un sentido profundo de lo humano. La complejidad de la psique deviene en una actitud reveladora y un mundo interior irrumpe oscuro y contradictorio en la dualidad de la conciencia abismal.

En esa "intimidad sorprendida" el ser se revela primitivo y elemental. Los cauces ocultos del sentimiento arrastran en su corriente todos los impulsos que llevan a la acción aparentemente desorbitada. Los motivos de la conducta humana aparecen translúcidos en la simbología que forma toda la gama del actuar humano, desde el gesto imperceptible a la complicada actitud pasional, desde el leve rictus hasta la desesperante contorsión.

La novela psicológica se nutre de su propia vida interior, de su propio mundo sentimental, dándonos la impresión de un paisaje inmóvil. Lleva en sí la llama de una mística humana y profunda.

CAPITULO SEGUNDO

JUAN VALERA

El género epistolar dentro de la literatura psicológica señala el tránsito hacia un nuevo género literario que florece en el siglo XIX y toma contornos definitivos en la novela de Juan Valera.

Los Valera, oriundos de la montaña de León, son una familia antigua arraigada en Andalucía desde los tiempos de la Reconquista. El linaje materno de Don Juan procede de la unión del apellido Alcalá con el de Galiano originario de Murcia. En 1765 se creó el título de marqués de la Paniega para Don Juan Alcalá Galiano y Flores, que recayó en su biznieta Doña Dolores, madre de Don Juan Valera.

Hubo entre los Alcalá-Galiano hombres ilustres, como Don Dionisio (que murió en la batalla de Trafalgar), padre de Don Antonio, "el famoso orador de la "Fontana de Oro", Corifeo en su juventud del partido exaltado y de la revolución romántica".

"Don Juan Valera y Alcalá-Galiano nació en Cabra, el 18 de octubre de 1824. En 1841 fue admitido en el Colegio-Seminario de San Dionisio del Sacro-Monte de Granada y se matriculó en el primer año de Facultad. Cursó en la Universidad el año segundo, en la de Madrid el tercero, y vuelto a Granada, fue Bachiller en Jurisprudencia en 1844 y Licenciado en 1846. Las conclusiones del discurso ("¿Qué se entiende por legislación universal?"), compuesto para graduarse, del más genuino corte estudiantil, son ortodoxas, y no falta algún rasgo personal que anuncie vagamente el Valera de mañana".

"Temas heroicos y amatorios le inspiraron: versos a sus novias, a la mujer soñada, a un pajarillo; versos inocentes los más, salvo alguna explosión de crudo erotismo; y versos también a personajes y eventos memorables: a lord Byron, a Grecia, a la caída del Imperio Romano, al general Narváez, pacificador de Andalucía".

A los dieciséis años comienza unas memorias: "Horas perdidas", de inspiración melancólica, que dejan entrever una temprana amargura y un desengaño precoz.

En 1846 Valera se trasladó a Madrid. Tenía muchos proyectos y muchos sueños de gloria le agitaban. Sus anhelos se reflejan en el capítulo "¿Para qué sirve?", de su novela "Las ilusiones del doctor Faustino". Ansiaba la fama, el ruido, la grandeza del dinero y decidió consagrarse al foro. Pero muy pronto sus inclinaciones le llevaron por otro camino. Ganó amistades valiosas en el mundo de la aristocracia, de las letras y de la política. La casa de la condesa de Montijo era un lugar de reunión de la más brillante sociedad de Madrid y allí fue recibido cariñosamente. "Se agolpaban en el salón de la condesa los rancios y los advenedizos, "pollos" aristócratas, literatos, políticos, abogados que empezaban a ganar millones con los pleitos surgidos de la desvinculación".

Valera frecuentaba un mundo de sugestivo esplendor. Entregando al placer de las noches de fiesta, se sentía envuelto en un halo de sutil belleza, mientras su espíritu se embriagaba en un ambiente exquisitamente sentimental.

Alcanzó del Gobierno una credencial de agregado sin sueldo y viajó a Italia con el duque de Rivas, embajador de España en Nápoles. El espíritu de Valera abierto a este mundo poético lleno de las reminiscencias de la época clásica, se empapó del sentido estético y profundo de las ideas que vividas ahora en los lugares virgilianos, cobraban ante sus ojos una viva plasticidad.

Dos amistades de importancia influyeron en su vida: Don Serafin Estébanez Calderón que le contagió "su afición a los libros viejos" y le llevó a explorar nuevas regiones de la literatura, y Lucía Paladi, la dama griega. Valera fue un apasionado de los valores estéticos de la literatura nacional, oponiéndose a la imitación de lo extranjero, ya fuese el clasicismo de Luzán o Moratin o el romanticismo importado.

El Iberismo fue obra de las influencias de Estébanez. La restauración de España debía fundarse en la unión peninsular. Esta idea recibida por muchos españoles y portugueses, llevó a Valera a traba-

jar en el campo de las letras y la diplomacia para procurar esta unión de los pueblos peninsulares.

Lucía Paladi, del linaje rumano de Cantacuzeno, casada con un prócer español, el marqués de Bedmar, solía residir en París, en Italia o en sus estados de Moldavia. Valera encontró en Nápoles a la marquesa y se enamoró de ella. "Muy instruída, sensible, inteligente, macerada por el pesar y las dolencias físicas, la marquesa, cuando Valera la enamoró, había dejado de ser joven y no parece que hubiese sido nunca bonita. La lividez de su rostro y la fantasía amorosa de Valera, que adoraba a un objeto fingido, inexistente, más bien a un cadáver, valieron a la marquesa el sobrenombre de "La Muerta".

"Se enamoró de la conversación de la marquesa, de su brillante espíritu, de su saber peregrino, de su experta y doliente ternura". Sin embargo, esta pasión de origen intelectual, fue también un amor de los sentidos. Amaba a la mujer y quiso que ella le amara con este mismo amor arrebatado. Pero la marquesa sólo pudo ofrecerle su amistad entrañable.

En noviembre de 1849 regresa a Madrid. Le nombran agregado a la Legación de España en Lisboa. Vivirá seis o siete años de la carrera diplomática y después enseñará en la Universidad de Granada la lengua griega o la Economía Política. Obtiene después la secretaría de la Legación de España en el Brasil y a finales del año 1851 desembarcó en Río de Janeiro. Siente una gran tristeza. Le fastidia la ciudad, el clima, las dolencias. No encuentra ni buenos edificios, ni estatuas, ni cuadros. Le desconsuela el esplendor del paisaje en medio de "la barbarie colonial". "Me fastidio ferozmente —dice—. Paso días enteros solo, encerrado en mi cuarto; leo, fumo y me entristezco".

En los dos años que pasó en el Brasil escribió o dictó cartas continuamente. Es inmensa la producción epistolar de Valera. Sus cartas constituyen un documento biográfico y literario de gran interés.

A fines de 1857 Valera comenzó a ser periodista. "Los rasgos duraderos de su fisonomía literaria concurren a formar un Valera al que sólo falta su tardía fase de novelista. El gusto, el estilo, la doc-

trina, el giro de su pensamiento, las preferencias y repulsiones íntimas, los resabios de su manera, cuanto le ensalza sobre su época, cuanto le constituye peregrino dentro de ella, todo lo declaran y proponen los ensayos, discursos y lecciones, las polémicas, los pálidos versos y las narraciones alegóricas que compuso en los principios de su vida pública".

Su formación de letras modernas y clásicas hace de Valera una figura de relieve dentro del mundo intelectual. En la novela su inspiración se vierte en un lirismo suave y emotivo. Con su magia creadora anima los seres imaginarios que se agitan en una vida perenne y toman su sentido de la profundidad misma de su vida. Su espíritu trasciende el significado de lo material y se eleva a la contemplación de la idea arquetípica de la cual brota la hermosura inefable. Y entonces la criatura humana traspasada de este hálito divino, se reviste de la carne glorificada y se erige en símbolo de la más elevada idealidad. Los personajes de Valera tienen un sentido profundo de lo humano. Ese sentido íntimo y vital que encauza su destino dentro de la más insospechada realidad.

La libertad es en Valera el contenido primordial de su filosofía: libertad de la forma y del pensamiento; libertad en la belleza pura del arte y en la actitud ante la vida. Su espíritu lleno de la más pura universalidad, supera las corrientes del romanticismo y se eleva por encima de las viejas doctrinas. Una poesía profundamente real brota en torno de sus personajes. La experiencia interna que tomó de los místicos da a esa vida ficticia un sentido de revelación íntima. La experiencia amorosa toma contornos definitivos dentro de la vida psíquica y el amor se define como un anhelo de felicidad suprema.

*
* * *

1905. . . . La vida de Valera se "aquieta" en un remanso de serenidad. Alejado del mundo político y de los ambientes diplomáticos, enfermo y casi ciego, "apenas le queda otro recurso que poner oído a la música divina que aun suena en su espíritu".

En sus noches de solitario se entrega a un soliloquio triste. "¿Dónde estaré yo entonces? —exclama— ¿Se conservará algo de mi

que recuerde lo que soy ahora, o habrá pasado todo como si yo nunca hubiera sido? A veces pienso en estas cosas. Me las pregunto y no me las contesto, si bien no me apura el quedarme sin contestación. Al contrario, la penumbra de mi conocimiento tiene cierto hechizo, y no aspiro a salir de ella, ni envidio a los que resueltamente afirman o niegan, como si algún genio o espíritu familiar les hubiese traído noticia circunstanciada del para mi impenetrable arcano".

Otras veces su espíritu vacila y se estremece con el soplo nostálgico de la tierra. Acaso fue inútil su vida. Hubiera sido mejor exprimir el jugo generoso en el lagar rebotante de uva morena, o el aceite claro de los olivos frondosos, o cultivar la seda acariciante en las moreras olorosas de su huerto.

Murió en un día de Abril, cuando el sol se hundía en su tránsito hacia la noche.

*
* * *

Juan Valera es un esteta profundo y un exquisito soñador. Su concepción de la belleza pura se plasma en su obra literaria y su sensibilidad se proyecta en una gama sutil de estados de alma. La hondura de su propio sentir le lleva a ensayar formas de expresión profundamente humanas.

El amor tuvo en su vida una impetuosidad exaltada y honda. Sus creaciones son como el eco de esa resonancia íntima. Desde una lánguida sonrisa hasta la angustia de sentido casi metafísico, se da en su obra toda una proyección de sentimentalidad viva y profunda. El poeta sintió el amor que se torna en ímpetu desesperado ante lo absurdo de una realidad trágica. La mujer amada con amor tan hondo, le ofreció su ternura casta, nimbada ya por la melancolía de una muerte cercana. El rostro pálido de la "Muerta" se inclinó sobre el suyo, con devoción de hermana triste. El la arrojó con gesto rebelde y dolido. Inútilmente su pasión buscó un cauce entrañable y humano. Sólo encontró un fantasma. Ella, herida por el sino, se hundía en la sombra perenne.

Después, lo prosaico, lo doloroso de la vida cotidiana. Su faena interminable entre el incesante devenir de los ambientes diplomá-

ticos y el gran mundo intelectual. La quietud de sus días postrimeros. Su meditación silenciosa, cuando enfermo y solitario, su espíritu busca en sí mismo la verdad que se revela en la interioridad inviolada del ser.

Y la muerte, al fin, esplendorosa y dulce, como la entrega última de ese corazón tan grande y tan hondamente humano.

CAPITULO TERCERO

ESTUDIO DE PEPITA JIMENEZ

Juan Valera es la figura más finamente representativa dentro del género de la novela psicológica. Su obra "Pepita Jiménez" constituye un verdadero estudio de la naturaleza humana y del sentido del amor. De ese amor que tiene una raíz esencialmente biológica, pero que se proyecta en múltiples formas y acaba por expresarse elemental y puro. Es interesante el proceso del sentimiento humano que avasalla todas las simbologías de una mística extrahumana para dar al hombre su verdadero sentido y contorno. Y cuando la dualidad entre la materia y el espíritu se resuelve en una síntesis de amor, el gran misterio queda develado.

La sucesión de cuadros dentro de un exaltado ambiente emocional, da a la obra un sentido de intensidad poética y de elevado dramatismo. En la fugacidad de unos instantes el alma humana se ha identificado con el alma universal. Y en la embriaguez de la carne y en el terror del espíritu ha sentido la palpación cósmica de un mundo que nunca le fuera revelado.

Al estremecimiento de ese primer encuentro del ser consigo mismo, sigue la conciencia de un despertar sereno y asombrado.

Ha terminado la batalla entre Dios y la criatura. Pero Dios sonríe en los labios que ha besado. Y Dios está presente en el tranquilo fulgor de esas pupilas. Y cuando la estancia se queda a solas con la luna, hay un inmenso júbilo en la paz serena de la noche.

*
* *

Don Luis de Valera ha vuelto a su tierra de Andalucía. La mansión de su padre es hermosa. En el patio lleno de sol duermen las palomas. El agua se desliza transparente sobre la hierba olorosa. El rosal y las madresevas llenan las huertas de corolas y fragancias. Entre el follaje oscuro emerge el fruto escarlata. Los pájaros con su vuelo leve pueblan el aire de alas y de música.

"El niño de Don Pedro", como suelen llamarle los amigos y vecinos del lugar, a pesar de sus veinte y dos años cumplidos, es un seminarista lleno de teorías y viejas doctrinas teológicas.

Su espíritu se abstrae en la contemplación del paisaje vivo y fragante. Un torrente de luz y de savia húmeda le inunda la sangre. Sus poros absorben el sol de Andalucía y el aliento embriagante de la tierra enerva sus arterias. Mira las arenas desnudas a la luz dorada de la tarde y las estrellas blancas en la noche. Ama los surcos negros donde la simiente germina bajo la lluvia. Una mística sensual envuelve su alma y se sumerge en un dulce arrobamiento.

Sus pupilas ya no reflejan la sombra severa de los claustros ni la luz ambigua de la celda. Ya no mira los cirios de rojizas llamas ni el lirio trémulo en el altar. Ante sus ojos se abre un mundo lleno del esplendor violento de la tierra y del aliento abrasado del sol. Todo su ser se absorbe en este torrente vivo para emerger de nuevo renovado y puro.

*
* *

Pronto será sacerdote. Será el elegido de Dios para la conquista de las almas. Su voz llegará al fondo mismo del pecado y su palabra perdonará toda culpa.

Pero un día llega a sus oídos la leyenda de la mujer más hermosa de Andalucía. Sus cabellos son rubios y sus ojos verdes. Tiene las manos diáfanas. Manos milagrosas que como dos alas leves acariciaron la frente opaca del viejo que unió su vida de cansados años a la brillante juventud de ella.

Tenía dieciséis años y el cuerpo ondulante. La boca de racimo oscuro y los senos albos como lirios dormidos.

El viejo había muerto. Ella misma cerró piadosamente sus párpados lívidos.

*
* *

La figura de una mujer ha tomado contornos imprecisos en su imaginación. Sueña en la tibieza blanca de sus manos y mira su cuerpo albo dibujarse en la roja luz de los crepúsculos.

Quiere conocer a Pepita Jiménez, que así se llama la bella muchacha que todos aman. Se pregunta si no hay en ello nada de vano ni de pecaminoso. El no podrá inclinarse ante la pasión humana, no podrá ceder a la vehemencia de su sangre joven. Se siente llamado al sacerdocio y muy pronto "a sus manos impuras traerá en perpetuo milagro al Dios humanado". Las tentaciones del mundo quedarán lejos de su alma. Pero un pensamiento le turba. ¿Es acaso la virtud sólo el mal ignorado o es más bien el triunfo sobre el pecado y la tentación? El examen de conciencia le ha enseñado a penetrar en la interioridad de sí mismo, a dar una zambullida en su propia tiniebla, como el piloto solitario en la noche sin estrellas. "Y en lo íntimo de su corazón se regocija de no ser cándido. Conoce la miseria humana y no le asusta la fealdad del pecado. Sabe que el camino está lleno de asperezas y de tribulación y que lo dulce, lo sembrado de flores, conduce a la muerte eterna".

Escribe a su tío que se va cansando de su residencia en la casa paterna y que sólo ansia volver y recibir las órdenes sagradas. Le habla de su padre. Se siente tranquilo porque le ama y porque el vínculo de la sangre y de la naturaleza le llevan a amarle.

Ha conocido a Pepita Jiménez. Su figura llena de gracia se destaca en un ambiente de suave armonía: la casa limpia y alegre, flores y plantas, canarios en jaulas doradas. Gatos mansos y sedosos que se deslizan perezosamente en la quietud de las alcobas. Un altar y un Niño vestido de raso blanco.

El seminarista y la muchacha se han mirado largamente, dulcemente.

*
* *

La monotonía de mi vida empieza a cansarme, —dice en otra ocasión— Vivo como fuera de mi centro. Mi espíritu no está tranquilo. Cada día siento un anhelo más ardiente de tomar el estado a que resueltamente me inclino desde hace años.

Sin embargo, siente que la voz de la naturaleza, la voz de las criaturas y de las cosas, le invaden en un oleaje de ternura. Aspira con deleite el aire perfumado de los campos. Siente la frescura del agua y escucha el canto de los pájaros. Ama los nidos frágiles y pequeños. Le enternece el pío de los polluelos. Se asombra ante la belleza de la forma y quiere llegar a la contemplación esencial e íntima. "¡Quién me diera alas como de paloma para volar al seno del que ama mi alma!" —piensa con tristeza— "Ya no quiere hacer discursos para conocer a Dios ni traer razones para amarle".

Su alma se llena de un hálito inefable. Siente que Dios está en todo y que todo está en Dios. Pero un extraño temor le atormenta cuando se siente transportado, en éxtasis de ternura, al escuchar en el silencio de la noche el arrullo de la tórtola enamorada. Su espíritu turbado presiente el ímpetu de la carne en esa marejada de cantos y perfumes sutiles.

*
* *

Una tarde van a las huertas a comer las fresas tempranas. Mira con adoración los ojos de Pepita que se posan con afecto en un rayo de luz, en una flor o en la serena claridad de la tarde. Siente el perfume de su cuerpo junto al perfume de la tierra que se alza en caricia tibia.

Su fervor religioso disminuye. Su mente no se concentra en la oración. "La vida vulgar va penetrando y se va infiltrando en su naturaleza". En cambio siente que su corazón se dilata en una rara ternura. "Si en medio de la noche oye el canto de algún enamorado campesino al son de su guitarra mal rasgueada, se estremece como si oyera una bella melodía".

"Una compasión loca, insana, me aqueja a veces" —dice en sus cartas— "El otro día cogieron un nido de gorriones y al ver yo a los pajarillos sin plumas aún y violentamente separados de la madre cariñosa, senti suma angustia, y, lo confieso, se me saltaron las lágrimas".

Hay momentos en que se estremece ante la inminencia de una caída y con acento dolorido confiesa: "Mi vehemencia es digna de vituperio. Quiero alcanzar el fin sin poner los medios; quiero llegar al término de la jornada sin andar antes paso a paso por el áspero camino. Me quejo de sequedad de espíritu en la oración, de distraído, el disipar mi ternura en objetos pueriles; ansio volar al trato íntimo de Dios, a la contemplación esencial y desdeño la oración imaginaria y la meditación racional y discursiva. ¿Cómo sin obtener la pureza, cómo sin ver la luz he de lograr el goce del amor?"

"Hay mucha soberbia en mí y yo he de procurar humillarme a mis propios ojos, a fin de que el espíritu del mal no me humille, permitiéndolo Dios, en castigo de mi presunción y de mi orgullo. No ignoro que los varones religiosos y los santos, que deben servirnos de ejemplo y dechado, cuando tuvieron gran familiaridad y amor con mujeres fue en la ancianidad, o estando ya muy probados y quebrantados por la penitencia".

Cada día se halla más cautivo de la belleza de Pepita Jiménez, pero cree ingenuamente que sólo es la admiración inocente que inspira una obra de arte "y más si la obra es del Artífice Soberano y nada menos que su templo".

Su pasión escondida en las regiones de la subconsciencia dirige su razonamiento y encuentra que es natural, para quien ha de vivir en el mundo y ha de predicar la ley divina, que no se aisle en la soledad de una vida contemplativa. "Y como no puede arrancarse los ojos", piensa que es preciso ver y sentir la hermosura de todo lo creado. Así de la flor como de la estrella dormida en la noche cálida. Del árbol en el bosque o de la tormenta en la nube oscura. Del cordero manso o de la bestia en salvaje celo. Del niño que moja sus labios en blanquísima leche o de la mujer henchida con el fruto de su ternura honda.

Y ¿por qué no ha de mirarle a ella con sus labios de "fresca púrpura" y su frente serena? En ella ve una hermana, una criatura de Dios y por Dios la ama como a hermana.

*
* * *

Juan Valera, con profundo sentido de lo humano, lleva los acontecimientos por un cauce natural, en donde los arrebatos místicos de una alma enclaustrada dentro de la más severa ortodoxia, ceden ante el impulso de la vida que reclama sus derechos.

Al principio este reclamo se reviste con el mismo ropaje místico, pero pronto la forma humana se anuncia entre las nieblas de la mujer con todo el embeleso de la forma tangible. La visión de la mujer hecha carne embriaga sus sentidos, pero el espíritu ligado aún al anhelo ultraterreno, lucha con ese anhelo omnipotente.

Mas el ha de vencer todos los apetitos poniendo en fuga todas las tentaciones. "Dios me salvará —dice— y yo combatiré por salvarme con su auxilio; pero si me pierdo, los enemigos del alma y los pecados mortales no han de entrar disfrazados ni por capitulación en la fortaleza de mi conciencia, sino con banderas desplegadas, llevándolo todo a sangre y fuego y después de acérrimo combate".

*
* * *

Su padre ha invitado a Pepita a visitar su quinta del Pozo de la Solana. Como el lugar dista más de dos leguas, todos han tenido que ir a caballo. El seminarista se ha sentido mortificado. No había aprendido a montar y le han dado una mula de paso "muy mansa y muy serena".

Han recorrido a pie los campos de viñedos encendidos con la púrpura de los racimos y el esplendor fragante de las encinas y los olivares. Entre la sombría espesura de los álamos hay un lugar solitario donde el sol de medio día cae en un torrente de luz. En el agua se dibuja desnudo el azul de la tarde y el viento murmura apenas su queja suave. El seminarista está solo, recostado en un lecho

de hojas y de musgo. Una dulce presencia ha turbado la paz de esa hora meridiana. Con su paso leve se acerca al soñador y como una maga le toca con su varita de virtudes.

El medita como un viejo asceta. Piensa en lo efímero del placer. En la forma que un minuto nos embriaga. En la muerte que deja un rastro inmundo de gusanos. El y su pensamiento, desligados del presente en la más bella hora, cuando el aliento de una mujer traspasada de amor se confunde con el aliento de la tarde traspasada de sol. Aparta de sí la carne esplendorosa para contemplar con su imaginación turbada la carne triste de amarillez otoñal. Y enfermo y herido como Job, grita al cielo sus dolores mientras araña las llagas de su espíritu doliente.

Pero ella está allí con su cuerpo claro y su boca fragante. Le mira y se sumerge en esos ojos como en un estanque tibio, y ya no es más el asceta que medita.

"Qué callado y que triste está Usted, Don Luis", —La voz de Pepita rompe el silencio grave—

El quiere hablarle, pero teme que sus palabras profanen el hechizo, rompan el ensueño.

Ella insiste: "Hay algo en Usted que le vuelve triste, algo secreto que le atormenta".

Al oirla se ruboriza, la sangre golpea en sus arterias y el corazón vuela como un pájaro loco.

Ella ha leído en su alma y le encuentra abatido y mortificado no solo por problemas ultraterrenos, sino porque ha hecho un papel desmañado y poco airoso, caballero solitario, en su mula ridículamente mansa. El amor ha despertado en Pepita un instinto de dulce sabiduría. "La equitación —dice— no se opone a la vida que usted piensa seguir. Si usted va a Persia o a China, allí no hay ferrocarriles aún y hará usted una triste figura cabalgando mal. Tal vez se desacredite el misionero entre aquellos bárbaros merced a esa torpeza y luego sea más difícil de lograr el fruto de sus predicaciones".

El seminarista ha quedado convencido "de lo útil que es la equitación para un misionero".

La sonrisa de Pepita tuvo una indecible suavidad. Ha triunfado despertando en él ese sentido de virilidad que le hace más atractivo para su amor.

*
* *

Nunca podrá olvidar el encuentro con ella en esa tarde de magia y soledad. Nunca podrá apartar de su corazón sus ojos claros y su cuerpo de ninfa dorada.

*
* *

Es el día de la Cruz. En todas partes hay cruces llenas de flores, pero ninguna como la que puso Pepita en la puerta de su casa. Una cruz de rosas pálidas y de violetas de azul fragancia.

Por la noche ha dado una fiesta en su casa. El ingenio de la mujer enamorada se ha mezclado al sentido religioso para insinuar en un cuadro de plasticidad ingenua, el anhelo de su corazón. En la alegoría de los Siete Sacramentos aparecen el novio y la novia alba, coronada de azahares. Hay una insinuación sutil en el perfume nupcial y en las blancas galas de la simbólica desposada.

*
* *

Ha llegado la primavera. Pepita ha dejado el luto y viste trajes de tonos suaves. Su belleza parece más diáfana y su cuerpo se dibuja sugerente entre la seda clara.

*
* *

"La imagen de Pepita está siempre presente en mi alma. ¿Será esto amor? —Se pregunta el seminarista— Mi compromiso moral,

mi promesa de consagrarme a los altares, aunque no confirmada, es para mí valedera y perfecta. Si algo que se opone al cumplimiento de esa promesa, ha penetrado en mi alma, es necesario combatirlo. Desde luego, —dice— noto que el imperio de mi voluntad sobre mis sentidos es omnímodo. Mientras Moisés en la cumbre del Sinaí conversaba con Dios, el pueblo adoraba rebelde al becerro. A pesar de mis pocos años, no tiene mi espíritu rebeldías semejantes. Bien pudiera conversar con Dios con plena seguridad, si el enemigo no viniese a pelear contra mí en el mismo santuario. La imagen de Pepita se me presenta en el alma. Es un espíritu quien hace guerra a mi espíritu; es la idea de su hermosura en toda su inmaterial pureza la que se me ofrece en el camino que guía al abismo profundo del alma donde Dios asiste y me impide llegar a El".

El seminarista piensa que por encima de esta inclinación espiritual hacia la mujer, esta el amor a lo infinito y eterno; y, aunque ella es una idea, una poesía, no deja de ser la idea, la poesía de algo limitado, finito, concreto, mientras que el amor de Dios y la idea de Dios todo lo abarcan. Su mente busca "un concepto supremo, un símbolo de ese concepto en el que se absorba y se ahogue la imagen de la mujer". Sin embargo, este concepto resulta oscuro como tiniebla profunda. Y entonces, desde el fondo de esta tiniebla se levanta la figura de la mujer como el símbolo de todos sus anhelos. Y exclama, como el asceta que en medio de su soledad siente el soplo envenenado de la carne, —entre el Crucificado y yo se interpone la imagen de su cuerpo. Su mirada turba mi espíritu y siento como un torrente el cálido latido de su sangre. Sobre la página que leo viene también con su arrullo de paloma leve—

"Pero combatiré con valor. Combatiré con Dios. Mis clamores llegarán a El como inflamadas saetas y derribarán el escudo con que se defiende y oculta a los ojos de mi alma. Yo pelearé como Israel en el silencio de la noche".

*
* *

El discípulo de equitación se ha convertido en un virtuoso del arte. Y al relatar una de sus hazañas ecuestres, dice a su tío:

"Lo hice tan bien, fui tan seguro y apuesto en aquel soberbio animal que mi padre no pudo resistir a la tentación de lucir a su discípulo y después de reposarnos en un cortijo que tiene media legua de aquí, y a eso de las once, me hizo volver al lugar y entrar por lo más concurrido y céntrico metiendo mucha bulla y desempeñando las calles. Pasamos por la de Pepita quien de algún tiempo a esta parte se va haciendo algo ventanera y estaba a la reja en una ventana baja, detrás de la verde celosía. No bien sintió Pepita el ruido y alzó los ojos y nos vió, se levantó, dejó la costura que traía entre manos y se puso a mirarnos. Lucero, que según he sabido después, tiene la costumbre de hacer piernas cuando pasa por delante de la casa de Pepita, empezó a retozar y a levantarse un poco de manos. Yo quise calmarle, pero como extrañase las mías y también extrañase al jinete, despreciándole tal vez, se alborotó más y más y empezó a dar resoplidos, a hacer corvetas y aun a dar algunos botes; pero yo me tuve firme y sereno, mostrándole que era su amo, castigándole con la espuela, tocándole con el látigo en el pecho y reteniéndole por la brida, Lucero se humilló entonces hasta doblar mansamente las rodillas haciendo una reverencia. Mi triunfo fue grande y solemne, aunque impropio de mi carácter. La inconveniencia de este triunfo me infundió vergüenza. El rubor coloró mis mejillas. Debí ponerme encendido como la grana y más aún cuando advertí que Pepita me aplaudía y me saludaba cariñosa, sonriendo y agitando sus lindas manos. En fin, he ganado la patente de hombre recio y de jinete de primera calidad".

"Mi padre no puede estar más satisfecho. Asegura que está completando mi educación; que usted le ha enviado en mí un libro muy sabio, pero en borrador y desencuadernado, y que el está poniéndome en limpio y encuadernándose".

"El tresillo, si es parte de la encuadernación y de la limpieza, también está aprendido".

"Dos noches he jugado con Pepita. La noche que siguió a mi hazaña ecuestre, Pepita me recibió entusiasmada, e hizo lo que nunca había querido ni se había atrevido a hacer conmigo: me alargó la mano".

"No crea usted que no recordé lo que me recomiendan tantos y tantos moralistas y ascetas; pero allí, en mi mente, pensé que exa-

geraban el peligro. Aquello del Espíritu Santo de que el que echa mano a una mujer se expone como si cogiera un escorpión, me pareció dicho en otro sentido. Sin duda que en los libros devotos, con la más sana intención, se interpretan harto duramente ciertas frases y sentencias de la Escritura. ¿Cómo entender, si no, que la hermosura de la mujer, obra tan perfecta de Dios, en sentido general y constante, que la mujer es más amarga que la muerte? ¿Cómo entender que el que toca a una mujer, en toda ocasión y con cualquier pensamiento que sea, no saldrá sin mancha?"

"Ya he dicho a usted en otras cartas que los ojos de Pepita, verdes como los de Cirse, tienen un mirar tranquilo y honestísimo. Se diría que ella ignora el poder de sus ojos. Cuando fija en alguien la vista, es tan clara, franca y pura la luz de su mirada, que en vez de hacer nacer ninguna mala idea, parece que crea pensamientos limpios; que deja en reposo a las almas inocentes y castas y mata y destruye todo incentivo en las almas que no lo son. Nada de pasión ardiente, nada de fuego hay en los ojos de Pepita. Como la tibia luz de la luna es el rayo de su mirada".

*
* *

Las cartas del seminarista delatan la pasión que se ha levantado en su espíritu, tormentosa y cristalina como las lluvias de Otoño. Pero su mente absorta en la contemplación del ideal religioso, no puede comprender todo el contenido de amor humano que se oculta en ese exaltado sentimiento. Sin embargo ha creído descubrir en esos ojos verdes "una llama fugaz y devoradora".

"Su padre le ha dicho que las mujeres se toman la iniciativa en el amor y se declaran por medio de miradas y de esta suerte, casi por medio de una conmoción eléctrica, casi por medio de una sutilísima e inexplicable intuición, se percata el que es amado de que es amado".

*
* *

"Me han circundado dolores de muerte y torrentes de iniquidad me han conturbado".

Es el grito de una alma enamorada que tiene conciencia absoluta de su amor y que se debate entre la ansiedad de llegar al objeto amado y la angustia de la caída inevitable.

"Como piedra que se desprende de lo alto del templo y va aumentando su velocidad en la caída, así mi espíritu ahora".

"Su recuerdo me mata; pero a su lado me parece la esposa del Cantar de los Cantares, y la llamo con voz interior, y la bendigo y la juzgo fuente sellada, huerto cerrado, flor del valle, lirio de los campos, paloma mía y hermana".

Esta dualidad entre el espíritu que se abstrae en un ideal místico y el corazón que ha plasmado ese ideal en la carne palpitante de una mujer, lleva al enamorado a un extraño conflicto.

"He visto con los ojos del alma la nueva patria y en lo más íntimo de mi corazón ha resonado el cántico de la nueva Jerusalén celeste".

Su corazón se desborda en un clamor de amargura y pide al Padre celestial que aparte de sus labios el cáliz.

Como Cristo en el monte de la tentación, él despreciaría todos los reinos de la tierra; pero si el enemigo tentador le ofreciese a esta mujer, vacilaría y no sería capaz de rechazarla.

Piensa que sería mejor huir de ella y seguir amándola sin dejar de consagrarse al servicio de Dios. Porque ese amor casto que se abre en pétalos inmaculados, es el símbolo de todo lo bueno y hermoso. Y sin embargo, él la anhela en el fondo de su corazón "no esfumada entre nubes y flores celestiales como vió Gibelino a su amada en la cima del Purgatorio, sino palpitante como la obra más perfecta del cincel helénico, como Galatea, animada ya por el afecto de Pigmaleón, y bajando llena de vida, respirando amor, lozana de juventud y hermosura, de su pedestal de mármol".

Entonces exclama desde el fondo de su corazón conturbado: "Mi virtud desfallece; Dios mío no me abandones. Apresúrate a venir en mi auxilio. Muéstrame tu cara y seré salvo".

*
* *

Una tarde encontró a Pepita sola. Miró su rostro pálido, sus ojos nublados. "No se lo que pasó en mí, —dice— cuando en la soledad de su casa evoca la terrible escena".

"Acerqué mis labios a su cara para enjugar el llanto, y se unieron nuestras bocas en un beso".

Después de la embriaguez de ese instante, le había dicho en voz baja: —El primero y el último— y una visión apocalíptica sacudió su ser. Vió al que es el primero y el último con la espada de dos filos que salía de su boca y que hería su alma llena de pecados.

Era como Joab que al besar a Amará, le hundió el hierro agudo en las entrañas. Era culpable de dos traiciones: Había faltado a Dios al besar los labios de ella, y a ella le traicionaba pronunciando la amarga frase de despedida.

Su alma era de Dios, pero también era de ella. Como dos poderosos rivales, dos amores combatían en su corazón: el amor divino y el amor humano. Dios y la criatura en batalla sobrehumana. El polvo efímero y la omnipotencia eterna.

Mas él arrojará de su corazón la imagen de esa mujer. La arrojará como Cristo arrojó del templo a los mercaderes.

Y sin embargo, ella no es un templo vivo de Dios. No está hecha a su imagen y semejanza. No es su alma el soplo divino. No es su cuerpo arcilla modelada por sus manos. No es su boca una ánfora de dulzura.

*
* *

El sol se apaga lentamente. El viento trae un halo de húmedas fragancias. Ella espera, dulcemente enamorada. Sobre el tibio seno caen los cabellos en dorada sombra. Su rostro tiene una palidez dolorosa y un mar oscuro se agita en sus pupilas hondas.

El se aleja... Ha elegido entre Dios y su corazón y va a cumplir con su voto sagrado. Pero antes, es necesario que le hable de su amor sin esperanza. Es necesario que vierta en su alma la palabra consoladora.

La noche ha llegado con sus sombras y su silencio. Una mujer está de pie, vigilante. Sus ojos interrogan en la oscuridad. Se acerca ya, indeciso, vacilante. Va a entrar furtivamente. Es preciso que en el último minuto no la abandone sin decirle que le ama y que sólo su vocación religiosa es capaz de apartarla de su vida.

Están solos. Se hablan sin tristeza. La despedida va a ser "grave y solemne".

"Pepita —dice el seminarista— el amor que usted me ha inspirado es inmenso, pero luchan contra él mi obligación, mis votos, los propósitos de toda mi vida, próximos a realizarse. Si usted logra en mi su amor, usted no se humilla. Si yo cedo, me humillo y me rebajo. Dejo al creador por la criatura, destruyo la obra de mi constante voluntad; rompo la imagen de Cristo que estaba en mi pecho, y el hombre nuevo que yo había formado en mí, desaparece para que el hombre antiguo renazca. ¿Por qué en vez de bajar yo hasta el suelo, hasta la impureza del mundo que antes he menospreciado, no se eleva usted hasta mí por virtud de ese mismo amor que me tiene? ¿Por qué no nos amamos entonces sin vergüenza y sin pecado? Las almas se aman y gozan como si amaran y gozaran a Dios, porque Dios son ellas. Subamos juntos en espíritu, esta mística escala; asciendan a la par nuestras almas a esta bienaventuranza, que aun en la vida mortal es posible; mas para ella es fuerza que nuestros cuerpos se separen, que yo vaya adonde me llama mi promesa y la voz del Altísimo que dispone de su siervo y le destina al culto de sus altares".

Y Pepita toda desconsolada le responde: "Mi voluntad rebelde se niega a lo que usted propone. Yo no concibo este amor sin la presencia amada. Usted es para mí su boca, sus ojos, sus negros cabellos que deseo acariciar con mis manos; su dulce voz y el regalado acento de sus palabras que hieren y encantan mis oídos; toda su forma corporal, en suma, que me enamora y seduce, y al través de la cual, y sólo al través de la cual se me muestra el espíritu invisible, vago y lleno de misterios".

Ella habla con voz dolida. Su rostro está húmedo y el dolor da a sus pupilas una infinita melancolía. Ella no quiere ese amor hecho de renunciamientos. Ella ama la presencia cálida, la voz suave, la boca que palpita en el beso, la llama que arde en la mirada. No quiere ese amor de las almas que se esconden en la tiniebla para encontrar la luz. No quiere ese amor impalpable que es sueño vano. No quiere ese rostro sin rostro, esas manos sin calor, ese corazón sin latido. Ella ama la carne tibia, el abrazo fecundo, la palabra acariciante.

*
* *

En la estancia hay un silencio de jazmines y de luna. Se escucha apenas el leve canto del agua. Dos vidas humanas emergen del fondo de la noche misteriosa.

Ella le dice: "Vete. Yo soy ahora quien te pide que te vayas. Haz penitencia. De nada eres responsable. Ha sido un delirio. No es en tí el pecado sino muy leve".

Su voz ha llegado a su alma y en medio de su desesperado terror, ha sentido sus palabras como una luz suave.

Ha caído de rodillas, pálida y desolada, con los rubios cabellos cubriéndole el rostro. "Seré tu esclava —le dice— pero lejos de tí, muy lejos de tí, para no traerte a la memoria la terrible culpa de esta noche".

El la toma entre sus brazos y estrechándola contra su corazón, murmura suavemente a su oído: "Levanta la frente y no te prosternes más delante de mí. El pecador soy yo que no he sabido resistir a tu hermosura. Un milagro se requería para resistir a tu amor; pero Dios hubiera hecho el milagro si yo hubiera sido digno objeto y bastante razón para que lo hiciera".

*
* *

A la noche tibia siguió una aurora pálida. Hay un temblor leve de alas oscuras. En la niebla azul flota un perfume suave. Ella ha despertado de su sueño.

Es cierto que ha pecado contra Dios. Que ha interpuesto su amor entre El y su corazón. Que ha luchado con la omnipotencia de su carne seductora. Que ha enlazado sus brazos a su cuerpo como raíces a la tierra honda y que el abrazo supremo arrancó ese corazón a Dios.

El medita silencioso. Una nueva luz ilumina su tiniebla y piensa sin espanto en su caída. Recuerda sus ojos y sus manos jugando con los negros rizos de su cabeza y su cuerpo diáfano y el embeleso de su boca.

No había sabido resistir las asechanzas del amor terrenal y ahora, imitando a Booz, cuando Ruth se acostó a sus pies diciéndole: Soy tu esclava, extiende tu capa sobre tu sierva, él también exclama: "Hija bendita seas del Señor, que has excedido tu primera bondad con esta de ahora".

Teresa de la Parra, Claridad de América

(ESPECIAL PARA "ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA")

Para el grande y generoso talento, admirable erudito y nobilísimo amigo, Doctor José Moguejo Carrión, admirador de la obra diáfana de Teresa de la Parra. Con toda cordialidad.

SILUETA

Una bella conciencia libre de prejuicios, llena de armonía, perfecta en la comprensión de la vida, amplia de toda amplitud y generosa de toda generosidad...

Un pensamiento de infinita transparencia. Todo en él se traduce en la música de la palabra hermosa, pero una música que canta como el agua pura de América, como las cascadas que cantan en el Continente nuestro, como las vertientes que nacen en sus montañas y se van llevando flores y ternura hacia la mágica distancia...

Un amor infinito por la belleza, una sincera pasión por la belleza pura. Ah tú, Platón de los sueños estelares, soñador de la única religión posible de los grandes espíritus, humana y divina, perfecta y eterna: todo lo bello es bueno...

Una vida bella aun en medio de los dolores y las tristezas propios de todo destino genial: en la tristeza se puede también definir la exquisitez de la nostalgia y toda lágrima va a ser constelación...

Un deseo apasionado y nobilísimo de traducir la vida armoniosa en la armonía de la eternidad. Un escribir con mano de seda y pensamiento de terciopelo... Un mimetizar las palabras con la más perfecta hondura musical del espíritu...

Un sentir de finísima sensibilidad. Una perfección perfectísima del sentimiento, cerca de toda exquisitez y fragancia. Un purificarse de la vida y sus aconteceres en la fuente interior más pura y honda. Un saber de toda sabiduría que las íntimas moradas deben ser como tacto de cielo, como esencia de brisa, como caricia intangible de la luz...

Una virtud de gracia ineludible. Una personalización del encanto. Una encarnación de lo maravillosamente atractivo. Una simpatía total que atrae desde todas sus cercanías o todas sus distancias, con una atracción irresistible que convence en armonía... Un dejarse amar en admirativo amor y en fraternal amor porque ella es la presencia de la fragancia y la fragancia de la presencia... Un decirlo todo en sonrisas, un sugerirlo todo en miradas, un descubrirlo todo lo mismo en la palabra incomparable que en el silencio poblado de armonías...

Una pulcritud de artista, un hacer vida del arte y arte de la vida. Un desconocer u olvidar todo lo que no sea exquisita norma de belleza para crear en sí misma y más allá de sí misma formas de toda belleza, sentimientos de toda belleza, pensamientos y expresiones de toda belleza... Un confundirse del querer con el actuar, un ser realidad la fantasía en la figura delicada, un ser fantasía la realidad por parecer que no camina el mundo la soñadora de los claros sueños...

Un entregar ternura de todo corazón. Un irse dando del alma encantadora en regalos tan familiares que pueden encerrarse en uno de esos relicarios que se besan con un solo beso y, al propio tiempo, tan de toda la humanidad que cuantos besos del mundo les fueran dados no alcazarían a bendecirlos en caricias... Y, por lo mismo, un ir siendo cada vez más infinita el alma encantadora, un crecer bajo todos los cielos y sobre todas las tierras, un ser tan nuestra y tan universal, alma de patria y alma de las patrias...

Un comprender la vida en todo lo que tiene de más delicadamente humano y un elevar los acontecimientos pequeños a la trascen-

dencia de lo que no ha de morir jamás... Una alquimia transformadora de sonrisas y lágrimas en perennidad, una bellísima alquimia bajo la luz pura del sol, igual a cualquier florecimiento y más alta y deliciosa que todo florecimiento...

Un ser delicadamente fuerte frente a las incomprendiones, las maldades, las angustias, con el alma que no se determina en las manifestaciones de sonora exterioridad, sino que se va ahondando hacia su misma hondura y mientras nada dice a los demás todo lo dice a su silenciosa inmensidad...

Un ser aristócrata en la comprensión de la vida, en el encuentro de la vida, en el soportar de las tristezas de la vida... Aristocracia de sentir y pensar, fina y dulce aristocracia que en lo que debía ser llanto pone sonrisas y en lo que parecía deber traducirse en gestos apenas ilumina la frente pensadora con el paso cordial de una suprema idea...

Un decir de sensibilidad incomparable... Quizá otras voces hayan dicho cosas más altas en expresión de altura, pero ninguna otra de este lado del mundo dijo cosas más llenas de finísima emoción... Si en otras palabras hállase un destino de viaje a la luz desde lo alto hasta la tierra, en ésta se encuentra un destino más hermoso todavía: el de unas manos que recogen tantas flores como para elevarlas en almas de flores hacia lo alto y allí, por el solo milagro del amor, dejarlas en ternura de luceros...

Una palabra bella de toda belleza, una canción exquisita de todos los tiempos, una fragancia de todos los jardines terrestres o celestes, un pulso sensitivo de la hondura del sentir, un temblor permanente de alta estrella...

"IFIGENIA", POEMA DE LA SINCERIDAD

Sin dejar un solo instante su deliciosa y delicada coquetería femenina, sin olvidarse de su misma belleza y de la infinita belleza de su espíritu transparente y exquisito, Teresita de la Parra entra en plan de confesión, en dulce confidencia dicha entre sonrisa y sonrisa, por más que de los labios graciosos, alguna vez, quizá contra la propia voluntad, se escape un suspiro...

Tienta el diminutivo, sí, tienta de toda tentación, por más que la inmensa realidad y el más inmenso ensueño artístico de esta americana incomparable le sitúen en sitio respetable de veneración.... Tienta llamarla así, Teresita, sobre todo en este Libro de su más íntima verdad, aquí donde se nos presenta más pulcra que nunca, pero también más sincera que nunca, aquí donde olvida de querido y aceptado olvido todo lo que no sea palpación, todo lo que no sea sentir la marcha de la sangre apasionada, los latidos del pecho enamorado, los pensamientos que surgen de la cabecita llena de ilusiones que poco a poco va deshojando el tiempo con su viento tonto de realidad....

Bella es la novela, pero qué novela más bella y, a veces, extraña, que nuestra propia vida, ese pasar de días y días con acontecimientos que superan la ficción?... Así Teresita en el pórtico de "Ifigenia": "Todos los que andando por el mundo tenemos algunas dotes y algunas tristezas, somos héroes y heroínas en la propia novela de nuestra vida, que es más bonita y mil veces mejor que las novelas escritas".

Hay que notar los términos tan de mujer que usa la escritora de su vida: "bonita y mil veces mejor". Aquí hay calificativos como de comparaciones entre flores de distinta fragancia o como de comparaciones entre tardes que dijeron al corazón esas dulces verdades o esas dulces mentiras que no se olvidan jamás.... En esos calificativos simples y cristalinos vive y arde la gracia infinita de una mujer, el ser íntimo de una mujer, el sentirse ella misma más allá y más hondo que las páginas en que sus manos van dejando perfume y dulzura, esperanza o tristeza, besos o lágrimas....

La confianza, claro está, tenía que iniciarse en la forma epistolar, en esa forma en que se vierte la personalidad en toda su dimensión ingenua y pura, en que palpita lo que se es, espejo transitorio de realidad permanente.... La ingenua coquetería de la muchacha caída desde el sueño extranjero en un medio sórdido y vulgar se copia maravillosamente en estas frases dichas a la amiga, de labios a oídos atentos: "No vas a escucharme con el profundo desprecio con que escuchan estas cosas las personas incapacitadas para comprenderlas, vervigracia: abuelita, las madres del colegio y San Jerónimo, quien, según parece, escribió horrores sobre las mujeres de su tiempo".

El recuerdo incluso del agrio santo con sus frases de fuego acude a la voz de Teresita con toda naturalidad. Es bien cierto que estas cosas femeninas no han de convencer jamás a los espíritus serios. Cómo entender desde la edad de las meditaciones sombrías, o desde los bancos de un colegio, o desde una ruda ascética de renunciamiento lo que piensa una mujer joven y bonita?... La soñadora inquieta ha de estudiar efectos de telas sobre el cuerpo esbelto, atracciones de perfumes en la melena o figuras de corazón en los labios que el rouge pinta apasionadamente.... Teresita tendrá sus instantes de descuido, no hay por qué dudar, pero ante el mundo y las gentes le gusta estar bonita y cuidada, no solamente por la gracia que los demás han de llevarse de su persona, sino por la propia íntima armonía: su talento comprende con toda claridad que la belleza es la virtud de la mujer y que si desde la frente soñadora ha de enseñarse un mundo de pensamientos delicados, desde todo el rostro ha de regalarse fragancia exquisita, en cada gesto ha de sentirse intuición de caricia y en cada movimiento se ha de definir la primavera florecida....

A su tiempo será la meditación.... El instante de ahora es de querida locura, de cabeza en fuga constante por las nubes.... El despilfarro de París es muy explicable para un espíritu que no se anda con filosofías practicistas ni presume de maestra de costumbres avaramente guardadas en los armarios de las casas antiguas.... La muchacha a la que el destino entrega lo que ella supone una fortuna es lógico que piense en lo que sólo puede pensar: lujo, adorno, tirar el dinero como sea, porque no se hizo para su carterita menuda en la que fraternizan tan bien el pañuelo fragante, el espejo miniaturado y el lápiz de labios tantas veces besado.... No, imposible pensar siquiera en llenarla con billetes de banco, y si por fuerza entrarán en ella será con el destino del vuelo más pronto.... Acaso una cabeza linda puede pensar de otra manera?... No es el poema de la muchacha su solemne desconocimiento de la vida, su despreocupación total, su entrega a lo soñado con toda la fuerza de su vida?....

De dónde viene el fastidio?... De todas partes, sí, de todas partes: está en los detalles ridículos de las casas cerradas a todo viento de sana libertad y en el ambiente cargado de reticencias. Está, como lo dice Teresita, "en la casa que huele a jazmín, a tierra húmeda, a velas de cera y a fricciones de Ellimans's Embrocation". Y

los espíritus que la habitan también huelen a lo mismo, también son pobres velas de cera que se consumen en la hipocresía o, lo que es peor, en la solapada maledicencia. Sí, todo huele a esa cosa terrible que se llama costumbre o, como la adjetivan las personas serias, buena costumbre, entendido lo de bueno como lo invariable, como cerco puesto al jardín o mano sellando torpemente la sonrisa fresca. El fastidio se derrama por todos los rincones y es el sufrirlo el peor de los males. El temperamento de Teresita está hecho para todo, menos para este aceptar de la vulgaridad: quizá en sus años del extranjero tuvo en sus manos la obra wildeana en la que se sostiene franca y abiertamente que el único pecado humano imperdonable es el de la vulgaridad y la falta de imaginación. . . . Sí, lo que realmente falta en esta casa sombría es la imaginación, esa preciosa facultad de borrar todo límite, tan propia de la mujer y de la mujer inteligente.

Teresita lleva su sinceridad a la más franca protesta contra todo esto que el tiempo y el polvo fueron dejando en personas y cosas, en lugares y pensamientos, en modos y actividades establecidos desde quién sabe cuándo. . . .

Y, sin embargo precisamente en este ambiente de fastidio y fatiga, de cansancio y tristeza, va surgiendo la verdadera personalidad, va naciendo desde lo más profundo aquello que existía desde siempre y que sólo esperaba el ambiente propicio para manifestarse amplia y decididamente. La rebeldía, la bella fealdad juvenil, la protesta en hechos aparentemente sencillos, pero, en realidad, muy significativos, contra todo lo que signifique moho y mentira, hipocresía y fanatismo. Porque Teresita es esto: un espíritu libre, un temperamento libre, un pensamiento libre.

La Obra, en apariencia de fastidio de muchacha mal avenida con las cosas del pasado, enjuicia sencilla, pero firmemente, costumbres condenadas a desaparecer por antiarmónicas, por antiespirituales, por antihumanas, por contrariar la vida buena y perfecta. Porque no es dable confinar los sentimientos en las casas cerradas y junto a las pobres lumbres de cera que queman toda esperanza de verdadera luz. . . . No hay derecho a sustituir la luz pura del sol con la temblequeante de los cirios en los que, más que fe sincera, se consume una falsa modestia y un sentido obscuro del vivir. . . . No existe ra-

zón alguna para reemplazar el libre vuelo de las alas en el aire transparente por la repetición de sentencias de puerta adentro que se vuelven más antipáticas e intolerables mientras más inútilmente se repiten. . . . No se puede ya creer en esas escenas de sabiduría familiar arbitraria, las más de las veces sólo ocultadoras de los intereses del más vivo aprovechador de casa, mientras desde fuera llama la sagrada libertad que es la comunión directa del alma individual con el alma de la naturaleza. . . .

Aquí la sinceridad más bella de Teresita: en su rebelión contra las costumbres anticuadas y que carecen ya de todo sentido, sabor o significado. Está bien que se copie escenas de este estilo en los cuadros que gustan precisamente porque dicen de aconteceres y personas que no volverán nunca, pero está mal, y muy mal, que se trate de mantenerlas en una permanencia atormentadora, en una especie de estatismo que niega toda marcha o paso hacia adelante. Teresita trata estos temas con un criterio de pura verdad, y allí su talento sencillamente admirable: no quiere establecer filosofías ni razonamientos frente a todo lo que está lleno de moho, sino que lo enseña en su simple desnudez y frente a esto que es descomposición y miseria de espíritu pronuncia su no rotundo reflejado en los gestos que a los familiares parecen de pésima educación, en las palabras que descontrolan el buen decir establecido en vacuas fórmulas de lenguaje, en las actitudes que disuenan totalmente con el olor de cera y de ropa guardada con alcanfor en los viejos armarios. . . . La muchacha que respiró el aire de un mundo con mayor comprensión de la libertad no puede tolerar esta fealdad vital: un piano callado para siempre so pretexto de respetos que se van desmoronando irremediablemente, la lenta marcha de los acontecimientos llenos de ceremoniales que insultan al espíritu cultivado y exquisito, el decirse de cosas que las gentes llaman "de peso" y que, en verdad, pesan mucho, pero mucho, pesan como piedras que oprimen la vida y la destruyen en su sencillez original. . . .

Por ningún lado se encuentra crítica envenenada en la Obra de Teresita. Todo está juzgado con maravillosa cristalinidad. En su corazón de muchacha traviesa y libre salta la protesta contra todo esto que es simplemente intolerable, pero la protesta está llena de íntima e infinita sinceridad interior. Piénsese que es una mujer la que, frente a páginas que quieren mantener el prestigio de lo viejo solamente

porque es viejo, con simple audacia y sincera valentía dice lo que se debe decir y rechaza de plano todo lo que debe rechazarse... No se trata, pues, de una rebeldía inexplicable de juventud ardiente, sino de una condena a todo aquello que trata de enturbiar la vida o terminar con la belleza fresca y fragante. Esta dulce pasión de sinceridad, poemática por su ternura y por su transparencia incomparable, desborda en páginas un espíritu de altas delicadezas, refinado en el conocimiento de una vida más generosa y humana, protestando contra un estado social imperante, si no en la totalidad, en una gran mayoría de hogares donde el ambiente crea ese tipo de espíritu que a nada se atreve porque a todo le teme. Teresita enseña la verdad de la vida, de la libertad de sentir y creer como único camino hacia la total belleza de la vida....

Sin embargo de esta maravillosa rebeldía juvenil hay algo que domina y manda: la vida, la vida con su simple discurrir de días, con sus acontecimientos que parece no fueran a influir en los caminos que soñamos y que, en verdad, o los ahondan más o los destruyen para trazar otros al arbitrio de una fuerza que no es dable constatar por el solo querer íntimo. La vida teje y desteje los caminos y con designios a veces alegres, y las más de las veces tristes, escribe la historia personal no como quisimos escribir sino hasta en contra del sueño que soñábamos para nuestro destino....

En el espíritu exquisito de Teresita han caído las alegrías como pétalos en agua inquieta, pero esto sólo transitoriamente: más allá de la risa que suena como cascada, junto a las travesuras rebeldes y deliciosas, la tristeza va poniendo su temática dolida. El espíritu que reía y cantaba, que hacía burla y fisga de todos los vanos convencionalismos va poco a poco floreciendo la flor de la meditación, va ahondándose hacia su propia hondura, se va definiendo en toda su maravillosa dimensión que tiene capacidad especial de sufrir y un admirable sentido del sacrificio. El delicado y bello espíritu que se puso en contacto con seres egoístas e incomprensivos, con temperamentos intolerantes y malévolos, se entrega a la construcción de su mundo interior más allá de seres y cosas. Por eso, cuando la tristeza se pronuncia con herida más honda, cuando la vida ataca sin misericordia, con su afán de destruir ilusiones y desbaratar sueños, ya Teresita ha aprendido la verdadera lección de verdad y la dice en frases transparentes, sí, pero en las que se anuncia la melancolía:

"Hay instantes de la vida, Cristina, en que el espíritu parece desmaterializarse por completo, y lo sentimos erguirse en nosotros exaltado y sublime, como un vidente que nos hablara de cosas desconocidas. Experimentamos entonces una santa resignación por los dolores futuros, y sentimos también en el alma ese melancólico florecer de las alegrías pasadas, mucho más tristes que las tristezas, porque son en nuestro recuerdo como cadáveres de cuerpo presente que no nos decidimos a enterrar nunca...."

Este espíritu diáfano superior tiene que reaccionar así: de la exaltación a lo sublime. La exaltación en los seres admirables, lejos de ser momentánea pasión que ha de apagarse en breve, es camino incendiado que conduce a las grandes contemplaciones. En los exaltados por belleza la exaltación es divina por demasiado humana: nadie ni nada detendrá su pasión creadora, su éxtasis apasionado que es como concebir y entregar la luz esencial y pura. La exaltación de quienes piensan o quieren a la manera sublime es la vispera única del cielo verdadero.

El poema escrito se confunde íntimamente con el poema vivido en esta Teresita de los claros y maravillosos pensamientos. La desmaterialización del espíritu que siente dentro de ella misma no es sino la eternización del supremo instante: dado le es al ser genial transformar en eternidad su instante de belleza. La vida de los demás se hunde en sus propios días intrascendentes, en tanto que la vida del artista se proyecta hacia todos los tiempos y se sitúa más allá de la vida misma, porque la eternidad de la belleza no es sino la eternidad de la vida en sueño sublime....

Cómo entonces juzgar las cosas transitorias desde esta iluminación total? La valentía de Teresita consiste en su ensueño sin límites, pero también en el conservar esos "cadáveres de cuerpo presente que no nos decidimos a enterrar jamás...." Los cadáveres son las pasadas alegrías tornadas tristezas en la actualidad, vueltas recuerdo lacerante y dolido. Y esta mujer exquisita guarda la fina aristocracia de sus sentimientos tristes como esos perfumes sutiles de su querida Francia, que apenas se dejan sentir por los sentidos y que más viven y aroman en un delicado y sutil sentido interior.... Sus tristezas serán traducidas en una sonrisa, lejos de los gestos descompuestos o bruscos: en sus ojos profundos la vida dejará esos dolores que los embellecen más todavía y que hablan un idioma sola-

mente comprensible en los queridos silencios... Después de todo, las tristezas de la vida se entregan como tesoro especial al ser que piensa o sueña, y éste es el único que tiene legítimo derecho a ser y estar aristocráticamente triste, sin gestos desorbitados, sin manifestaciones externas atolondradas, sin alteración de la bella nostalgia dominando la frente y la saudade humedeciendo los labios casi como un beso... Y Teresita siente y vive así sus tristezas, sus tristezas de incompreensión y de espíritu maravilloso frente a la ordinariez de los demás; a su alma de finura total sienta mal la vulgaridad de los otros y sabe bien que las palabras de cada día y los gestos convencionales y vacíos hieren su vida con herida casi intangible, como aquella que el esteta francés insinuara en su poema incomparable... Mas todo esto hay que guardarlo en la intimidad más pura, hay que aceptarlo con resignación, sí, pero con superior resignación, porque no se puede comparar jamás el obscuro aceptar de las tristezas por parte de los demás con el claro aceptarlas de parte del espíritu exquisito. Así las alegrías pasadas tornadas inefables tristezas actuales perfuman el alma y, por más que duelan de íntimo dolor, crean la humanidad de la vida que todo lo comprende, todo lo ama y lo perdona todo en mandato de amor por belleza, que es el verdadero mandato de todos los tiempos...

Desde lo más hondo de este ser que el destino ha dotado de maravillosa sensibilidad y que sabe y entiende las cosas con bella y profunda originalidad, nace una manera de encontrar la verdad de la vida y, sobre todo, un sentido de exacta crítica que analiza todo con gran poder sugestivo. Teresita, a su tiempo, cuando la vida le entregó algo que parecía una fortuna, con sabiduría ingenua, al principio, mandó volar el dinero en las pequeñas cosas bellas; luego dió en amistarise con los libros y comprendió que las bellas obras del ensueño, las delicadas encuadernaciones y las ediciones bellas justifican de sobra la existencia de aquellas monedas que se van volviendo de mayor suciedad al paso de tantas manos y con las miradas de tantas avaricias y ambiciones. Sabe perfectamente que existen seres verdaderamente pobres, esencialmente pobres, irremediamente pobres, que sufren la pobreza de no saber pensar, ni sentir, ni vivir: los ricos. El pensamiento de la delicada mujer, al hablar por labios de uno de sus personajes, lo hace a su nombre mismo: "—¡El rico no existe! Casi todos los ricos sin excepción son pobres, pobrísimos, ¡y esa pobreza de los ricos es la más desgarradora porque no tiene

remedio! Físicamente no comen ni beben, porque suelen tener dispepsia y necesitan cuidarse muchísimo a fin de tener así quien les cuide su dinero, y moralmente tampoco beben ni comen, porque también suelen sufrir la dispepsia de la inteligencia. Mira, los ricos, Alberto, tienen magníficas galerías de cuadros y en el fondo no sienten la pintura; coleccionan libros y no leen; asisten a conciertos y a óperas pobladas de estrellas, y se aburren asomados al tormento de sus palcos, porque no les dice nada la música. Ahora bien, ¿hay algo más terrible y más doloroso que este eterno ayuno en medio de la eterna abundancia? El ayuno moral de los ricos sería trágico como el hambre de Tántalo si no fuera porque en vez de trágico resulta grotesco".

La angustia vive y vibra de especial manera en el espíritu sutil y exquisito. Sus reacciones son totalmente distintas a las de los seres comunes y hasta parecerán extrañas a éstos. El espíritu sutil lo sutiliza todo, todo lo asimila a su propia sensibilidad, y hasta en los hechos aparentemente intrascendentes encuentra solamente el símbolo de una realidad más profunda, a veces de una vaga realidad fantasmal, precisamente más dolorosa por menos definida, más intensa por menos constatable con los sentidos, más triste por menos residenciada en lo exterior y más hundida hacia esas fibras tremendamente capacitadas para sufrir la esencia del sufrimiento... El espíritu delicado siente más allá de los sentidos y descubre los misterios, pequeños o grandes, que hay en todas las cosas, porque lo solamente visible, siendo lo conocido, pierde todo sentido para las sutilizaciones íntimas, no así el lado misterioso de toda cosa y en el que, hallándose como se halla la esencia de la cosa, se encuentra también lo que jamás ha de conocerse directa y concretamente... Casi puede definirse la angustia en el espíritu exquisito diciendo que es su poder para intuir lo extraño, su capacidad para hundirse en lo inconcreto e indefinido, su permeabilidad a esas voces que no escucha el oído, a esas imágenes que no mira la vista, a esas evanescencias psíquicas, a esas atracciones apasionadas por lo desconocido e irreal según la medida de la pobre realidad humana... El miedo de los seres comunes es solamente un miedo físico y localizado en los sentidos. La angustia del ser sutil se residencia en las regiones más íntimas de la conciencia, del pensamiento, del sentimiento y tiene extrañas palpitaciones que nada tienen que ver con el pulso o la marcha de la sangre...

Toda angustia que se concreta en hechos reales y tangibles ha dejado de ser angustia; puede, incluso, descontrolar en definitiva mente y corazón, pero aún la locura y la muerte son ya soluciones, y toda solución sabe a fin y acabamiento. La verdadera angustia está al borde mismo de la locura y de la muerte pero nunca llega a ellas, y es precisamente esa estelar distancia de las soluciones concretas la que da al ser sensitivo la visión de una eternidad que está más allá de la pobre realidad....

La angustia sentida y vivida por Teresita ha ido ahondando extrañas maneras de sentir, ha ido poblando el espíritu de presentimientos, que sólo son los conocimientos que llegan envueltos en niebla al sentimiento.... No ha pasado en vano la vida con su vulgar cortejo de fastidio y de miserias, de vulgaridades y tristezas: ella halló en las cosas humanas lo inútil, en las palabras humanas lo insustancial, y, por lo mismo, su pensamiento y sentimiento quedaron como únicas realidades que, aún en contra de la vida de cada día, dan razón superior a la vida.... De su fina y profunda observación de seres, acontecimientos y cosas, vinieron a establecerse definiciones que prueban la infinitud de su bellissimo mundo espiritual.... Pero es también cierto que este definir y ahondar hacia su misma hondura le fueron caminos hacia la tristeza, manera de profundizar su capacidad de sufrir sutilmente.... Si no es propenso su carácter a las sonoras manifestaciones de la pena, si apenas su cuarto cerrado con llave y sordo a toda llamada exterior sabe de sus lágrimas y sus incurables nostalgias que nadie más ha de conocer, su vida espiritual llega a perfección absoluta y propicia a los estados de exquisita angustia en que se descubre la verdadera realidad íntima de las cosas.... Por eso que Teresita en todo encuentra y halla extraño sabor que sólo ella comprende.

Frente a la noche, frente al insondable misterio de la noche, las campanadas de los relojes le definen el alma del silencio: "Las campanadas en la noche son las voces del silencio que se queja".

Y es su definición de la muerte tan sutil que se elude a toda otra definición: "¡Ah! ¡La muerte!.... No es el silencio quien camina en la noche, no, ¡mentira!, es ella.... Es la muerte.... ¡Sil!, ¡la muerte!.... Y los relojes son los únicos que tienen oídos para escuchar sus pasos...."

Palpita en "IFIGENIA" un sentido autobiográfico de Teresa de la Parra?... Se confunden íntimamente las figuras admirables de la autora y María Eugenia?... La novela, en verdad, teje la más exquisita y bella trama sobre una vida, sobre una vida angustiada ante el fastidio, pero el pensamiento de Teresa de la Parra está latente, puro y esencial en la Obra. El Libro es un poema de sinceridad maravillosa, todo él trazado en cristal, en diafanidad, en claridad y eximia transparencia....

La bella e inquieta heroína llega a la conclusión a la que llegaron y llegarán quienes miran la vida desde el alto mundo del pensamiento o desde el hondo mundo del sentimiento: el triunfo inmediato es de los mediocres, de los vulgares, de los insignificantes. Ante esta verdad dolorosa, ella misma, esa María Eugenia inolvidable, deja hacer a los demás, se hunde en una especie de olvido o desprecio por lo externo, mira lo visible con miradas vacías, pero siempre guardando en su espíritu la rebeldía, la íntima protesta que no se debe decir porque resulta simplemente inútil frente a la miseria y la fealdad dominantes. Por eso, desde esa morada que probaran las angustias y cerrara ya su puerta para lo de fuera, se levanta esta frase que, al definir un ser, define la grande, la abrumadora mayoría de la humanidad: "y consideraba la inmensa vulgaridad triunfante de aquel espíritu definido". Sí, lo vulgar es lo definido, lo limitado, lo estrecho, ese saberse de memoria un camino único para cada día, ese encontrar soluciones tontas, pero efectivas, para la vida, sin siquiera vislumbrar sus grandes problemas hechos solamente para inquietar y doler a los espíritus selectos. Toda definición limita, y esta definición del ser en su vivir lo limita con terrible vulgaridad: gentes existen, y muchas, y muchísimas, que tienen una pequeña cartera con el objeto de anotar minuciosamente lo que han de hacer cada día, es decir, con una regularidad absurda, pero real, proyectan sus ocupaciones sin pensar en ellas, porque el pensamiento como función superior les está simplemente vedado, apenas con un cálculo como el del peso en las tiendas de abacería. Nada hay más intolerable y feo que ese ser afirmativo, que dice solemnemente "yo soy esto o seré esto" pero que también anotó en su cartera el proyecto cercano o futuro de su triunfo....

"IFIGENIA" es un poema de honda sinceridad. El alma se des-

nuda puramente y se desposee de joyas o adornos: aparece como es, bella y temblorosa, pero también llena de dudas y abismos. Nada se calla del temperamento soñador y rebelde, pulcro y atolondrado, de un hermoso temperamento contradiciendo con valentía firme la vulgaridad. Dichas están las grandes pasiones de este carácter superior, pero también se dicen sus instantes débiles, como aquellos del triunfo o del fracaso del amor y en los que el alma encantadora de la mujer surge con naturalidad asombrosa.... Descrita está la batalla de cada día contra lo circundante, el lanzar a plena sociedad reducida y enteca gestos desconcertantes, aun destruyendo la pobre aparente armonía del círculo familiar, pero también se describe la agonía de esas rebeldías, su pasividad final: nada más bello, por ejemplo, que esa encantadora reacción femenina, tan femenina y humana, ante el trousseau finísimo que acaricia el cuerpo con deliciosas caricias aunque simbolice y signifique la cercana esclavitud....

Teresa de la Parra, Teresita, escribió un poema, un verdadero poema con música interior, con ritmo interior, con alma de palabras y, sin embargo, con palabras que saben a vertiente en su más clara claridad.... La historia sencilla de una muchacha delicada que se fastidia está llena de tales honduras, que no podía hacerse mejor y más cabal análisis del alma femenina. De la Obra surge clara y bella la vida, o también dolorosa y fea la vida, es decir, todo el poema interior volcado en el ambiente con sabiduría perfecta. No existe propiamente la ficción, no se la siente por parte alguna: todo es real, todo es palpante, todo es actual y perenne. En este poema de sencillez profunda y de profundidad sencilla se encuentra el signo de naturalidad absoluta que da vida a la vida y a la evocación de la vida: el encanto. El encanto como poder casi mágico, pero de magia igual a la de la naturaleza, el mismo poder que pinta las flores y los plumajes de las aves, el mismo poder que navega nubes mansas en las aguas viajeras o le pone ojeras a la atardecida.... El encanto que crea vida y que la evoca con igual frescura y belleza. Teresita posee el encanto, el sentido de lo profundo y perfectamente natural: aun en sus buceos del espíritu no existe el esfuerzo del análisis, sino el simple destino del viaje por los dominios del alma, el hundirse hacia lo íntimo para encontrar flores o lágrimas.... Milagro de naturaleza, sin falsas hipocresías ni ceremoniales creados para ocultar la verdad, y milagro de recordarla en las páginas hermosas, con memoria sutil y graciosa, con palabras de una maravillosa sencillez per-

fecta.... El poema es completo: de aurora a noche, de instante en que la luz abre sus ojos apasionados hasta ese otro en que guía el camino la luz de las estrellas....

"LAS MEMORIAS DE MAMA BLANCA", EXEGESIS DE LA TERNURA

Quién escribió este Libro?... El agua que canta con la luz o con el leve soplo del viento?... La brisa que es un lied llegado en alas de purísima diafanidad?... La sonata mansa de los pétalos que se vuelve flor sobre el tallo temblante de emociones claras?... El cielo que se lleva su rebaño de nubes en el pastoreo silenciosamente musical de la amable distancia?... El vuelo de palomas que rubrica el aire de primera comunión?....

Todo esto pudiera pensarse, todo esto pudiera creerse con la ingenuidad poética más pura, si en sus páginas no estuviera presente un corazón maravilloso, si no estuvieran habitadas por una de las almas más exquisitas y fragantes que transitara caminos de belleza, si no fueran esencia y vida espiritual portentosa de Teresa de la Parra....

Si alguna vez se hizo el elogio del rocío en su tímida sandalia cristalina, si alguna vez se tomó el agua del pozo todavía soñando luceros de la vispera, si alguna vez se despertó la arboleda por el solo milagro puro y esencial de la luz recién nacida, es en este prodigio de la naturaleza, en este sencillo y hondo prodigio que se llama "LAS MEMORIAS DE MAMA BLANCA"....

Obra de estirpe azul, hermana de la nube y el ala, perfumada intensamente de este lado de América nuestra, con esencia de campo y de agua que canta....

"LAS MEMORIAS DE MAMA BLANCA", evangelio incomparable de la infancia y, por ello mismo, guía poética única para el alma pulcra y exquisita.... Libro construido todo él de sonrisas encantadas, a veces, de ingenuas lágrimas, pero de esas lágrimas en pura nostalgia y cuya dimensión es purificadora del alma.... Es un poema blanco, totalmente blanco, que vuela en el ambiente con la belleza primordial de las abejas conquistando su miel en las margaritas y las campánulas.... Es el Libro que todos quisieron escribir,

porque es la más perfecta perfección del sentir, pero que sólo estuvo reservado a una mujer eterna que se llama Teresa de la Parra....

Qué dulzura, qué simple y natural ternura la que surge de "LAS MEMORIAS DE MAMA BLANCA", una ternura original, no preparada en laboratorios ni asimilada en quintaesencias, sino naciendo y viviendo a toda naturaleza, pura, simple, inmensa en medio de su aparente sencillez, como nuestro paisaje de América dulcificado por la más bella luz del mundo y temblando de especial manera por no sé qué pupilas tiernamente apasionadas....

Mamá Blanca, qué nombre tan exacto, qué nombre tan real y, al propio tiempo, tan símbolo, qué nombre tan purificado en esencial blancura de alma.... Mamá Blanca, la que conmueve por su pensamiento, la que tiene una concepción tan humana y, por eso, tan divina de la divinidad, cuando dice a la amiguita dulce: "Siempre le pedí a Dios que entre los hijos me mandara siquiera una sola hijita. Como es terco y le gusta hacer milagros cuando no lo molestan, me la mandó ahora: a los setenta años". Pensamiento de belleza suprema que se completa con una manera de entender a Dios que ya se quisieran las agrias religiones vibrantes más de miedo que de amor: "El Dios de Mamá Blanca no se indignaba nunca ni era capaz del menor acto de violencia. A menudo sordo, siempre distraído, presidía sin majestad un cielo alegre, lleno de flores, en el cual todo el mundo lograba pasar adelante por poco que le argumentasen o le llamasen la atención haciéndole señas cariñosas desde la puerta de entrada".

Y no es así cómo nos imaginamos a Dios todos los soñadores del mundo, no es así cómo se lo imaginan las gentes sencillas y buenas que, en definitiva, están más cerca del corazón del mundo y de la sagrada respiración eterna de los seres y las cosas?....

Cómo endulza la vida, esta vida tan complicada hoy de vanas y tontas complicaciones intrascendentes y, lo que es pecado, anti-poéticas y hasta innoblemente antihumanas, cómo la endulza el simple describir fraternidad por parte de Mamá Blanca, el simple contar realidades de cabecitas ensortijadas por angelicales cuidados maternos: "quien parecía un mismo carnerito de oro y a quien le llovía continuamente sobre la nuca, las orejas y la frente una tempestad de crespitos castaños"....

Sobre la hacienda, que Teresa de la Parra quiere nominar al estilo de su cielo y de su tierra, Piedra Azul, se dibujan personajes simplemente admirables, de la vida pura y auténtica.... El amor de la creadora diáfana, ese amor que le hiciera ser más hermosa que su misma hermosura, se extiende a los pequeños seres, a esos que acompañan el camino de la vida resignados y puros, lamiendo las manos del amo y relatando desde sus ojos la teoría evangélica de la caridad que los hombres, muchas, muchísimas veces, no conocen en sus propios dominios de pensamiento o vida.... Marquesa, la perra que tiene para Mamá Blanca reminiscencias de cuento fantástico siendo, al propio tiempo y por ese milagro fraternizador propio sólo de la infancia, serena presencia en el hogar, así se define para siempre: "Marquesa, nuestra perra de Terranova, especie de hermana mayor llena de bondades a quien todas nosotras queríamos tiernamente"....

Qué decir de Teresa de la Parra, qué decir de la Blanquísima creadora de Mamá Blanca?... Acaso se la pueda encontrar en su realidad espiritual, si cabe encontrar lo inefable, como ella misma encuentra ser al pintoresco primo Juancho: "iba regocijando el espíritu, con esa alegría sabrosa del agua fresca bebida en plena sed, alegría que cuando logra apresarse en palabras escritas, las páginas donde se guardan, así pasen años y más años, no se marchitan nunca?".

Han pasado años, pocos, en verdad, pero los suficientes para que las otras arquitecturas soñadas y guardadas en las páginas se vayan enmohecendo o, lo que es más doloroso, se vayan tornando especie de monumentos fríos en las antologías.... Han pasado los años y no han pasado ni pasarán jamás sobre Mamá Blanca: sus páginas viven, sus personajes palpitan, sus cosas seducen por su absoluta y honda sinceridad.... Estas Memorias son la vida y lo serán para siempre, y hasta cuando la ponderada civilización viole el santuario de los campos, seguirá sonando y soñando a Mamá Blanca en el corazón de los hombres, al menos mientras en ellos viva la llamita tenue del ensueño.... Mamá Blanca es fraternal presencia física: yo añoro no travesear con los lápices de colores o los tubitos de óleo maravilloso, pues la retrataría tal como es, tal como será siempre, así como me ha quedado habitando el alma....

Cómo no amar "LAS MEMORIAS DE MAMA BLANCA"... Cómo no hacerlas chiquititas para que puedan caber en el corazón para siempre... Cómo no amar la bondad ingénita, el apostolado manso y original, de Vicente Cochocho, el humilde peón constructor de ataúdes claros, por más que en principio quiera doler la paradoja... Cómo no amar la ensoñación frustrada de primo Juancho, el romanticismo ingenuo de la Madre todopoderosa en bondades, todas, todas las figuras que se dibujan en tonos jamás conseguidos por quien no fuera Teresa de la Parra...

Mamá Blanca emblanqueciendo la vida, Mamá Blanca purificando el destino, Mamá Blanca dulcificando el sentir... A mí me ha pasado que luego de la comedia de cada día, representada con profundo dolor para el contentamiento de los demás y para mi propia íntima tristeza, luego de la triste representación diaria, he vuelto al refugio delicioso y delicado de Mamá Blanca, y siempre me ha dado el mismo regalo de ternura exquisita: un poco de agua fresca y limpia, un olor de guayabas maduras en la tarde, un vaso de leche recién ordeñada a Nube de Agua... Es decir, me ha vuelto a dar la poesía, la humana y divina poesía que las gentes tercamente se empeñan en destruir y que Teresa, Teresita de la Parra me guarda como presente íntimo y cordial en la miel de sus páginas, en los pétalos menudos y lindos de sus páginas, en el vuelo infantil y eterno de sus páginas...

Hasta la nostalgia final de Mamá Blanca es algo azul, azul como la hacienda azul y el azul recuerdo, en cierta forma, dulcemente triste y doloroso... Nada de amarguras ni angustias tenebrosas... Simplemente un suspiro, simplemente una lágrima, simplemente una enseñanza que, lo digo de verdad, ningún otro libro supo darme tan a cabalidad y perfección: "Mamá tenía razón: debemos alojar los recuerdos en nosotros mismos sin volver nunca a posarlos imprudentes sobre las cosas y seres que van variando con el rodar de la vida. Los recuerdos no cambian y cambiar es ley de todo lo existente. Si nuestros muertos, los más íntimos, los más adorados, volviesen a nosotros después de muchos años de ausencia y arrasados los árboles viejos hallasen en nuestras almas jardines a la inglesa y tapias de mampostería, es decir, otros afectos, otros gustos, otros intereses, doloridos, nos contemplarían un instante y discretos, enjugándose las lágrimas, volverían a acostarse en sus sepulcros"...

Cuánto se dijo y se dice de Teresa de la Parra, cuánto de su Mamá Blanca... Sin embargo, nada se ha dicho todavía... América, el mundo, le deben el poema de pronunciar su nombre siempre que la sonrisa quiera transformarse en lágrima...

UNAS CARTAS Y UN ESPIRITU

El sueño acariciado cordialmente por Teresa de la Parra queda apenas en unas cartas llenas de bella sinceridad, dirigidas a Vicente Lecuna, y en las que, si la amistad se define en sus más sutiles sentimientos, un pensamiento admirable se pronuncia en opiniones, comentarios e inquietudes frente a la figura del más grande americano de todos los tiempos: Simón Bolívar...

Sólo una mujer y una mujer del talento excepcional y del claro genio de Teresa de la Parra pudo haber tratado hondamente el corazón del Libertador, su pasión de amor tan comentada y, sin embargo, tan poco comprendida en las humanas raíces anímicas que es donde habría que buscarla.

La gran soñadora soñó un Bolívar eminentemente humano, humanísimo, un poco lejos del humo homérico de las batallas y de los grandes instantes que crearon nuestras Patrias, y más cerca de sí mismo, más en su intimidad, más en ese sentimiento que le transformaba en poeta cuando la gloria dejaba lugar a las sonrisas y las dulcísimas palabras.

Las cartas lo dicen claramente y, sobre todo, sincera y hondamente: "Yo creo que una biografía de Bolívar es de por sí, sin salirse de la verdad histórica, mejor novela que cualquier otra que quisiera hacerse. Quisiera ocuparme más del amante que del héroe, pero sin prescindir enteramente de la vida heroica tan mezclada a la amorosa".

Qué Bolívar tan nuestro nos hubiera entregado la gran escritora. Qué Bolívar tan del corazón y el sentimiento nos hubiera retratado, conocido por aquel lado que injustamente juzgado como el más débil de la humanidad constituye su verdadera fuerza en todos los caminos. Cómo habría tomado este corazón exquisito en sus manos el corazón inmenso y cósmico para sentirlo palpitar en sus palpita-

ciones íntimas que, en verdad, le llevaban directamente al gran amor total que es, en suma, fin y destino de los otros amores. . . .

La inquietud en la búsqueda del verdadero Bolívar reflejada está en el afán por peregrinar, así, a mente limpia y corazón iluminado, por los lugares que conocieron su paso, pero especialmente por aquellos en los que el Genio soportó la tristeza, es decir, en donde debió quedar íntegra su nostalgia, seguramente allí donde las queridas sombras de las mujeres amadas en el tiempo le limpiaban el sudor agónico con manos de distancia, en donde los labios esfumados le besaban la frente pálida de lirios, enfermedad y olvido. . . . El deseo de Teresa por conocer al verdadero Bolívar se refleja también en su pasión por lugares y escenarios, por épocas y ambientes, para que el Hombre hablara en su propio mundo, bien que su palabra profética estuviera destinada a todos los tiempos. . . . Quería la soñadora escuchar de labios conocidos o anónimos la tradición, esa sabiduría popular que crea, más que los retratos y las historias, genio y figura humanos. . . . Todo esto como puerta, bella y todo, pero simple puerta para el paso hacia las moradas verdaderas. La exquisita soñadora acepta, sí, el concurso de las gentes para esta obra magna, pero al final ha de quedarse sola con lo bello sin tiempo y sola con el Hombre coronado de amores antes de serlo de angustias. "La gente —afirma Teresa— por encantadora que sea, (la de sociedad) son especies de aisladores, pero ellos se borran de nuestra mente antes que la imagen de las cosas y el alma de los muertos"

Frente a tanta literatura heroica como rodea al creador de América libre, por cierto, homenaje justificado desde todo punto de vista, la escritora desea verlo en su íntima realidad. Todas las páginas que le encuentran en la cumbre del endiosamiento le alejan de nosotros, le ponen en sitio de admiración pero del que se resiente la falta de cordialidad. Teresa desea encontrarlo otra vez como persona que siente y ama, como quien es capaz de encender en fuego hermoso unos labios antes de encender los campos distantes en el espíritu de la guerra santa. . . . La literatura heroica nos ha entregado un Bolívar de veneración, pero la soñadora quiere entregarnos un Bolívar de comprensión y simpatía absolutas: "Ver a Bolívar fuera de la literatura heroica, que hasta ahora me lo había cubierto y desfigurado, me anima en forma extraordinaria".

Este amor humano ha de llevar al Genio al gran amor de la humanidad que es cumbre de pasión, dolor y sacrificio. Por ello, hacia el fondo de las páginas con perfume de mujeres originales, ha de aparecer el Bolívar visionario, el que supo de honda sabiduría que el martirio es el camino único de todo gran soñador o gran realizador y que toda obra lleva sangre de pensamiento pero mucho más sangre nobilísima del corazón torturado en honda tortura. . . . Las cartas lo dicen bellamente: "Debe aparecer el hombre extraordinario. Más que el héroe, el apóstol, el Mesías y el mártir".

Esta pasión por Bolívar debe ser suprema pasión: se ha de tocar el corazón llagado, pero se lo ha de tocar en toda santidad y purificación de ideales. Qué bellas son las palabras de Teresa en este aspecto, cuando a su pasión por Bolívar suma su veneración perfecta por la deidad tutelar de América: "El culto por un muerto tan ilustre y tan de uno como Bolívar es una especie de religión que une fraternalmente a los que la practican".

Se piensa con profunda emoción en la historia del alma de Bolívar que nos hubiera entregado Teresa de la Parra y se piensa también, con una fraternal tristeza incurable, en la escritora desmayando su vida en finales de una enfermedad por la que se emparentaba con el Caballero de Santa Marta. . . . Las cartas quedan bellísimas y puras, volando sobre un mar infinito como gaviotas a las que la hora anuncia que no se cumplirá su amoroso anhelo. . . . El deseo soñado, el afán cortado por la vida, queda en palabras inolvidables y desde lo hondo de estos papeles por los que Don Vicente debió volver muchas veces los ojos humedecidos, surge clara y transparente Teresa de la Parra, esa alma incomparable que entregó al mundo la más clara claridad del pensamiento americano. . . .



CUIDAD UNIVERSITARIA DE CUENCA

Angulo sur—occidental de los edificios de la Facultad de Ciencias Matemáticas y Físicas.

Señal de Galápagos

(ESPECIAL PARA "ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA")

BREVE PORTADA

Con ojos claros de Poeta, con hondo espíritu de Poeta, Rubén Astudillo fue a las Islas Encantadas, para buscar y hallar en su paisaje original y maravillante aquello que sólo el verdadero Poeta sabe buscar y hallar: el encanto, ese signo misterioso que debe descifrarse con la propia sensibilidad delicada, ese mensaje latente en todo lo circundante, pero que sólo acierta a interpretar y expresar la poesía del Poeta... Y las Islas se le entregaron diáfanas en su belleza, desnudamente bellas, llenas de color y gracia o también antiguas de meditación y leyenda. Encuentro admirable, bello encuentro que lo sentimos bellamente porque bellamente hubo de sentirlo su autor, este Poeta que fue al Archipiélago por uno de esos sentimientos propios e íntimos del espíritu soñador: el arte divagatorio sobre tierras y mares, el deseo constante de ser horizonte siempre y siempre...

Bello es el encuentro de Rubén Astudillo, bello en claridad de contemplación y pensamiento. A veces, su estilo de fina acuarela se dulcifica en el arte descriptivo, como si trabajara con el más puro azul del cielo o con el más puro azul del mar cuando lame las arenas con lengua purificada de distancias y siglos... Otras, lo nostálgico se le prende en el expresar y sentir, tal si cada pensamiento fuese melodía viajera y tristeza de las gaviotas... Otras, el milagro de las vegetaciones surge como de jardines incontemplados todavía, o una fauna bravía define su presencia en una especie de paraíso

primitivo e ingenuo.... Otras también el misterio callado de las rocas habla el idioma sin tiempo que azota la bravura antigua y múltiple del mar....

Verdadera fue también la visión del Poeta, y no podía ser de otra manera: el eterno concepto platónico de lo bello como verdadero y lo verdadero como bello se cumple fielmente en la verdadera Poesía. Por eso las pupilas emocionadas de Rubén Astudillo vieron también la verdad, la humana verdad de las Islas del Encanto. De tal modo que a su ensueño de belleza intangible vino a sumarse la belleza del anhelo humano y justiciero. La belleza de las Islas sería mayor aún si en ellas hablara un claro idioma de justicia eminentemente humana.

Hallo estas páginas de Rubén Astudillo bellas y claras. Su viaje poético es esencialmente sencillo y puro, igual que el cielo extendido en la altura de las Islas lejanas, igual que su mar múltiple en inmensidades pensativas.... Es el reflejo directo de una naturaleza pródiga, primitiva, acaso tal como salió del primer día de una sabia Cosmogonía no pensada todavía.... Es la natural reacción de un fino espíritu ante las contemplaciones que crean éxtasis: el éxtasis se produjo siempre al borde del cielo o al borde del mar, no importa sean ellos los visibles o los invisibles del alma....

Rigoberto Cordero y León.

SEÑAL DE GALAPAGOS

Hélices, Olas y Cielo.

Desde Guayaquil.— Proa siempre hacia la región del sol agonizante.— A 500 millas de olas y cielo. De hélices y estrellas, el Cosmos palpita aun con sus primeros días y sus primeros signos.

Galápagos, se actualiza, así: Sobre un horizonte de gaviotas y espuma, jirón de una edad transcurrida irremediamente aquí, allá detenida.... Haciendo estación embrujada sobre la ancha corteza de las olas petrificadas para siempre en la extraña arquitectura de la lava.... Antiguo paraíso rescatado del Génesis.... Antigua arena blanca salvada de los siglos, salvajemente acariciada y amada

por el mar, incesantemente defendida y amada por los comienzos subterráneos del mundo. Por los primeros seres de la tierra. Por la primera sangre y las primeras algas.

Lo dijo ya Paulete de Rendón y la Cita aquí no puede estar demás: Sobre la noche de brea pálida, como una caracola tibia, la sirena iza en el aire. —Tal si fuera un peñuelo de adiós— su doloroso grito. Lentamente el barco se despidió del muelle. En sus barandas, se ha acodado un copo de tristeza. Un poco de ilusión. Y un poco de nostalgia que acaricia hasta el último instante “ese extraño paisaje mil y una noches del Guayaquil nocturno que va quedándose lejos, lenta pero inexorablemente lejos.... A poco sólo la música de las hélices, el mástil con su insecto de luz taladrando la noche.... El rumor de las olas quebrándose en las orillas lejanas.... Ría abajo la luna y el barco sobre el agua.

Alfanjes de oro acuchillan las olas. La luz empieza a viajar en el agua. El mar es una gran paleta que acaricia y que flota. Un mosaico elástico azul, verde, rojo, violeta, añil, dorado, rosicler plateado que alfombra al nuevo día que se anuncia. El barco va tejiendo en el agua interminables mantillas españolas de espuma. El horizonte se bebe las últimas gaviotas y las últimas nubes.... La última penumbra, y a lo lejos el sol es un círculo rojo. Una corola roja. Un globo, una canción. Una alegría roja que asciende sobre el Pacífico. A poco, el sol es la “alegría del mar”.

Los Delfines empiezan a jugar, elástica y velozmente en torno al barco. Sin esfuerzo aparente se mantiene a la par de la nave. Zambullen y emergen vertiginosamente, saltan a la superficie, aspiran el aire por una válvula de dos pulgadas de diámetro que la tienen en la cabeza y que en seguida se cierra herméticamente. Millas y Millas. Ellos acompañan al barco y al hombre. Se han tejido muchas leyendas sobre estos pintorescos animales, entre ellas las del poeta Arión que todos recordamos. De seguro que ninguna de ellas tiene patentada la verdad, pero es lo cierto que entre aurora y crepúsculo, ellos, entre cielo y mar, acompañan, hacen de centinelas en las grandes travesías y por largas horas.

En el horizonte, el sol se hace pedazos para besar el mar. El sol es un volcán de luz que reverbera. Grandes sombras violetas en-

gullen los recinos del día. De nuevo en el mar: Una fiesta de luz. Pero ahora dolorosa. Gimiente. Como una lámpara cansada al sol se hunde a lo lejos; noche de alquitrán y de brea. El corazón busca la estrella primera. En la torre de mando, el timonel —un viejo lobo de mar— anuncia, “la noche está como boca de lobo”.

A manera de datos.

Creo aquí muy del caso, una pequeña digresión, digamos un pequeño viaje al revés del tiempo. Pues no queremos de ninguna manera seguir adelante sin dejar primero a manera de datología, eso sí, reducida y elemental —algunas noticias histórico-geográficas, de este antiguo rostro de la tierra, perdido y palpitante aún, sobre las primeras lunas del agua y bajo las primeras leyendas y los primeros vientos de la creación.... Galápagos está situado a unos mil kilómetros de nuestro perfil continental y a unos.... mil seiscientos de las costas panameñas. La línea Ecuatorial la divide en dos partes. Hacia el Sur, el grupo más numeroso y luminoso de Islas. Aquí la sangre de Basalto ha abierto sus copos a la vida.

Al Norte en cambio la piel oscura de la lava, la roca estéril, el paisaje desolado y amargo, los cráteres apagados, y las antiguas especies se hallan detenidas hasta hoy, en su pausa de silencio y reposo universal. En total, entre las de la porción Norte, como las del Sur, entre islas, islotes y rocas, el Archipiélago cuenta con sus ochenta vértebras de basalto en clamor sobre el agua. De éstas las principales pueden agruparse en 15 y de éstas, a su vez, las habitadas en las cinco que siguen: Isabela (Albermale), la mayor de todas, Santa Cruz (Indefatigable), Santa María (Charles), San Cristóbal (Chatán), Baltra, la antigua base militar de los EE. UU.

Las primeras noticias fidedignas que poseemos sobre Galápagos se remontan a los lejanos días de la Conquista.

Resulta paradójico, pero así y todo, fueron los mismos que devoraban a mordiscos largo las vísceras y el sexo de nuestra Ancha y Tostada Tierra, los que encontraron —por casualidad también y sin quererlo— nuestras lejanas rocas de paz.

El 10 de Marzo de 1535 Tomás de Berlanga-Frayle Dominicano, que había levado anclas desde Panamá con rumbo al Perú, desde

donde debía describir las tierras e informar al Rey sobre la conquista que en su nombre se había hecho en el Imperio humeante de Atahualpa, este Frayle decimos, llevado por las corrientes. Perdido en la inmensidad del Pacífico. Lejos de toda costa. Torturado por la sed. Por los rayos del sol vertical del trópico y la incertidumbre, llegó a dos de las Islas del Archipiélago.

Cuáles fueron estas dos Islas?... Nada sabemos de manera precisa.... Fué como creen unos, Isabela, en su costa oriental, en donde desembarcaron en busca de agua y sin hallarla se dirigieron a la Santa Cruz...? O, como piensa Ruth Rosse.... Fué Barrington la primera y Floreana o Charles la segunda? Misterio, los españoles asombrados ante la soledad mística, y espeluznante de las Islas. Ante sus animales desconocidos, ante sus laberintos de peñas y de quiebra, de farallones y cráteres.... De iguanas y lagartos que no huían ante la presencia del hombre, dejaron en sus playas el cuerpo de un compañero muerto. Las bautizaron con el sugestivo nombre de Islas Encantadas y partieron.

Once años más tarde —aquí, Larrea— en Abril de 1546 volvieron plantas de españoles a pisar las Islas Encantadas. Esta vez fué el Capitán Diego Rivadeneira, que huyendo de los insurrectos de Gonzalo Pizarro hacia Nueva España, fue arrojado por los vientos y por las corrientes sobre el legendario Archipiélago.

Estas, las principales noticias y primeros encuentros de Galápagos con el hombre, a más de la fracasada expedición de Sarmiento Gamboa.

Antes que éstos, un tanto destañada por la neblina de los tiempos, por un cierto afán legendarizante, si bien bajo el autorizado espaldarazo de Sarmiento de Gamboa la tradición sitúa el viaje de Túpac Yupanqui al Archipiélago.

Más o menos por los años de 1485—88 en un viaje que duró nueve meses el Inca descubrió las Islas Huahua Chumbi y Nina Chumbi, dos islas perdidas en la inmensidad del Pacífico.... ¿Fueron éstas del Archipiélago?

Si hemos de atenernos al carácter emprendedor, orgulloso, valiente del Inca, nada hay de imposible en la aventura.... Máxime

si tomamos en cuenta el estado avanzado en que se encontraba la navegación imperial. Recuérdese que ya entonces nuestros primitivos conocían el uso de la vela.

En fin, para no alargar demasiado esta entrega vale anotar los nombres de algunos piratas que arribaron hasta Galápagos, los que al mismo tiempo que engendraban una serie de leyendas doradas —con las que hoy se aureolan las Islas— ejecutaban también un ancho trabajo de divulgación de las mismas.

Ellos estudiaron sus vientos. Sus corrientes. . . . Hicieron sus primeros mapas y publicaron sus primeras notas.

Guillermo Dampiere, el pirata literato-Woodes Rogers, Edgar Davis, Lionel Wafer, Jhon Cook, Jhon Eaton, Jhon Cliperton, entre otros, hicieron de las Islas su refugio y su estación favorita. Durante largo tiempo ellos las amaron y comprendieron como quizá antes nadie lo había hecho. En ellas volcaron sus tristezas de mar y humo, sus recuerdos y sus proyectos. Cuantos nombres enterraron en la arena como tesoros en sus criptas. . . . Ellos las debieron amar como hombres. . . . como a hembras, hasta que al final, cuando irremediablemente levaron anclas para el viaje sin retorno, el Archipiélago con la salida del último bucanero, se guardó sus últimos secretos.

Durante todo este tiempo —en virtud de la Bula del 4 de Mayo de 1493 promulgada por Alejandro IV— las Islas formaban parte del Imperio Español.

Siglos después . . . cuando la pintoresca frase de Carlos V buscaba ya la realidad de los archivos; cuando el Sol de la Península, cumplía su ciclo irremediable. De sucesivos y definitivos ocasos en el Nuevo Mundo, Calápagos quedaba nuevamente como territorio "Nullius" hasta que en el año de 1832 —el 12 de Febrero— el Ecuador, extendía su soberanía sobre él.

Cupo al General Villamil la iniciativa de incorporarlo a nuestra Parcela Nativa.

El consiguió que J. J. Flores, el "flamante iniciador de la Nueva República por intermedio de J. J. Olmedo, extendiera la orden

respectiva para la toma de posesión de las "Antiguas Galápagos" o "Echantees" de las milenarias "Tierras Ultra Incógnita" y de que ellas, desde ese entonces entraran en nuestra Geografía y en nuestra Historia con el nombre de Archipiélago del Ecuador".

Fue el mismo General Villamil quien con un espíritu de lo más práctico, tomó sobre sus hombros la nada difícil tarea de colonizar las Islas.

Nombrado Gobernador de ellas, comprendió que el Ecuador nada sacaba con su título nominal de posesión, mientras con nada práctico aportaban las Islas. Mientras ningún espíritu de conciencia nacional fermentaba en las mismas.

Para ello, con los primeros colonos en la Isla Charles o Floreana fundó la primera pequeña población del Archipiélago, a la que un tanto románticamente denominó el "Asilo de la Paz" Paradójico nombre en el que por oscuros designios se habían de fraguar muchas de las leyendas negras. . . . Muchos de los signos, con los que se tejieron acuarelas de sangre. . . . Para uso y beneficio de los novelistas folletinescos y calenturientos, que con títulos como "Galápagos, Paraíso Infernal" llenaron sus bolsillos y desprestigiaron el Archipiélago.

Como el nuestro no es propiamente un trabajo de divulgación histórica. Ni pretende infulas de eruditez. Sino más bien —como lo quería el amigo y poeta Rigoberto Cordero y León— un intento de visión fresco y visión de alma. De paisaje. . . . De tierra elemental y embrujo milenario. Queremos dar fin a este capítulo y con él, a esta pequeña entrega, insertando en pocas líneas algo sobre la curiosidad científica —que ya en nuestra época y ya en posesión nuestra, Galápagos ha despertado. Con los resultados consiguientes.

Errónea e infundada la información de Rafael Borja: "realmente son pocos los hombres de ciencia que han venido a dar por este Archipiélago ecuatoriano anclado sobre el Pacífico", pues no son pocos, ni de segunda categoría —los que aún hoy— en nuestro días —acuden año a año, mes a mes hacia nuestra porción de edad terciaria y lunar, con fines de investigación científica de diversa índole.

En la imposibilidad de enumerar todas las misiones científicas que allá han acudido. Y por lo vano e intrascendente que ello resultaría, renunciaremos a esta tarea, concretándonos —sumariamente a tres nombres:

Carlos Darwin, Teodoro Wolf y George Bauer. Tres nombres que de por sí valen por todo un "equipo de valores sustanciales".

El primero de los citados llegó a las Islas en 1835 —el 17 de Septiembre. Formaba parte de los expedicionarios que a bordo del "Beagle", con fines estudiosos, daban la vuelta al mundo, patrocinados por el Gobierno Inglés. Refiriéndose a la formación, flora y fauna de las Islas, este sabio naturalista afirma: "La antigüedad de las Islas no es grande. Se formaron por erupciones ocurridas en el fondo del Océano, y enfriada la toba volcánica la flora y la fauna se fueron formando por migraciones casuales, llevadas por las olas... y los vientos". Y que por fin "la diversificación de éstas se debe a la selección natural y a la lucha por la supervivencia.

Darwin descubrió —de nuevo Larrea— Galápagos para la Ciencia. Y fue Galápagos así mismo el que, en pago, le inspiró su grandiosa idea de la evolución de las especies.

Más tarde arriba al Archipiélago, Teodoro Wolf —1875— con finalidades similares a las del anterior. En resumen, su obra se puede sintetizar así: Valiosos estudios sobre las lluvias, el clima y la vegetación. Fijación astronómica de las Islas: 89 grados, 16 minutos y 92 segundos grados 0 Greenwisch y 1 grado, 40 de Lat. N. y 1 grado 2 Lat. S. Y por fin, no sólo una afirmación, sino una ampliación de Darwin y su tesis sobre el Archipiélago.

Y George Bauer, quien en desacuerdo con los dos primeros, en lo referente al origen de las Islas, su flora y su fauna, realizó estudios detenidos y prolijos, manifestando que éstas eran el producto del hundimiento y desaparición de antiguas tierras, de las cuales hoy sólo quedan las cumbres más altas, las Islas. Y que la diversidad de conformación entre las plantas y animales de una misma especie se debía a la evolución ocurrida en las Islas merced a las exigencias del medio ambiente.

La verdad es que ambas teorías tienen sus puntos de indiscutible acierto. La de Bauer, entre otras, porque explicaría la aparición de las grandes tortugas en la Región Insular. Y las dos primeras —en el fondo una sola, por lo que dice Reclus: su origen volcánico es tan evidente que no se encuentran en ellas sino rocas eruptivas de todas las edades de la tierra.

Primeros encuentros.

Sobre la línea agua-cielo del horizonte, una extraña roca empieza a desnudarse de distancia. Desde lejos se diría una antigua fortaleza de basalto, o una catedral de sílex, abandonada sobre la redonda tentación de las olas.

A pocos minutos de marcha, la ilusión primera va desapareciendo paulatinamente y la vista contempla de manera casi nítida la maciza y gigantesca figura de un león que petrificado, duerme su sueño de siglos a la entrada del Archipiélago.

"El León Dormido" marca el primer encuentro con Galápagos.

A la izquierda de esta mole... (propiamente son dos, separadas por una estrecha garganta que divide la cabeza del resto del cuerpo) de manera casi imprecisa, lenta, va dibujándose la costa occidental de la Isla San Cristóbal.

Un poco más allá y una gigantesca mano blanca emerge del mar. "Five Fingers", la roca de los cinco dedos, iza en el aire un abanico de alcatraces y gaviotas, que rítmicamente tejen sobre el mástil, una misteriosa y milenaria elipse de vuelo.

Al fondo Puerto Baquerizo Moreno se resbala hacia el mar.

Después de tres días de mar la sirena anuncia su llegada a las Islas, su fatigado clamor rompe la embrujada soledad de las rocas, los cactus y las olas.

El "Ancón Trader" larga el ancla a una distancia prudencial del muelle. En la bahía, los barquitos pesqueros de los colonos—Alcón, Pingüino, Alcatraz, Wiking, Corsario—como una fiesta de jarcias y de mástiles, se mecen sobre las olas espejeantes... azules y traslúcidas. En ellas los peces se beben la luz elástica del mar, manchas

multicolores de éstos, se deslizan, a la vista, con rara euritmia entre las capas cristalinas del agua.

Las olas intensamente azules revisten un ademán de musgo para llegarse hasta la playa y confundir su espuma con la arena intensamente blanca y reberverante de la orilla.

Sobre la mano extendida del muelle, los colonos con ansiedad visible esperan.

Allá más que en ninguna otra parte es todo un acontecimiento la mensual llegada del barco que hace el servicio de cabotaje entre las Islas y el Continente.

Sin exageración ni hipérbole de ninguna clase, el arribo del barco mensual, constituye una verdadera fiesta para los compatriotas del lejano Archipiélago. Se habla allá del "barco" y se sabe que al decir, eso, se está diciendo "La carta que esperamos, El amigo que vendrá, la novia lejana..." o el sentimiento de saber, simplemente, que no se está del todo y para siempre olvidados. Al margen del mundo y de la vida... sus amargas tragedias y sus livianas alegrías.

Pueblo de marineros y de pescadores, desde el momento inicial, Baquerizo Moreno, envuelve al visitante en un halo de cordial simpatía. Se salta al muelle y se ha dejado ya de ser extraño. Por todos lados rostros risueños, abierta franqueza y, ante todo y sobre todo, este extraño sentimiento de hermandad, la raza, de tierra que siente tanto el que llega como los que, a lo largo del muelle, lo dan la bienvenida, convirtiéndolos desde ese mismo instante en viejos amigos o en antiguos hermanos.

Galápagos en su dualidad de Paisaje y de Hombre, se mete así, pronto e irremediamente en la sangre, en la emoción y en los sueños.

LAS ISLAS

San Cristóbal.

San Cristóbal es la primera del Archipiélago. La de más antigua formación geológica... y la mayormente poblada.

Sobre su geografía de extrañas lunas negras. De olas y de vientos petrificados irremediamente, sobre los lirios amargos de la lava... suspendiéndose de los cactus y resbalándose sobre la arena blanca de sus calles. Puerto Baquerizo, hunde su raíz marina en la inicial de las algas y del yodo.

Limpias y tibias, bajo un tranquilo cielo de verano, como dados de color, las casitas de la población miran el mar, las barcas y el cielo.

Junto a ellas los papayos alzan su signo de dulce admiración hacia las nubes, en perenne ademán de robarle sus colores a la tarde.

En la orilla, las mujeres, paradisiacamente, juegan a la tristeza Elástico y cimbreante el mar se arrastra sobre el milenario y blanco polvo de las caracolas trizadas en la playa. Acaricia y lame la bronceada arquitectura, la carne-espiga... la dormida medusa de los sexos... la arena endurecida de los vientres. Sorda como el aguaje de las lunas llenas, una ascua de polen se desboca en la sangre... y golpea las sienas. Las colinas del agua alzan sus estrellas caóticas. El mar lentamente se aleja... retorna; el sol empieza a acezar en lo alto... sobre el agua una fiesta estremecida y trepitante de musios.

Mástiles y gaviotas desnudas. Naves rítmicas. Alcatraces que picotean el agua, niñas en busca de algas: sobre el cristal jubiloso del mar.

Acá junto al muelle, viejos lobos de mar al lado de sus redes. Pescadores que preparan el viaje. Que reparan sus naves... que pasan simplemente con los cuatro horizontes del agua anclados de sus ojos. Con el júbilo del mar en las manos y el sueño de las olas en la sangre. Luchando y construyendo la vida. Amándola con inmenso fervor. Teniendo fe en el Hombre y la Patria, a pesar de que ambos les han abandonado en su recodo de siglos y de olvido... de cautus. De algarrobos. De lava y de arena.

Paisaje un tanto amargo y desconcertante, este que constituyen-do la primera franja climática de la Isla, sirve de fondo y asiento, a la primera población del Archipiélago.

La vida flota y se escurre sobre esta ancha esponja de lava detenida, con un no sé que de enervante tristeza, a pesar del grande júbilo del mar girando con lentitud desesperada. Oxidando insensiblemente la sangre. Reintegrándose y confundiéndose con el lento transcurrir de las cosas y los siglos.

De aquí, por una carretera amarillenta, sitiada a lo largo de sus flancos por un terreno hostil. Por una vegetación desnuda y desolada.... Gris, como sus rocas, su arcilla y sus perennes habitantes, los cactus, a media hora de marcha y de polvo se encuentra la segunda población de San Cristóbal, "El Progreso".

Bien se puede afirmar que durante esta media hora, desde la franja-costa, hasta la franja-sierra, de la Isla, el viajero recorre toda la gama, toda la escala de la vida. Desde el ceniciento color de la sierra, hasta la raquílica vegetación de la playa, hasta el policromo y exuberante paisaje de la región alta. Desde el silencio seco y milenarismo de las iguanas, de la naturaleza casi muerta y herrumbrada de la parte rocosa, hasta la música húmeda y vegetal de las.... "chacras".... hasta el jubiloso ritmo de los hombres y los animales en su vida conjunta.

"El Progreso" es un pueblito de agricultores. Un cautivador ademán topográfico —las casas suben y bajan por las pendientes— y una atractiva fisonomía espiritual hacen, en él, como de signo.

Sus habitantes han fundido el viejo ancestro de sus lejanos páramos y cordilleras con la exigencia del cercano mar, y de la nueva Tierra, dando como producto una interesante sicología ambiental: Absorción de las nuevas exigencias vitales, de las nuevas formas, tiéndolas con un marcado resabio de la antigua vida.... del antiguo caudal soterrado de la sangre. Fusión-aleación-en resumen, de caracteres y costumbres serranos y costefios.

La tierra igualmente que el hombre, anteriormente que él, germinando, y realizándose pródiga en toda clase de productos y de vida. Dándose entera y jubilosa en el color, los sabores y el perfume.

Aquí las cúpulas verdes de los limoneros. La interminable columna de naranjos, con su semáforo de miel. Las pomarrosas pro-

yectando en el aire su madeja de perfume.... Los aguacates madurando su campana de esmeralda... Los cirueios en exacto equilibrio. Los guayabos. Los tamarindos. El maíz con sus espadas verdes entrecruzadas siempre, los plátanos y el cafetal con sus cápsulas de vino detenido.

Aquí, en resumen, la vida circular y total, creciendo desde la tierra roja.... desde la alfombra tibia con que la lava se cubre los hombros.

Luego de esta intensa esmeralda. De esta luna verde.... y de sus crecientes espigas —en explosión y eclosión vitales— el páramo isleño cubre la parte alta de San Critóbal, y deposita sobre su cúspide, la diafanidad azul de la Laguna "El Junco".... desde la que las nubes, se levantan para mirar el mar y tornar luego a su linfa de garzas.

Las nubes arropan el frío de los helechos y el musgo.... las encañadas se resbalan y chorrean con sonido líquido. Por todos los ámbitos y rincones de la yerba pálida, se filtra una soledad asfixiante y húmeda.... mientras sobre el retador sonambulismo de la naturaleza, el vigoroso relincho de los caballos cimarrones y el largo mugido de las reses, taladran el silencio de la neblina y la grama.

A lo lejos.... el rugido del mar, que golpeándose contra las rocas, llora como un perro sin garganta.... Como cien besos fríos, la marea deshace su espuma y cubre en el lejano cementerio de Puerto Baquerizo, las olvidadas tumbas.... A la distancia, "Five Fingers" sigue aventando gaviotas. "El León Dormido" sueña historias de algas y de naufragos.... Puerto Grande, recuerda sus noches de bucaneros y guitarras. "Cerro Brujo", deja lamer su tremenda arquitectura de sismos, por los prismas de la sal y sus peces estáticos. "Rosa Blanca" apacienta sus ruinas y en el olor femenino de sus mangles, galopan los caballitos del mar. Las focas descansan voluptuosamente sobre la tibia arena y el resinoso aire de la Lobería.

Más acá, el campanario de la primera población —Baquerizo Moreno— se mece como una vela más entre las barcas que no salen del puerto.

En resumen —y creo esta aclaración es necesaria— San Cristóbal, como el resto de Islas, en especial las que se pertenecen al sector sur del Archipiélago —están formadas por cuatro franjas climatológicas, completamente marcadas y diferenciadas entre sí.

La primera se extiende junto al mar y abraza la cortada cintura de las islas contra las cuales el océano se frota intermitentemente. La segunda abarca el espacio comprendido entre el final de la playa y los 200 a 250 metros. En ambas se registra casi igual temperatura, 20 a 22 grados, suavizados por las brisas azules del mar y la fría corriente de Humbolt.

Nada más seco y estéril. Nada más lunar.... que estas dos regiones, sobre todo cuando el verano deja sobre ellas su polen apagado y sus ángeles negros... Junto a la pasión elástica del mar, la estática muerte de los elementos, primero... y un poco más allá el ademán soterrado y tembloroso de la vida inicial, de la vida elemental que se anuncia con una vieja tristeza.... con un antiguo temblor de ceniza y de sismos.

De manera casi súbita, como el coro que se anuncia repentina y poderosamente en el pianísimo de las sinfonías, irrumpe al borde de esta última zona, la verde dimensión de la tercera franja de la Isla, que se prolonga hasta los 250 metros. Húmeda y alegre. Costeña y serrana, es el asiento de la región agrícola y la matriz de toda clase de productos, sin distingos de climas ni de tierras. La naturaleza ha derramado sobre ella su frasco de colores y su pentagrama cada hora, cada minuto aquí, diríase ser el amanecer de la primavera.

Paulatinamente.... como arrepiñándose del cambio, lenta pero inexorablemente la naturaleza asciende hacia la esfera de los páramos. Desde los 250 metros, empieza a cubrirse con el desgarrado tapiz de los helechos.... Una paja hosca cubre la interminable marea de las pampas.... La neblina fría.... y las garúas lloriqueantes se apoderan de la tierra y su júbilo.

SANTA CRUZ

Resulta muy generalizada, popular más bien, la idea de que en el Archipiélago se encuentran las Islas tan cercanas entre ellas, que

el paso de una a otra, no requeriría sino cortos minutos o pocas fracciones de hora. Nada más incorrecto y erróneo. En realidad de verdad, largas distancias de tiempo y de mar. Insondables abismos de superficie azul y sucesiva. De peces y de astros, hacen como de obligada pausa, como de murallón horizontal y líquido entre las distintas —y terriblemente bellas— islas.

Para no ir más lejos —y no citar sino las principales— vale dejar anotado que la de San Cristóbal, en importancia demográfica del Archipiélago la primera isla —a la segunda, Santa Cruz, la primera por su belleza natural, hay la bagatela de 8 a 9 horas de marcha en embarcaciones de regular velocidad. De ésta a la Floreana unas 6 y de ésta última, por fin, a la Isabela, casi un día de marcha. No hacemos mención sino de las pobladas.

Como acabamos de anotar, desde Cristóbal, proa al este, luego de un viaje que generalmente se lo realiza por la noche, se ve "gloriar la aurora" junto a los cactus y acantilados de Santa Cruz.... En ella, nos saluda por primera vez en las Encantadas el erguido y fresco ademán de las palmeras. Con ellas, a su vez, luminoso y onírico se actualiza de pronto el trópico de las islas.

Santa Cruz o Indefatigable, ocupa por su extensión, el segundo puesto, dentro del conglomerado isleño. Hay que recordar que la superficie total del Archipiélago arroja la considerable cantidad de 7.944 Kms. cuadrados. De éstos adjudicándose 4.275 a la Isabela o Albergale, 1.020, Santa Cruz; 750 Fernandina; 540 Santiago; Cristóbal 430; y por fin Floreana —sólo damos las principales en extensión— 137 Kmtrs.

Al decir de Rafael Borja, Santa Cruz es la Isla de los paisajes cinematográficos, y de maravillosos estanques de color de esmeralda en los que se ven deslizarse millones de plateados peces.

Para muchos, esta isla está considerada como la más bella de todo el Archipiélago, por su belleza natural, por su paradisiaca tranquilidad, por su paz milenaria y primitiva.... por el signo fraternal con que conviven en ella sus habitantes: sus hombres y sus animales. Y esto es verdad, amplia y cordial verdad. Más también es cierto que resulta difícil y un tanto aventurado declararse por la superioridad

dad estética de una isla sobre otra. De una porción de sueño y de lava, por otra idéntica parcela. Cada isla, cada roca tiene su apasionante belleza. Su irremediable embrujo. Su canto de sirenas... Su "élan" estético intransferible. Distinto, abrasador, bullente. Cada isla tiene su biografía de sismos, y —tal vez no es exagerado decirlo— de ternura.

La población principal de Santa Cruz es Puerto Ayora, pequeñísima y pintoresca población anclada en Academ Bay. Entre el "Lago de las Ninfas" y la "Bahía de los Pelicanos" o "Pelikán Bay".

El famoso "Lago de las Ninfas" es una larga entrada de agua que, siguiendo el murallón vertical de una ancha y profunda quiebra, que divide a la Isla con un tajante corte dorsal, se interna en la costa y el pequeño y voluptuoso bosque de manglares, que regala al Puerto un chal de mariposas verdes y de tallos esbeltamente entrecruzados... Si hemos de acudir a comparaciones, bien podemos anotar la semejanza del Lago, con una gigantesca raqueta de agua, —o una extraña cuchara— que el mar echa Isla adentro. De ésta, la primera parte está formada por un canal de considerable extensión. —En él atracan los barquitos de los colonos— y custodiada durante largo trecho, por la imperturbable pared de los acantilados y su penacho de cactus, se adelgaza de pronto, oprimida por la muralla verde de las plantas acuáticas, que forman con la estera entretregida de sus hojas, un angosto y romántico túnel por el que luego de escurrirse pausadamente, el mar desemboca de manera súbita en un espacioso y bello tanque circular, rodeado completamente de mangles que enmarcan, de manera total, el Lago, no permitiendo otra visión que la del agua mansa, como una taza de leche azul y la del cielo despejado y tranquilo, hacia el cual asciende como dorado vaho, la clorofila gaseosa de las hojas amarillas que festonan las orillas del agua.

Ah, los lagos... Qué bien suena aquí la estremecida espiral del poeta: Ah, los lagos... los que tienen alma de leyenda... Los que por un milagro sencillo de la luz, guardan en sus hondas el hermoso pasado lleno de nostalgia... Ah, el Lago de las Ninfas, con sólo nombrarlo se desenmadejan en el alma los recuerdos... Lago de pescadores y de muchachas sencillas, de "pangas" silenciosas y de tranquilas criaturas de sal... Lago de lunas grandes y de estre-

llas vibrantes, como, cuando, desde lejos, llegaba hasta tus ondas, a través del follaje la nostálgica música de las guitarras pescadoras... todo el aire se iba llenando con el perfume de tus mujeres tropicales y la resina de los mangles.

Pelikán Bay, al otro costado de la población, es una hermosa bahía, de agua transparente, tranquila e intensamente verde-azul, en la que haciendo juego con los mástiles, se mecen, entre los canales formados por la infinidad de islas, como cansados veleros, los pelícanos.

Aquí, como en el Lago de las Ninfas, todo se actualiza tal un sueño. Desde la danzante fragancia del mar, hasta el sexual aroma de los mangles. Desde el verde bosque de corales, que agita sus brazos bajo el mar, hasta la tumultuosa vegetación de cactus y palmeras. Desde las velas recogidas de las barcas, hasta el girante pétalo de aspas de los molinetes... Desde el cielo que en las noches tibias apacienta luceros como peces —de olas altas—, hasta el mar que retiene en sus ondas, peces que mienten largos hilos de plata... y semejan estrellas de un cielo que canta irremediablemente.

Puerto Ayora —la principal— única población de la isla, como Puerto Baquerizo, como Puerto Villamil, es un asiento de pescadores... geografía de redes. Vaivén de Jarcias y de quillas. Cuento de marineros, con la diferencia de que sus habitantes —cosa que pasa en toda Santa Cruz— son en su mayor parte extranjeros, noruegos en especial.

Como en el resto de las Islas, también en Santa Cruz, la lava se esponja por todas partes. Se pule, brilla con resplandor metálico y en sus abras, como petrificada sangre, han quedado dormidos para siempre los colores del iris. Las fajas climáticas son las mismas... Pero con un poco más de vida aquí... con un mayor porcentaje de color... en más armonía con el trópico y el júbilo del mar. Se inician con el yodado aire de la playa reseca. Con las raíces soterradas de los mangles, las rocas calcinadas y sus sencillos habitantes, para prolongarse luego en los cautos y su arcilla de rojo elemental, en los manzanillos, en los naranjos después, en el aire húmedo, por fin, donde se funden los círculos salitrosos de la brisa del mar, el ululante vaho de la vida zoológica y la espiritual fragancia de la vegetación híbrida... desbocada, violenta.

Más allá, como siempre el páramo... triste, lagrimeante, tenaz.

No existe propiamente una población serrana en esta Isla. Los colonos que viven en la parte alta, lo hacen aisladamente. Sin llegar a constituirse en un núcleo central, con excepción de las 4 o 5 familias que viven casi junto a la escuela, sobre la antigua pista de aterrizaje Yanquí.

Cada casa es un colmenero de color. Una isla de perfume con puerta fragante y ademán cordial. Alejadas entre sí, como pequeños paraísos dentro de la isla, enorme tiesto de color que las defiende del mar. Pero así y todo es asombrosa la unión que entre ellos reina. En especial entre los nacionales. Como un solo hombre han abierto trochas en todas direcciones, han sembrado flores a la vera de todos los caminos, constituyen en las casas de los nuevos colonos, laboran, sufren y gozan de sus pequeñas alegrías.

De toda la Isla, únicamente se ha llegado a poblar la parte occidental.

La otra dormita todavía, plegada bajo sus alas verdes. Comprensiva y redonda se embriaga de sí mismo y... espera.

En este segundo sector —la futura tierra de promisión de la isla— quedan lugares de imponderable belleza; Tortuga Bay, denominada así por la abundancia de tortugas de carey, y en donde se proyecta construir un sanatorio internacional, que es una enorme playa, suave, aterciopelada y de belleza inigualable. En su arena impoluta —recuerdo las palabras sencillas de un amigo pescador: "Cuando ando por aquí me imagino sobre las nubes"— las crestas de las olas que a lo lejos semejan caballos desbocados, caminan suavemente y dejan en la falda de la isla toda una navidad de algas, estrellamar y caracolas.

En Tortuga Bay, se topa a cada paso con grandes manadas de chivos salvajes, a quienes, cuando se desparraman como llamarada rubia sobre las pampas, para cogerlos basta con sólo correr un poco. Con manchas elásticas de tintorerías. Con gigantescas garzas de color azul. Con grutas marinas repletas de langostas rojas... Con fosas innumerables en las que decenas de tortugas amarillas nadan tranquilamente... Y por todas partes y a toda hora, como con pie-

drecillas de color, con una infinidad de pedazos de vuelo, amarillo, azul, rojo, viniendo simplemente a posarse en los hombros o a mirarnos inquisidores desde la rama más cercana.

Tortuga Bay es un hermoso sueño plasmado en realidad. Rincón onírico. Estrella contráctil. Cielo y arena. Agua y luz transparentes. Paisaje tibio. Espuma musical... Aurora verde sobre la rosa playera de la Isla.

Por fin no queremos dejar sin mencionar "las fosas" en el lindero Norte de la Isla, en el canal que separa a la Santa Cruz de la Paltra —Isla esta última que sirvió de base a los yanquis en la pasada contienda, y a la que algunos autores denominan impropriamente Seymour— El canal y las fosas se han hecho célebres entre los pescadores y gente de mar por la cantidad de madreperlas que existe en su fondo. Por su laberinto de estanques verdes, cubiertas y rodeadas de vegetación y en los cuales nada difícil resulta perderse. Las fosas nada tienen que pedir en belleza a cualquiera de los más afamados lugares de las Galápagos y si poco —o casi nada— se oye hablar de ellas —es porque igualmente pocos conocen este íntimo refugio de los pescadores, sus hélices de yodo y sus guitarras chorreantes de nostalgia.

Vale anotar que la Santa Cruz es la Isla de mayor promesa para el futuro. No está lejano el día en que se constituya como la primera del Archipiélago. Sus recursos agrícolas son de lo más promisorios. Su colonización ha estado retardada por la carencia de agua dulce— (los colonos consumen la de lluvia).

FLOREANA

Floreana es una Isla distinta. No podría explicar qué agresiva tristeza. Qué hosco viento de misterio flota sobre su arena gris-verdosa. Sobre su marchito aire... Su pesada soledad... y su asustada belleza.

Por asociación inconsciente surge a cada paso —durante el peregrinaje por la Isla como vaho inexorable... como turbia resina, el recuerdo de hechos de sangre de leyendas grises. De dramas apasionados, a los que la Isla sirvió, como de soberbio y extraño escenario.

Aquí, en un acantilado espejeante, junto a una pequeña playa de arena negra: "Cowan Bay" el antiguo refugio de los bucaneros. En sus murallones de basalto, una infinidad de cuevas que en forma de bóvedas se internan en la roca y junto a cada una de ellas un nombre conocido. Cada pirata ha dibujado aquí, en bajo relieve, con caracteres enormes —diríamos de inmortalidad— su nombre, el de su barco y el de su fecha de arribo. Siguiendo la tradición, hoy hacen lo mismo los barcos que siguen anclando en la legendaria bahía: pesqueros, yates de paseo, barcos de guerra etc., etc.

Aquí en esta playa negra, como ancla náufraga, el recuerdo. En la cóncava axila de las rocas, como copa de ron derramada hacia el mar de la vida: el recuerdo. Como bandera de señales flameando, con hélices ebrias golpeando la igual gama de los años... el recuerdo. Aquí las historias de tesoros enterrados. Las noches blancas de los piratas trashumantes. Sus canciones haciéndose trizas contra el mar. División de botines, Riñas, Largos hilos de sangre en las orillas del agua... música que sabe a añoranzas y a gin, a puertos lejanos, a mujeres lejanas, y a galeones hundidos en los cuatro horizontes del mar.

Bastante a un lado. Casi en la región oriental de Floreana se encuentra un extenso conglomerado de Islotes, de figuras caprichosas y curiosa estructura: gigantescas catedrales salvajes, animales extraños, figuras míticas, llenas de focas en la superficie y plagadas de tiburones en sus antros. En lo que a la estructura de estos mechones basálticos se refiere, cedemos la palabra al Teniente Coronel Rivadeneira: "La lava, cuando se efectuó la efusión volcánica, se internó en el mar y al enfriarse dió lugar a una estructura pegmática con grandes cristales de olivino.

A una media hora de Cowan Bay, queda otra tranquila bahía, de regular dimensión y de curiosa importancia: "Post Officce Bay", asiento de uno de los más extraños servicios postales del mundo. Un barril en el tope de un poste, en el que cualquier persona deposita su carta sin sello de ninguna clase y los barcos que pasan por ahí sin necesidad de subvención alguna, se encargan de llevarla a su punto de destino, o al primer puerto desde donde el correo ordinario se encarga del resto.

ISABELA

Es la de mayor extensión entre todas las del Archipiélago. Su largo contorno basáltico, surge en la primera línea del horizonte, resplandeciente y bruído, como si las olas al chocar contra él, lo hubiesen enfriado recién. Una larga cadena de volcanes apagados, de elevación pequeña pero de gigantescos cráteres rojos, enmarca el paisaje lunar de la Isla. Hace millones de años —alfareros de lava— ellos formaron la Isla mediante la soldadura de las corrientes ígneas de sus conos, que a fuerza de desbordamientos terminaron por unir sus propias bases, construyendo el rostro y la geografía de esta pequeña Patria Negra. Concluida su obra, ahora la cuidan. Pupilas rojas. Pozos rojos... senos de leche roja, sobre el murallón de las rocas.

La primera impresión que produce la Isla, es la de una Isla muerta, con una muerte sin niños y sin danzas. Estéril y amarga.

Tiene la extraña figura de un caballo de mar dormido sobre el agua, extendido de Sur a Norte. De costado sobre la súbita primavera del mar.

Debido a la relativa facilidad que para el desembarco ofrece el lado oriental de la Isla, los colonos se han concentrado exclusivamente en este sector, y viven de preferencia en la parte alta y montañosa.

La población principal es Puerto Villamil. Anclado en una bahía agreste. Un tanto peligrosa por sus mal disimulados arrecifes que comban a cada instante el vientre voluptuoso del mar.

Parcela de pescadores. Palmera grácil, Villamil se duerme como una caracola verde, como una red azul, mientras el océano jadeante se abraza de sus muslos.

Relativamente lejos del Puerto se encuentran, los que hasta hace poco fueron los campamentos de los penados que cumplían su condena en la Isla. Santo Tomás, primero y la Alemania después. Y antes que ambos, como señal delatadora, como el yo acuso de la tierra a la inhumanidad de los hombres, a la más dolorosa podredumbre del instinto: el Muro de las Lágrimas. Allí un distinguido Jefe

ejercitaba su puntería en las víctimas, que amasando con su sangre la lava, construían por castigo y para nada el Muro. Allí el mismo jefe, asesinando al penado que le salvara la vida. Allí... en fin sería largo... Y sería doloroso. En resumen es la Historia de los Chacales que mordían al hombre. Con esa historia se podría también hacer llorar al mundo. Eso es todo.

Al Norte de la Alemania el más septentrional de los campamentos, empieza el dominio absoluto del ganado salvaje y de los perros bravíos. La Isla se va tornando hermética... Agresiva. Continúan los volcanes. Los cactus, la lava. Como estaciones verdes los pastos. La vegetación súbita. Farallones asombrados. Abras misteriosas. Hacia el norte como pedazos de lava móvil, los galápagos buscan el tránsito del sol o la señal de los astros en la arena. Isabela es la Isla que cuenta con mayor número de ellos. Tal vez con el mayor número de animales autóctonos del Archipiélago.

Especialmente en la parte alta y gramosa, los galápagos pacen en manada, como el ganado. Darwin encontró trece especies distintas en las Islas. Ahora no pasan de seis. Los colonos y los turistas los han casi exterminado.

Con sus 4.275 Kmtrs. Isabela demanda de los barquitos pesqueros de los colonos, que son los que por lo general la rodean en sus viajes, de tres a más días de marcha...

Poco a poco van quedando detrás de las hélices, los contornos esfumados de la Isla. Las velas se hinchan asombradas ante el embrujo con que la Isla se arroja hacia el mar. Volcán Grande. Punta Albermale. Tacos e Iguana Scop, Villamil, flamean en el recuerdo como lentas banderolas de sueño.

Finales.

Con una luna roja y titilante, clavada en el tope del mástil, las barquitas pesqueras de los colonos ponen proa mar afuera. Alta noche en el Puerto. Como gaviota húmeda la tristeza se ovilla en el aire. Las sombras van pintado de alquitrán el paisaje de la playa... el viento nocturno hace crujir las amarras, mientras el mar golpea desesperadamente el muelle.

De pie. Solo. Junto al timón, el marinero de guardia y el líquido misterio del horizonte... Agua y cielo negros. El resuello del mar y la música borbotante de las máquinas en torno. Nada más... A lo lejos van quedando las luces ebrias del Puerto. El faro que lanza a la noche banderolas de luciérnagas... la borracha música de algún salón nocturno, como hélice olvidada en la lejana arena de la playa.

A todo trapo, como bandera redonda, la vela es una burbuja blanca en la noche.

La vida económica de las Galápagos descansa de manera casi exclusiva en el renglón pesquero. Para ser más explícito en la pesca del bacalao. El mismo que en el mar isleño se da en dos variedades: el norteño y el fiato.

Cada año durante un periodo de seis meses —que empieza en Setiembre y termina las primeras semanas de Marzo— los pescadores se dedican a cruzar en todas direcciones o seguir todos los vientos del Archipiélago.

Con métodos primitivos, en los cuales la valentía, y el arrojo suplen la falta del instrumental necesario, los pescadores se hacen a la mar para 15, 20, 25 días de permanencia y de trabajo en él. Sin más ayuda que el compás de su experiencia, cubren travesías imposibles. Navegan a sol y sombra. Bajo el sol que taladra la piel con agujas de yodo y de sal, o bajo la implacable mordedura de la tempestad que rechina con sonido metálico sobre el puente.

Cada viaje de pesca es una verdadera odisea. Vivida y escrita con sangre, con sudor y con coraje... Odisea en la que cada minuto... en el que cada instante puede ser el final.

Hacemos nuestras para estas líneas las palabras del Cholo Bazán en "el País de la Gaviota" de César Andrade y C. —"Esta mano— Señor ha echado sangre, mucha sangre con la piola... Una noche... se nos cayó en el viento el alo de la vela. La mata "elo" tibrone "se no" daban la buelta. No le digo nada. Ahí yo empecé a pedirle a Diosito por mi hijitos". Empezó a aclarar y al fin pudimos virar un poco y llegamos con vida de agua a la ensenada. Esos

desgraciados que se vienen con tanta braveza a tirarnos la plata a la cara, ni se imaginan cómo se trae ese pescado, del mar para que ellos lo revendan a los ricos de Guayaquil”.

Las jornadas de pesca, comienzan a las cinco de la mañana o antes si es posible. Se inician con los primeros chapuzones en el mar, buscando la carnada y desenredando la red, que como media luna bajo el agua aprisiona la elástica hilera de peces. Sigue con la búsqueda de la mancha. Parando aquí. Poniendo proa al Sur, al Norte, al Este... Dando marcha hacia los cuatro puntos cardinales de las olas. En todas partes lanzando los cordeles al agua. Sintiendo. Esperando... Agotándose. Luchando con los tiburones. Con las mantas. Con la barca que danza sobre las olas como potro salvaje. Como deidad en celo.

En veces el día está sobrado y los tanques se llenan rápidamente. Otros, en cambio, el vacío además de los cajones, hace dúo a la estoica conformidad de los pescadores.

La jornada termina a las once de la mañana. Se hinchan nuevamente las velas y se busca la rada-refugio, desde donde apacentar estrellas en la noche. Allí la plática cordial. “La conversa”... “Se levantó un viento bravo, óigase y se me partió la balandra” y tuvimos que pasar la noche capeando las olas. En alta mar. Con los tumbos que barrían la cubierta del bote, mientras la lluvia y el viento, gritaban siniestramente en la jarcia”... Noches de pescadores. Volutas de humo. Hélices de alcohol. Circulos de recuerdo. Patria lejana. Puerto lejano. Lejanas irremediamente las cosas que desde siempre gritan al corazón. Llanto de las guitarras marineras. Canción que se desgrana sobre la soledad. El resuello del mar... El extraño grito de las aves en la orilla... Y el enfermo titilar de las estrellas en el cielo.

En estos viajes de pesca, van desfilando lentamente ante el mástil y la bandera redonda de las velas, las restantes Islas del Archipiélago. Si se toma en cuenta que el barco de servicio entre las Islas y el Continente, topa sólo en las pobladas: San Cristóbal, Santa Cruz, Floreana e Isabela, es fácil comprender que es ésta —la temporada pesquera— la única oportunidad de conocer detenida y casi totalmente el Archipiélago.

Allí Hood, la Isla de los albatros, con sus rocas negras y su vegetación oxidada. Los chivos y las palomas en desacostumbrada mansedumbre, miran asombradas al intruso que merodea en las Islas o las barcas que a lo lejos se miran coquetamente en el agua.

Más adelante, Barrington: Pañuelo Blanco. Vela o ala, sobre la superficie azul del mar.

Las gaviotas, los piqueros, las garzas, etc., han blanqueado completamente la Isla, con sus desperdicios. Estos, al petrificarse han cubierto la Isla con un manto, que bajo el sol del Sur, brilla y resplandece como loza. Desde ella, los cactus, como centinelas asombrados, cuidan la Bahía y el juego de los lobos de mar.

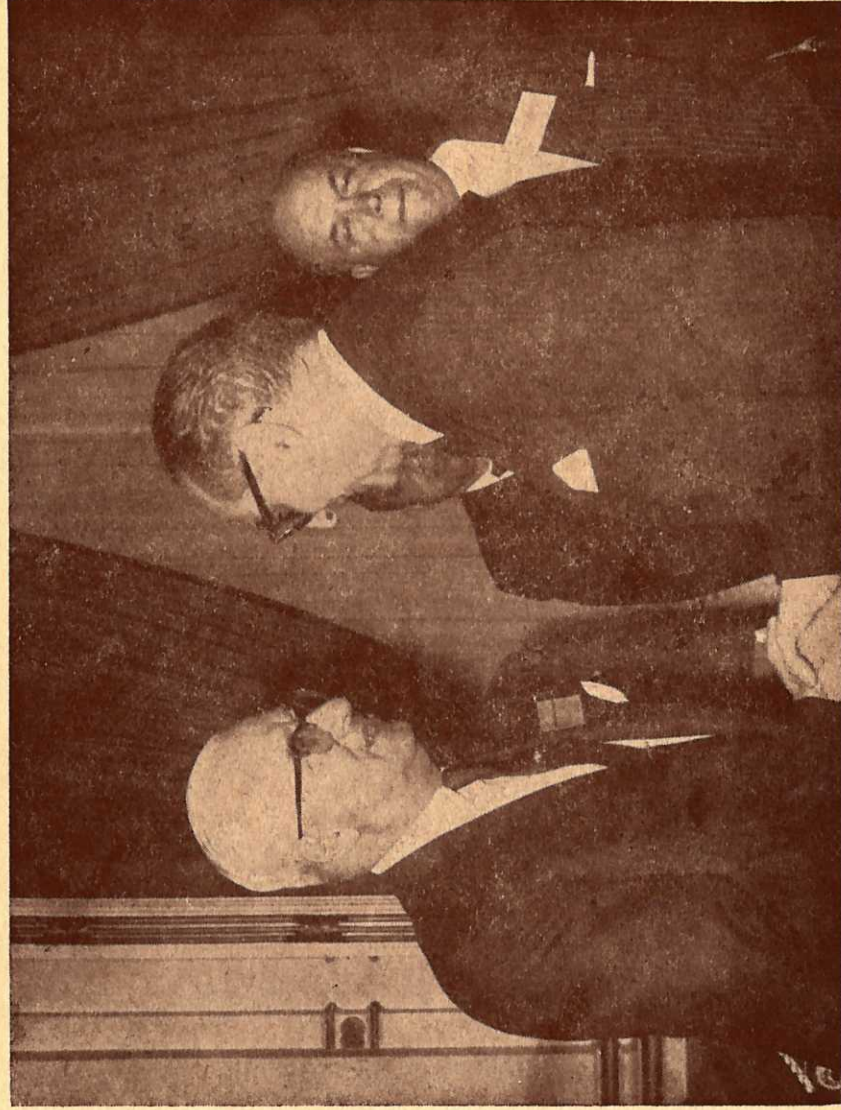
La Duncan, la Gervis, áridas y raquíticas. Pasan envueltas en el milenari vaho de la muerte. De la naturaleza elemental... hacen estación junto a las barcas... y quedan. Al otro lado, en el sector Norte de la Santa Cruz, Baltra y Seymour, dos islotes negros. Silencio sepulcral. Graznidos espeluznantes. Ruinas. Historia Amarga... “Sí, aquí estuvo la muerte”. Aquí siguen latiendo sus alas. Aquí el “doior”, violó el vientre de la vida.

De pronto, Santiago, la Isla verde, la más hermosa del Archipiélago quizá, iza en el tope de su cráter el círculo blanco de un lago de sal. Paisajes exóticos, se cuelgan de las faldas de la Isla y bañan su raíz en el mar... Los chivos, los asnos, los flamencos, viven tranquilamente en su tierra.

Isla redonda y tibia. Isla de sol. De clorofila vibrante, Santiago es una cordial invitación a la vida.

Bindloe y Abingdon, hacia el Norte, obscuras. Semimuertas. Seminacientes, cuidan celosamente sus últimos Galápagos y las últimas especies del Archipiélago.

Pon fin Fernandina, la Isla de los pingüinos y del lago de azufre. De serpientes mansas y de iguanas gigantescas. Con su gran llanura de lava negra. Lanzada en bombas, petrificada, herida por abras enormes. Desolada. Amargada. Humeante. Dos días más allá de la Isla. Dos días antes, y uno se encontraría ante la soledad de Dios y ante le caos de la Creación.



El Rector de la Universidad de Cuenca, doctor Carlos Cueva Tamariz, saluda con el Presidente de la República Argentina, doctor Riziari Frondizi, en la visita que los delegados a la III Asamblea General de la Unión de Universidades de Latinoamérica hicieron al primer mandatario de la Nación, en Buenos Aires, sede de la reunión internacional.

CRONICA UNIVERSITARIA

1959

JULIO

Días 6 - 11

V CONGRESO LATINOAMERICANO DE SOCIOLOGIA

Bajo el patrocinio de la Universidad de la República Oriental del Uruguay y de la Asociación Latinoamericana de Sociología, en la ciudad de Montevideo, tuvo cumplido desarrollo el V Congreso Latinoamericano de Sociología, al cual concurrió en representación de la Universidad de Cuenca y de su Facultad de Jurisprudencia, el profesor de la asignatura y Decano de la Facultad de Derecho, doctor César Astudillo.

Las conclusiones a las cuales el Congreso arribó fueron de trascendental importancia.

Días 23 - 30.

IX CONGRESO INTERNACIONAL DE RADIOLOGIA

En Munich, con asistencia de Radiólogos de un crecido número de países de Europa y América, se realizó el IX Congreso Internacional de Radiología, importante evento científico al cual, llevando la representación de la Facultad de Ciencias Médicas, concurrió el profesor de Clínica

Radiológica, doctor Julio Enrique Toral Vega. El Congreso se caracterizó por el asiduo trabajo técnico de sus componentes.

Día 30

CONFERENCIA DEL DOCTOR ROLAND TAYLOR ELY

Ante un selecto auditorio que se congregó en el Aula Magna del Plantel, el doctor Roland Taylor Ely, sobresaliente catedrático de Economía de las Universidades de Princeton y Rutgers y Profesor de Historia de la América Latina en el Colegio de Lawrenceville, sustentó una sugestiva charla que con el título de "El Nuevo Trato" (New Deal) puso de relieve la benéfica acción social desarrollada por el Presidente Franklin Delano Roosevelt en los Estados Unidos de América. La charla concluyó con un interesante diálogo que se estableció entre algunas personas del público asistente y el conferenciante doctor Ely.

AGOSTO

Día 28

NUEVO TESORERO DEL PLANTEL

Aceptada que fue por el H. Consejo Universitario la renuncia irrevocable que de las funciones de Tesorero de la Universidad y por motivo de enfermedad presentó el señor Virgilio Merchán Cobos, la Corporación designó para reemplazarlo al doctor Francisco Alvarado Cobos, distinguido miembro del Foro azuayo que asumió de inmediato el ejercicio de las labores de su cargo.

El Consejo otorgó un voto de aplauso al señor Merchán Cobos porque en los varios años de servicio al Plantel distinguió su actuación por una acrisolada honradez, una gran capacidad de trabajo y una entusiasta colaboración con las autoridades del Instituto.



Los delegados de la Universidad de Cuerica a la III Asamblea General de la Unión de Universidades de Latinoamérica, reunida en Buenos Aires, en una sesión de trabajo. El Rector, doctor Carlos Cueva Tamayiz, a la derecha y el Vicerrector, doctor Luis Monsalve Pozo, a la izquierda.

SEPTIEMBRE

Días 20 - 27

**TERCERA ASAMBLEA GENERAL DE LA UNION
DE UNIVERSITARIOS DE AMERICA LATINA**

Con el auspicio de la Universidad de Buenos Aires que fue señalada como sede de esta reunión internacional, tuvo feliz realización la Tercera Asamblea General de la Unión de Universidades de América Latina, a la que pertenece la Universidad de Cuenca. Presidió el evento el doctor Rizieri Frondizi, Rector de la Universidad de Buenos Aires y la de Cuenca estuvo brillantemente representada por los señores Rector y Vicerrector del Instituto, doctores Carlos Cueva Tamariz y Luis Monsalve Pozo, designados para el efecto por el H. Consejo Universitario.

Las conclusiones a las que la Asamblea arribó después de intensos días de trabajo tienen trascendental importancia para las relaciones interuniversitarias en la América Latina, para la tecnificación de la docencia y el mejoramiento integral de la educación superior. Oportunamente la redacción de "ANALES" las dará a conocer en estas páginas. Se priva de hacerlo ahora por cuanto no han sido aún oficialmente enviadas.

Día 22

**EL CONSEJO UNIVERSITARIO EXPRESO SU
ADHESION AL HOMENAJE NACIONAL TRIBUTADO
AL DOCTOR ALFREDO BAQUERIZO MORENO**

La ciudad de Guayaquil en especial, como cuna del ilustre estadista, y la Nación toda, celebraron con alborozo el centenario del nacimiento del doctor Alfredo Baquerizo Moreno. La Universidad de Cuenca estimó de justicia sumarse a los actos conmemorativos y expidió un acuerdo cuyo autógrafo fue entregado en uno de los actos solemnes que se llevaron a cabo en el desarrollo del programa

que se había trazado para recordar tan grata fecha. El acuerdo estaba concebido en estos términos:

**EL CONSEJO UNIVERSITARIO DE LA UNIVERSIDAD
DE CUENCA,**

En representación de la Alta Entidad que gobierna, y tomando en cuenta que la Ciudad de Guayaquil, justamente alborozada, celebra el Primer Centenario del Nacimiento del ilustre ciudadano señor doctor

ALFREDO BAQUERIZO MORENO,

egregio patriota de las letras y pulquérrimo paladín de nuestra vida republicana,

A c u e r d a :

Manifestar la más grata complacencia por el homenaje que la Ciudad Hermana tributa a la memoria del Esclarecido Magistrado;

Hacer público un voto de agradecimiento, por la gentil muestra de deferencia intelectual que el doctor Baquerizo Moreno tuvo, constantemente, para con Cuenca y sus distinguidos hombres públicos;

Ofrecer a la juventud el modelo de esta existencia, como ejemplo de elevada entrega a los oficios de la vida pública y a la tarea de edificar la Patria;

Dejar constancia material de estos sentimientos en el presente documento que, autógrafo, será entregado en Guayaquil en la fecha centenaria, como prueba de que la Universidad y el nombre del austero repúblico están por siempre vinculados.

Cuenca, a 22 de setiembre de 1959.

EL DECANO DE LA FACULTAD DE JURISPRUDENCIA EN EJERCICIO
DE LAS FUNCIONES DE RECTOR,
CESAR ASTUDILLO.

LOS DECANOS DE LAS FACULTADES UNIVERSITARIAS:

Leoncio Cordero Jaramillo.— Ulises Sotomayor Villegas.— Gabriel Cevallos García.— Alejandro Onitchenko.— Ricardo Muñoz Dávila.—

EL REPRESENTANTE DEL MINISTERIO DE EDUCACION PUBLICA,
RODRIGO CORDERO CRESPO.

EL REPRESENTANTE DEL PROFESORADO,
ENRIQUE HINOJOSA COBOS.

LOS DELEGADOS ESTUDIANTILES:

Rodolfo Vintimilla Flores.— Juan F. Estrella Cisneros.— Ernesto Carvallo Valdivieso.— Gorky Abad Granda.— Raúl Galarza Gómez.— Raúl Cordero Rodas.—

EL SECRETARIO GENERAL DE LA UNIVERSIDAD,
VICTOR LLORE MOSQUERA.

OCTUBRE

Día 4

**LA UNIVERSIDAD Y LAS TERCERAS JORNADAS
MEDICAS DE LA ASOCIACION MEDICA
PANAMERICANA**

En la ciudad de Guayaquil, con marcado esplendor y magníficos resultados científicos se llevaron a cabo las Terceras Jornadas Médicas a cargo del Capítulo de Guayaquil de la Asociación Médica Panamericana, que estuvieron dedicadas a la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de Quito.

La Facultad Médica de la Universidad de Cuenca estuvo representada por el Decano doctor Leoncio Cordero Jaramillo, que fue distinguido con el nombramiento de

Presidente de Honor, y los profesores doctores Vicente y Nicanor Corral Moscoso.

El doctor Cordero Jaramillo presentó a la consideración de los médicos asistentes a la reunión científica un importante trabajo intitulado "Anatomía Patológica del Eritematoso Generalizado", que fue muy aplaudido.

Posiblemente las próximas Jornadas estén dedicadas a la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de Cuenca.

NOVIEMBRE

Día 2

SOLEMNE INAUGURACION DE LOS NUEVOS EDIFICIOS LEVANTADOS EN LA CIUDAD UNIVERSITARIA

Un nuevo paso de efectivo progreso para el Instituto constituyó la inauguración de los edificios recientemente construídos en la Ciudad Universitaria y destinados a dar albergue a las Facultades de Ciencias Matemáticas, Ciencias Químicas y Odontología.

Hace pocos años, cuando las autoridades del Plantel decidieron cambiar la vieja casona —de monumental frontispicio pero reducida capacidad— por locales funcionales de mayor amplitud y en los que las labores docentes se desarrollen a tono con el elevado espíritu de la enseñanza superior, la magnitud de la idea, dados los limitados recursos económicos que ha sido la característica de la Universidad Ecuatoriana en general y de la de Cuenca en particular, hizo pensar en que pasaría mucho tiempo hasta cuando el proyecto se transforme en halagadora realidad.

Con perseverancia, con decisión férrea, en forma sacrificada, los dirigentes del Plantel y de manera especial su

Rector, doctor Carlos Cueva Tamariz, han culminado la obra en un gran porcentaje y han dado al Instituto el hogar que necesitaba.

Como se ha informado en las páginas que en esta Revista recogen la crónica de la vida institucional, la construcción de la Ciudad Universitaria, actualmente en pleno desarrollo, comenzó cuando en el año 1947 se obtuvo la expropiación de los terrenos necesarios, por el precio de doscientos veinte y un mil seiscientos sucres.

Luego el Consejo Universitario encargó la planificación del conjunto de edificios al Arquitecto Guillermo Cubillo Renella y en ceremonia solemne, el año 1953 el doctor Cueva Tamariz colocó la primera piedra de la Ciudad Universitaria.

El veinte y cuatro de septiembre del año últimamente citado se había ya suscrito el contrato para la construcción del primer bloque de los varios que componen la Ciudad Universitaria, el destinado a la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales, pabellón que en ceremonia especial fue inaugurado en mayo de 1956 y en el que funciona actualmente, de manera provisional también, la Facultad de Filosofía y Letras y su Colegio anexo "Fray Vicente Solano". La obra tuvo un costo aproximado de novecientos mil sucres.

De inmediato se emprendió la construcción de uno de los más extensos e indispensables edificios, el destinado a las Facultades de Ciencias Matemáticas y Físicas, Ciencias Químicas y Odontología.

El 29 de junio de 1957 se firmó el contrato respectivo con un grupo de Ingenieros formados en la propia Universidad, los señores Medardo Torres Ochoa, Jaime Rivadeneira Larco, Carlos Heredia Carrión, Gustavo Castro Pozo, Jorge Loaiza Jaramillo, Rafael y Jorge Vélez Jaramillo y Jorge Burbano Moscoso. La obra ha tenido un normal y rápido cumplimiento y en la actualidad todas las Faculta-

des y Escuelas del Plantel, hecha excepción de la de Ciencias Médicas y el Conservatorio de Música, están ubicadas en la Ciudad Universitaria, formando un armonioso conjunto. Mientras se levante el pabellón de administración, las dependencias que la integran, en forma precaria, están ocupando un departamento en el pabellón de Ciencias Químicas. Las autoridades del Plantel están realizando las gestiones iniciales para comenzar la construcción de ese pabellón, así como del de la Facultad Médica, para seguir luego con el de los Institutos anexos —Academia de Bellas Artes y Conservatorio de Música— el de la Facultad de Filosofía, las residencias estudiantiles y los campos deportivos.

Como uno de más sobresalientes números de la programación destinada a conmemorar el CXXXIX aniversario de la Independencia de las Provincias Azuayas se realizó la inauguración solemne de los nuevos edificios. La ceremonia sencilla pero emotiva se llevó a cabo en la amplia terraza del bloque de la Facultad de Ciencias Químicas. Estuvo presidida por el señor Rector, doctor Carlos Cueva Tamariz y todos los Decanos de las Facultades del Plantel. Asistieron también las autoridades civiles y militares de la Ciudad, los profesores y alumnos de la Universidad y un numerosísimo y selecto concurso de ciudadanos.

La orquesta del Conservatorio de Música entonó el Himno de la Patria y luego el señor Rector entregó los edificios a las Facultades de Ciencias Matemáticas, Ciencias Químicas y Odontología con estas breves palabras:

* "La culminación de un tenaz empeño, la realización de un propósito en que se ha puesto toda la voluntad y todo el esfuerzo de que se es capaz, proporcionan una honda y plena satisfacción espiritual, que es como el precio estimable de todos los sinsabores y de todas las dificultades vencidas.

Los que dirigimos la Universidad de Cuenca experimentamos, —debemos confesarlo sin disimulo,— esa grata satisfacción espiritual al ver materializado en parte nuestro firme propósito de dotar a es-

ta ya casi centenaria Casa de Estudio de nuevos edificios adecuados a sus actuales necesidades, cómodos, amplios, claros, limpios, provistos de las necesarias comodidades y servicios, dignos de la elevada y trascendente función de la Universidad de formar a los hombres dirigentes del progreso colectivo.

Estos pabellones de sencilla y moderna arquitectura, firmemente asentados en esta planicie del antiguo ejido de la ciudad colonial, a las márgenes del río maternal albergan ya a maestros y alumnos universitarios desde el año escolar que comienza. Las aulas y los laboratorios, las bibliotecas y los gabinetes de trabajo se pueblan ya de voces y de esfuerzos, de anhelos y de esperanzas de superación y de triunfo, de lecciones de ciencia y de ejemplos de rectitud y de honestidad. Las sombras venerables de los creadores y conductores de nuestra Universidad vagan por sus pasillos y evocan a las nuevas generaciones sus luchas y sus esfuerzos por la emancipación espiritual de la juventud cuencana, que el gran Benigno Malo, nuestro primer Rector, señaló como el objetivo de su fundación.

Aspiramos a que esta nueva sede de la Universidad contribuya a afirmarla sólidamente y a acelerar su trayectoria de progreso para que pueda hacer frente a las exigencias y responsabilidades que los nuevos tiempos le asignan. Tres de las seis Facultades universitarias funcionan ya en estos pabellones que hoy inauguramos: la Facultad de Ciencias Matemáticas, la Facultad de Ciencias Químicas y la Facultad de Odontología, Transitoriamente, albergan también al Rectorado y sus dependencias administrativas, así como a la Escuela de Belas Artes "Remigio Crespo Toral". Todavía la Facultad de Medicina y el Conservatorio de Música permanecen fuera de esta nueva sede, aunque tenemos la esperanza de que no será por mucho tiempo, pues el Consejo Universitario tiene la firme intención de levantar los pabellones de Administración con su gran Auditorium, de Medicina, de Música y de Bellas Artes, diseñados en la planificación inicial del Arquitecto Cubillo Renella.

Es verdad que para realizar este anhelo será preciso ir venciendo, con tenacidad y con fé, muchas dificultades, principalmente deficiencias de carácter financiero, como las que hemos vencido ya para entregar a la juventud estos edificios terminados. Pues debe saberse que la Universidad no ha contado con asignación monetaria

alguna de parte del Estado para la obra. La ha realizado con sus propios recursos, bien cortos por cierto. El producto de la venta de sus edificios y algunas economías de su ceñido presupuesto general de gastos le han permitido afrontar una obra ambiciosa y quizá desproporcionada a su economía. Mas, abriga la confianza de que el Poder Público no le dejará sin su asistencia para llevar a buen término una realización que beneficia a la educación superior de Cuenca y del país todo.

Menos de dos años ha demorado la construcción de los edificios que hoy inauguramos y su costo no llega a cuatro millones y medio de sucres. Los planos fueron levantados por el Arquitecto Jorge Roura, Director de nuestra naciente Escuela de Arquitectura, quien dirigió los trabajos, ejecutados por un valioso grupo de Ingenieros formados en las aulas universitarias nuestras, a satisfacción de la Universidad y con recomendable espíritu de cooperación y de responsabilidad.

De caso pensado, el Consejo Universitario señaló esta fecha gloriosa de la patria chica para esta sencilla ceremonia inaugural, con la que la Universidad azuaya contribuye al progreso de la comarca, a la que nuestros ancestros emanciparon políticamente al precio de su sacrificio y de su sangre. Es, sin duda alguna, un día de júbilo, para esta Casa de Estudios, para sus maestros y para sus alumnos, porque se señala con el signo positivo de una obra de progreso y de superación en el elevado plano de la educación de las juventudes.

En nombre del Consejo Universitario, me es singularmente grato entregar a las Facultades de Ciencias Matemáticas, de Ciencias Químicas y de Odontología estos pabellones de la ciudad universitaria. Sus aulas claras y alegres, sus gabinetes y sus laboratorios estimulen el estudio y el trabajo fecundos de maestros y discípulos y eleven el espíritu para la desinteresada y tenaz búsqueda de la verdad, del bien y de la belleza, permanentes objetivos de la actividad humana.

A vuestro celo por la causa de la formación de la juventud universitaria, señores Decanos, entrego estos nuevos edificios levantados con sacrificios y esfuerzos de nuestra querida Universidad. A vuestro cuidado quedan y al de los jóvenes estudiantes, que sabrán mante-

nerlos pulcros, claros, alegres, llenos de dignidad y de decoro, como corresponde a la nobleza de esta Casa de tan honrosa tradición espiritual.

El Ilustre Concejo Municipal y el señor Alcalde de la Ciudad han contribuido al embellecimiento y a la comodidad de este sector urbano en que se asientan los nuevos edificios universitarios, con la magnífica obra del ensanchamiento y la pavimentación de la Avenida "Tres de Noviembre" que les da acceso. El Consejo Universitario, haciendo justo aprecio de esta labor de cooperación municipal con sus afanes de adelanto, deja constancia de su gratitud y de su aplauso al benemérito señor Alcalde y a todos los señores Concejales por su valiosa realización que viene a completar la de la Ciudad Universitaria. Y consigna en este Acuerdo que pongo en vuestras manos, señor Dr. Cordero Crespo, esa gratitud y ese aplauso.

Y para terminar estas breves palabras iniciales de este acto sencillo, pero de hondo significado para nuestra Universidad, permitidme que presente mis felicitaciones a la señorita Lia Salazar González, de la Facultad de Filosofía y Letras, y al señor Julio Enrique Martínez de la Facultad de Medicina, que se han hecho dignos de la condecoración académica BENIGNO MALO que la Universidad otorga a los alumnos sobresalientes que concluyen sus estudios facultativos. Llénvenla con orgullo y satisfacción en su pecho como testimonio de sus bien logrados esfuerzos y como garantía de una vida profesional consagrada al servicio de la colectividad.

También mi enhorabuena a los señores Julio Sempértigue Vega y Miguel Márquez, estudiantes de la Facultad de Ciencias Médicas, que han triunfado en nobles competencias científicas y van a recibir los premios en este mismo acto de manos del Sr. Decano de la Facultad Dr. Leoncio Cordero Jaramillo". X'

Luego de que la orquesta, concluidas que fueron las palabras del señor Rector, ejecutó el Himno de la Universidad, el señor Decano de la Facultad de Ciencias Químicas, a nombre de la Facultad que preside y al de las otras dos antedichas, agradeció la entrega que hacía la primera autoridad universitaria, en esta forma:

"Señores:

La presente reunión de profesores, estudiantes, autoridades de la ciudad y de amigos de esta ilustre Universidad, tiene el propósito común de felicitarnos recíprocamente por un nuevo y significativo paso que la Universidad ha dado en su marcha continua hacia el progreso y superación, dentro de las elevadas funciones que le corresponden.

Hace aproximadamente cuatro años tuvimos la honda satisfacción de presenciar el acto solemne de inauguración de edificios destinados al funcionamiento de las Facultades de Jurisprudencia y Filosofía y Letras. En aquella primera etapa, la Universidad quizo dar especial impulso a las actividades de orden cultural, que amplían los horizontes del espíritu, que hacen comprender la razón de las cosas y permiten seguir la evolución del pensamiento humano desde las épocas pretéritas hasta nuestros días. Y así tenía que ser en Cuenca, cuna de hombres ilustres, pensadores profundos y patriotas a carta cabal.

Hoy están terminados los pabellones correspondientes a las Facultades de Ingeniería Civil, Odontología y Ciencias Químicas. Todo debido al propio esfuerzo económico de la Universidad y a la visión clara y certera de los Consejos Universitarios, presididos por el Rector del Instituto, Dr. Carlos Cueva Tamariz, desde el año 1944.

El acto que hoy celebramos significa una nueva victoria y señala la iniciación de una etapa más de progreso, de investigación científica y de perfeccionamiento de métodos de enseñanza para dar a los estudiantes de las Facultades de índole técnica esta vez, una formación más completa, conocimientos más profundos y habilidad necesaria para que puedan desenvolverse con éxito en su vida profesional futura. Es indispensable, en efecto, que los educandos de las Facultades de índole técnica adquieran una buena dosis de habilidad, porque las ciencias aplicadas son en buena parte artes, y estas se adquieren, como todo arte, trabajando, practicando, haciendo arte. Para ello la Universidad ha previsto cómodos y acogedores laboratorios, cada uno dentro de su especialidad, donde los estudiantes pueden y deben realizar un conjunto de experimentos y trabajos relacionados con la especialidad que cada uno se propone adquirir. Des-

pués de pocos momentos los distinguidos asistentes podrán apreciar lo cómodas, lo funcionales, lo apropiadas para el estudio y el trabajo que son las distintas dependencias que el Sr. Rector acaba de entregar a las respectivas Facultades.

Mi modesta intervención en este acto solemne es debida a la generosidad de mis colegas, señores Decanos de las Facultades de Ingeniería Civil y de Odontología, para que sea el Decano de la Facultad de Ciencias Químicas quien lleve la palabra en este momento. Señor Rector de la Universidad: en nombre de las Facultades de Ingeniería, Odontología y Ciencias Químicas me es altamente placentero presentarle nuestro más profundo agradecimiento por su labor constante, abnegada, consagrada al servicio de la más noble de las causas, materializada en un conjunto de edificios dignos de Cuenca y de su cultura. Gracias, Señor Rector!

Jóvenes estudiantes ¡El señor Rector acaba de entregar los pabellones a las Facultades de Ingeniería, Odontología y Ciencias Químicas, es decir a vosotros los estudiantes de las referidas Facultades. Tengo pleno convencimiento de que sabrán respetar lo que es vuestro; que jamás veremos un cortaplumas o un lápiz inquieto grabar o dibujar en los pupitres, mesas de trabajo o paredes inmaculadamente limpias. Que este ambiente tranquilo y acogedor opere en vosotros un renovado y creciente amor por el estudio y el saber".

Conforme lo anunció en su discurso el señor Rector, durante la ceremonia se puso en manos del Alcalde de la Ciudad, doctor Luis Cordero Crespo, el autógrafo del Acuerdo que el H. Consejo Universitario expidió para dejar constancia del reconocimiento de la Corporación por la obra urbanística realizada por el Cabildo en la Avenida Tres de Noviembre, que da acceso a la Ciudad Universitaria. El señor Alcalde agradeció con expresivas frases la justiciera resolución del Consejo que estaba concebida en estos términos:

**EL CONSEJO UNIVERSITARIO DE LA UNIVERSIDAD
DE CUENCA,**

Considerando:

Que el M. I. Concejo Cantonal de 1959, presidido por el Señor

Alcalde doctor LUIS CORDERO CRESPO, ha cumplido labor meritoria al urbanizar la Avenida Tres de Noviembre y contribuir de esta manera al ornato de la urbe y especialmente de la Ciudad Universitaria,

A c u e r d a :

Tributar un voto de felicitación y aplauso al Cabildo de Cuenca y a su Alcalde doctor Cordero Crespo por la realización de tan valiosa y necesaria obra; y,

Entregar a la Corporación Municipal un autógrafo de este Acuerdo en las festividades conmemorativas de la independencia del Azuay.

Dado en Cuenca, a 27 de Octubre de 1959.

EL RECTOR,
CARLOS CUEVA TAMARIZ.

EL SECRETARIO GENERAL,
VICTOR LLORE MOSQUERA.

Igualmente se entregó la condecoración "Benigno Malo" a los mejores egresados del Plantel en el año escolar 1958—1959, siguiendo así una tradicional costumbre del Instituto. Los acreedores a tan alta distinción estudiantil en el presente año fueron la señorita Lia Salazar González, egresada de la Facultad de Filosofía y Letras y el señor Julio Enrique Martínez Vázquez de la Facultad de Ciencias Médicas.

Se otorgaron también premios especiales a los señores Miguel Márquez Vázquez y Julio César Sempértegui Vega, triunfadores en los concursos científicos promovidos por la Facultad de Ciencias Médicas.

La ceremonia concluyó con el Himno de la Ciudad de Cuenca que lo ejecutó la orquesta.

Luego los invitados recorrieron las amplias dependencias de los nuevos edificios visitando los gabinetes, las bibliotecas y las aulas; el salón de actos y conferencias, los

talleres gráficos y el local social de los estudiantes universitarios.

Posteriormente la Federación de Estudiantes Universitarios del Ecuador, Filial de Cuenca, en ceremonia especial expresó al Rector doctor Carlos Cueva Tamariz el testimonio de reconocimiento de los alumnos por la preocupación de la primera autoridad del Plantel en pro del engrandecimiento de la Universidad, haciéndole entrega de un pergamino.

Llevó la palabra a nombre de la Federación el Presidente de la Filial de Cuenca, Lic. Rodolfo Vintimilla Flores, en estos términos:

"Señores:

No podemos los Universitarios dejar pasar en desapercibimiento, en silencio, un hecho muy trascendental para nuestra vida estudiantil y que acaba de realizarse el día de ayer; se trata nada menos que de la inauguración de la Ciudad Universitaria, es decir de las nuevas edificaciones que van a servir de habitat a las corrientes de enseñanza superior. Los Estudiantes, agrupados bajo la bandera tradicionalmente gloriosa de la F.E.U.E., Filial de Cuenca, estamos en el deber de dar la sonora campanada de anuncio a una obra de tanta envergadura; entiendo que como en todo orden de cosas lo bueno siempre y por sí solo graba su nombre en el recuerdo, siendo este el caso de la Ciudad Universitaria recién inaugurada, pero ésto no es óbice ni puede serlo para que nosotros tengamos la primacía en el anuncio a las generaciones posteriores la obra grande, magnífica que se está iniciando con esta inauguración y digo iniciando porque no es nada mas que el comienzo de la gran Ciudad Universitaria que con el tiempo tiene que levantarse mayéstatica, en posición de alto gallardete intelectual en nuestra querida Cuenca.

La Grecia inmortal, la Grecia de Pericles y Solón tuvo a tono la más alta calidad de pensamiento con su Partenón, con su mármol burilado por las manos de artistas para morada de artistas y pensadores; Cuenca, la Atenas del Ecuador, imita también el clásico ejemplo

para no sólo tener el límpido pensamiento del País sino también la límpida línea arquitectónica en sus construcciones universitarias.

Ahora permitidme, señores, una especie de trilogía en la presentación de esta sesión solemne con que los Estudiantes Universitarios del Ecuador, reunidos en Consejo Nacional y, particularmente los de Cuenca, queremos homenajear a la Independencia Comarcana y al señor doctor don Carlos Cueva Tamariz, Rector de nuestra Casa de Estudios. Esta trilogía la haría así: Motivación, El Arquitecto y Tésis.

Motivación: Son ciento treinta y nueve años los cumplidos en el calendario del tiempo el día de ayer, cuando el espíritu rebelde del Cuencano, a la par que el de todos los latinoamericanos de aquel tiempo, rompía las cadenas del yugo español, para levantarse en el altar de la Patria y oficiar su acto de fe democrático, republicano. Eran varios los siglos que el mandato ibero había tenido su resonancia y cumplimiento en las tierras del Ecuador, en este País con nombre geográfico como le llama el ilustre Carrión; eran varios siglos que el obraje, la mita, golpeaban con su arma de injusticia y esclavitud, haciendo que la sangre del habitante cuencano, irguiéndose desde su fondo de desigualdad económica y social derrumbara el caduco sistema de sumisión y miseria; Cuenca, limitada por hilos de cristal, ve como una pléyade de heroicos y audaces hijos, avanzando desde Todos los Santos a San Sebastián y de aquí al Vecino, va regando con su exaltado espíritu de rebeldía la simiente prolífica de un nuevo orden de cosas, de una distinta sistemática de Gobierno. La angustia y la opresión de muchas centurias había madurado en los odres de esta gente que el Tres de Noviembre de 1820 llamaba con las campanas del triunfo, tocando a rebato, para que rubriquen con su colaboración el hecho magnífico de la vida en libertad y respeto a la personalidad humana. Este gesto, levantado ya al bronce del recuerdo y al bronce de la veneración, acaba de celebrar la inclita y noble ciudad de Cuenca en este Tres de Noviembre de 1959. Los miembros de la F.E.U.E. queremos en esta sesión solemne dejar el testimonio de nuestra más profunda admiración para aquellos que como Loyola, Ordóñez y Vázquez de Noboa nos legaron el imperio de la luz y la razón, siendo los Universitarios de la Patria los que convocados en este Consejo Nacional, al unisono de pensamientos e ideales, depositamos ante Cuenca la ofrenda cívica de nuestros corazones.

El Arquitecto: Con esta palabra, con esta sola palabra quiero llamar a quien con motivo de la fecha en celebración, ha puesto al servicio de la cultura y el pensamiento nacionales, los magníficos pabellones en que el Alma Mater tendrá su medio de expresión y vivencia plena; se trata del eminente ciudadano Dr. Carlos Cueva Tamariz, Rector de esta Universidad. El es quien con visión propia de su talla de maestro y de los grandes, supo vislumbrar por el año de 1948 la imperiosa necesidad de dar el molde material a la enseñanza Universitaria, de centrar todos los estudios de especialización en un solo lugar, haciendo honor al significado etimológico de la palabra Universidad. La Federación de Estudiantes Universitarios del Ecuador, con sus máximos representantes aquí presentes, está haciendo en el Acuerdo que os vamos a entregar señor Rector, la demostración cabal y fiel del aprecio que os guarda la Juventud Ecuatoriana. Sabemos nosotros que en vuestro espíritu, tenso como un arco con materia de aljaba intelectual, está siempre el afán renovador para todo lo que es educación y no puede ser de otra manera porque quien desde sus primeros años de magisterio encendió en muchas mentes el faro de la cultura y luego los cultivó en la Universidad, desde sus diferentes cátedras, tiene el reconocimiento y la estima de sus alumnos, tiene el reconocimiento y la estima de la Juventud toda. El ser maestro no es sólo cuestión de cursar materias especializadas sino que sobre todo es un destinado con la sabia espada de la comprensión, un destinado con el sacro yelmo de la vocación y, el señor doctor don Carlos Cueva Tamariz está armado con espada y escudo que hacen de él un luchador del siglo XX en el noble y árduo campo de la enseñanza; si, es arduo, porque allí se templan y salen victoriosos los que tienen su alma hecha con la pura estirpe de alumbrar los caminos del futuro no con la lámpara de Diógenes que buscaba un hombre sino encontrado ese hombre llevarlo a ser digno, honesto y cabal ciudadano. Por ésto, por vuestra dedicación al faenar de la educación y la enseñanza es que os decimos Dr. Cueva Tamariz que tenéis ganado ya el corazón de los jóvenes de ahora y de los que vendrán mañana a ocupar nuestras bancas universitarias para recibir vuestras lecciones de humanidad y ciencia, el prestigio y la memoria que merecen aquellos cuya dación de servicio a la colectividad es la obra fecunda de muchos años de abnegación y sacrificio.

Tésis: La obra de ayer inaugurada, luego de pacientey difícil gestión, será para el futuro la vertebración con que la Universidad de

Cuenca incrementa Facultades y Escuelas; habrá locales suficientes para evitar esa antidemocrática reelección de estudiantes que aspiran a estudios superiores; entrará a la Universidad quien justifique tener vocación y haber terminado su educación secundaria. Este es el panorama del futuro creado por un hombre que en la lucha diaria ha sabido ir levantando piedra a piedra, como cartabón de empeño justo y noble, en las márgenes del claro Tomebamba, un hito de vida Universitaria. Sólo me resta decir que esta dura piedra en el ejido de Cuenca será el testimonio mudo pero fehaciente para los ecuatorianos del mañana cuando se hable del trabajo y el sacrificio de un hombre, del señor doctor Carlos Cueva Tamariz. Gracias".

Al agradecer el homenaje el señor Rector prometió continuar infatigable en su labor para procurar concluir el plan de construcciones que dotará a la Universidad de Cuenca de una pequeña pero hermosa Ciudad Universitaria tanto por la moderna arquitectura de sus edificios como por la belleza del paisaje, a las orillas del río Tomebamba y rodeada de azules colinas.

En esta entrega de "Anales" se publican algunas gráficas de los nuevos y modernos edificios.

Día 13

LA UNIVERSIDAD ORGANIZARA UN INSTITUTO DE IDIOMAS

Vacante la cátedra de Inglés de las Facultades de Ciencias Matemáticas y Físicas y Ciencias Químicas, por renuncia del catedrático titular doctor Virgilio Salazar Orrego, el Consejo Universitario resolvió contratar los servicios docentes del Profesor de nacionalidad italiana doctor Juan Bautista Sita-Aquino Anjou, encomendándole, además, la organización del Instituto de Idiomas, cuya fundación constituye un anhelo de la Corporación Directiva del Plantel a fin de que se imparta la enseñanza de lenguas en todas las Facultades Universitarias, de la manera más completa posible.

El doctor Sita-Aquino Anjou que entró de inmediato al desempeño de sus funciones docentes está formulando un proyecto de Reglamento que será sometido a consideración del Consejo Universitario para constituir el Instituto. Para ello cuenta con la cooperación de los catedráticos de lenguas clásicas y modernas de la Facultad de Filosofía y Letras.

El Consejo Universitario acordó, además, tributar un homenaje al doctor Salazar Orrego que se retira de la docencia después de muchos años de labor, confiriéndole, en ceremonia especial, el título de Profesor Honorario de las Facultades a las cuales pertenecía, por así disponerlo el Estatuto del Plantel al tratarse de profesores jubilados, pues el doctor Salazar Orrego se separa de la Universidad para acogerse a los beneficios de la jubilación.

Día 28

LA UNIVERSIDAD PARTICIPA EN LA PRIMERA FERIA NACIONAL DEL LIBRO ECUATORIANO

En virtud de plausible iniciativa del M. I. Concejo Municipal de Quito y de su Departamento de Educación y Cultura Popular, desde el veinte y ocho de noviembre y en los salones y galerías del Museo de Arte Colonial permaneció abierta la Primera Feria Nacional del Libro Ecuatoriano, a la cual concurren numerosas instituciones culturales y científicas.

El evento que contó, también, con el auspicio del "Fondo de Cultura Económica" de México, constituyó un verdadero éxito y sirvió para poner de relieve el elevado índice de la cultura nacional.

La Universidad de Cuenca no podía permanecer ajena a este concurso de superación intelectual y envió, para que sean exhibidos en el stand correspondiente, una colección

de libros de sus catedráticos y otra de revistas que se editan en el Plantel. Varios de los libros exhibidos han sido entusiastamente solicitados por el público.

Día 17

LA UNIVERSIDAD Y EL PRIMER CONGRESO ODONTOLOGICO ECUATORIANO

Organizado por diferentes entidades científicas y profesionales, en la ciudad de Quito, se realizó el Primer Congreso Odontológico Ecuatoriano, evento que alcanzó mucho éxito y llegó a efectivas e importantes conclusiones.

La Facultad de Odontología de la Universidad de Cuenca estuvo representada por el Decano doctor Ricardo Muñoz Dávila y los profesores doctores Eduardo Neira Carrión y José Serrano Vega.

El doctor Neira Carrión presentó a consideración del Congreso dos valiosos trabajos intitulados: "Remodelado alveolar para facilitar la retención protésica" y "Diente supernumerario asume la función de un diente normal perdido" y el doctor Serrano Vega un estudio igualmente valioso bajo el título de "Quistes residuales: breve estudio y reportaje de un caso".

El doctor Neira Carrión, en su calidad de Presidente del Centro Odontológico del Azuay, fue distinguido con el nombramiento de Segundo Vicepresidente del Congreso.

Día 28

ELECCION DE REPRESENTANTES ESTUDIANTILES ANTE LOS DIVERSOS ORGANISMOS DE LA UNIVERSIDAD

Cumpliendo las prescripciones del Reglamento respec-

tivo y previa convocatoria acordada por el H. Consejo Universitario, en este día se efectuaron las elecciones de Representantes del estudiantado ante los diversos Organismos Directivos del Plantel.

El resultado del sufragio llevado a cabo con enorme entusiasmo dió el siguiente resultado:

REPRESENTANTES ANTE EL CONSEJO UNIVERSITARIO:

Por la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales: Licenciado Rodolfo Vintimilla Flores.

Por la Facultad de Ciencias Médicas: Dn. Jorge López Arenas.

Por la Facultad de Ciencias Matemáticas y Físicas: Dn. Mario Balarezo Samaniego.

Por la Facultad de Filosofía y Letras: Dn. Francisco Barona Arriaga.

Por la Facultad de Ciencias Químicas: Dn. Walther Almeida.

Por la Facultad de Odontología: Dn. Rómulo García Alvear.

REPRESENTANTES ANTE LAS JUNTAS DE FACULTAD:

De Jurisprudencia y Ciencias Sociales:

Sr. Edmundo Rios Vera
Sr. Jaime Vázquez Cordero
Sr. Lautaro Rios Arizaga
Sr. Galo Fabara Garzón
Sr. Hernando Castro González.

De Ciencias Médicas:

Sr. Jorge Bermudes

Sr. Román Abad
 Sr. Julio Enrique Rodas
 Sr. Kléber Álvarez
 Sr. Miguel Márquez Vázquez
 Sr. Rubén Tenorio.

De Ciencias Matemáticas y Físicas:

Sr. Rafael Velasteguí Sánchez
 Sr. Iván Quintanilla Terán
 Sr. Mario Merchán Sánchez
 Sr. Benjamín Cordero Ordóñez
 Sr. Oswaldo Granja Toscano.

De Filosofía y Letras:

Sr. Edmundo Maldonado Samaniego
 Sr. Miguel Cordero Sanmartín.

De Ciencias Químicas:

Sr. Rómulo Sánchez Orellana
 Sr. Eduardo Peña Cuesta.

De Odontología:

Sr. Luis Gordillo Vinuesa
 Sr. Hugo Palacios Pozo.

DICIEMBRE

Día 11

ELECCION DE NUEVO DECANO DE LA FACULTAD DE CIENCIAS QUIMICAS

En virtud de que el doctor Alejandro Onitchenko presentó la renuncia irrevocable de las funciones de Decano de la Facultad de Ciencias Químicas, que las había desem-

peñado desde la fundación de la Facultad en el año 1954, la Junta de catedráticos la aceptó y eligió para reemplazar al doctor Onitchenko al profesor doctor Rodrigo Cordero Crespo.

La Junta tomando en cuenta que el doctor Onitchenko ha servido a la Facultad con excepcional decisión, colocándola en un sitio de alto prestigio y procurando su gradual tecnificación, le expresó un voto de gratitud por su obra fecunda y creadora.

Día 12

EL RECTOR DOCTOR CUEVA TAMARIZ VIAJO A ESTADOS UNIDOS PARA CONCURRIR A SEMINARIO SOBRE EDUCACION SUPERIOR

Una especial deferencia para el Rector doctor Carlos Cueva Tamariz y la Universidad de Cuenca constituyó la invitación que el Departamento de Estado de los Estados Unidos de Norte América y la Embajada de dicho país en el Ecuador cursara al primer dirigente del Plantel para que asista al Seminario sobre Educación Superior organizado por la Universidad de Chicago.

El Consejo Universitario manifestó su especial complacencia para que el doctor Cueva Tamariz concurra a tan importante reunión y le declaró para ello en comisión de servicio. Inmediatamente el señor Rector, en este día, emprendió viaje a Washington para de allí pasar a la sede del Seminario.

La Universidad esta segura que el doctor Cueva Tamariz desarrollará en Estados Unidos una proficua labor en bien del prestigio internacional del Instituto y que su asistencia al Seminario resultará de enorme beneficio para que siga orientando con mayor eficiencia la marcha docente y administrativa del Plantel que tan grande pro-

greso ha alcanzado en todo orden durante los periodos de su brillante Rectorado.

Mientras dure la ausencia del señor doctor Cueva Tamariz ejercerá las funciones correspondientes el Vicerrector doctor Luis Monsalve Pozo.

ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA

Publicación Trimestral

INDICE GENERAL DE LOS NÚMEROS 1, 2, 3 y 4
DEL TOMO XV, CORRESPONDIENTE AL AÑO 1959.

Págs.

Nº 1.—Enero-Marzo de 1959.

Francisco Alvarez González: Introducción a una Metafísica de la Contingencia (conclusión)	5
Rigoberto Cordero y León: Selma Lagerlof	37
Ileana Espínel: Del Diálogo Infinito	67
Antonio Lloret Bastidas: Una Revolución y una Novela	75
César Hermida Piedra: Recomendaciones para la Enseñanza de Historia de la Medicina	103
El voto de la Corte Suprema de Justicia en la adjudicación del usufructo del teatro Universitario a la Universidad de Cuenca	111
Crónica Universitaria	141

Nº 2.—Abril-Junio de 1959.

Luis Monsalve Pozo: Memoria de Estados Unidos	167
Arthur Rimbaud: Una Temporada en el Infierno (Traducción de José López Rueda). ..	259
Marco T. Erazo: Posibilidades Mineras de las Provincias Australes del Ecuador ...	291
J. B. Sita Aquino: De la Clínica de las Afacias a la concepción Psico-Biológica del Lenguaje	315
Gabriel Cevallos García: Una gran edición de una famosa crónica	357
La Universidad y su Acción Social: Comunicación Oficial del Decano de la Facultad.	

Págs.

de Ciencias Químicas, doctor Alejandro Onitchenko	363
Crónica Universitaria	367

Nos. 3 - 4 Julio-Diciembre de 1959.

Francisco Alvarez González: Impacto en la Luna y Unidad del Mundo	415
Gabriel Cevallos García: El 10 de Agosto y Nosotros	423
Isabel Moscoso Dávila: La Novela Psicológica	449
Rigoberto Cordero y León: Teresa de la Parra, Claridad de América	477
Rubén Astudillo: Señal de Galápagos	449
Crónica Universitaria	525

INDICE ALFABETICO DE AUTORES

Págs.

A

Alvarez González Francisco: Introducción a una Metafísica de la Contingencia (conclusión)	5
Alvarez González Francisco: Impacto en la Luna y Unidad del Mundo	415
Astudillo Rubén: Señal de Galápagos	449

C

Cordero y León Rigoberto: Selma Lagerlof	37
Cueva Tamariz Carlos: Discurso en la inauguración de la Exposición Panamericana de libros de Historia	143
Cevallos García Gabriel: Discurso en la ceremonia de entrega del Título de Profesor Honorario al doctor Silvio Zavala	146
Cueva Tamariz Carlos: Discurso en la clausura de la IV Reunión de Consulta sobre Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia	151
Cevallos García Gabriel: Una gran edición de una famosa crónica	357
Cueva Tamariz Carlos: Discurso en el homenaje al doctor Alfredo Pérez Guerrero.	405
Cevallos García Gabriel: El 10 de Agosto y Nosotros	423
Cordero y León Rigoberto: Teresa de la Parra, Claridad de América	477
Cueva Tamariz Carlos: Discurso pronunciado en la inauguración de los edificios de las Facultades de Ciencias Matemáticas, Ciencias Químicas y Odontología ..	532

E

Espinel Ileana: Del Diálogo Infinito	67
Erazo Vallejo Marco T.: Posibilidades Mineras de las Provincias Australes del Ecuador	291

H

Hermida Piedra César: Recomendaciones para la Enseñanza de Historia de la Medicina	103
--	-----

L

López Rueda José: Traducción de "Una temporada en el Infierno" por Arthur Rimbaud	259
---	-----

LL

Lloret Bastidas Antonio: Una Revolución y una Novela	75
--	----

M

Monsalve Pozo Luis: Memoria de Estados Unidos	167
Moscoso Dávila Isabel: La Novela Psicológica	449

O

Onitchenko Alejandro: Comunicación Oficial	363
Onitchenko Alejandro: Discurso pronunciado en la inauguración de los edificios de las Facultades de Ciencias Matemáticas, Ciencias Químicas y Odontología ...	536

R

Rimbaud Arthur: Una Temporada en el Infierno	259
--	-----

S

Sáta Aquino J. B.: De la Clínica de las Afasias a la concepción Psicobiológica del Lenguaje	315
---	-----

T

Toral Vega Julio: Informe sobre la gira de finalización de estudios a la República de Colombia	157
--	-----

V

Vintimilla Flores Rodolfo: Discurso en la sesión solemne del XXXVII Consejo Nacional de la Federación de Estudiantes Universitarios del Ecuador	539
---	-----

VARIOS:

—El Voto de la Corte Suprema de Justicia en la adjudicación del usufructo del Teatro Universitario a la Universidad de Cuenca	111
—Acuerdo del Consejo Universitario por la muerte de la señorita Manuela Jaramillo León	153
—Acuerdo del Consejo Universitario por la muerte de doña Rosario Tamariz de Ortiz	163
—Declaración de Principios sobre la enseñanza de Derecho en la América Latina	368
—Acta Final y Resoluciones de la Reunión de Rectores de las Universidades de América	379
—Declaración Universitaria de Quito	401
—Acuerdo del Consejo Universitario en homenaje al doctor Alfredo Pérez Guerrero	409
—Acuerdo del Consejo Universitario en homenaje a don Federico Malo ..	411
—Acuerdo del Consejo Universitario en homenaje al doctor Alfredo Baquerizo Moreno	528
—Acuerdo del Consejo Universitario enalteciendo la obra del Concejo Municipal de 1959	537

**ANALES DE LA
UNIVERSIDAD
DE CUENCA**

Publicación Trimestral

APARTADO Nº 168

CUENCA — ECUADOR

La responsabilidad por las
ideas sustentadas en las
páginas de esta Revista,
corresponde exclusivamen-
te a sus autores.